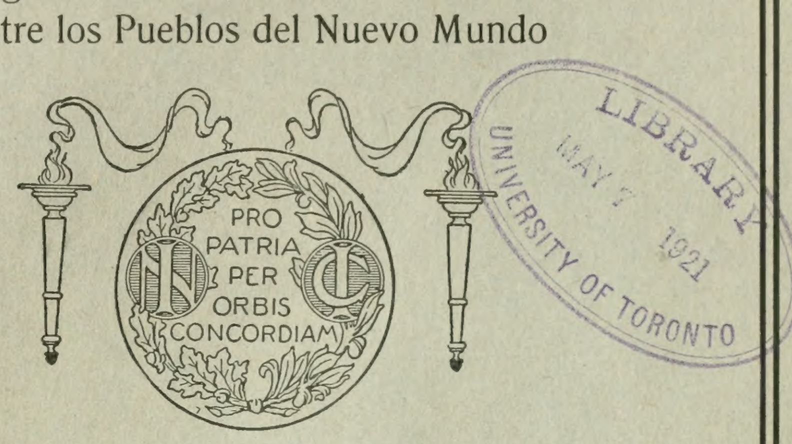
P LE I

Published and distributed under permit (No. 170) authorized by the Act of Oct. 6, 1917, on file at the Post Office of Garden City, New York. By order of the President. A. S. Burleson, Postmaster General.

Inter-América

Órgano de Intercambio Intelectual
entre los Pueblos del Nuevo Mundo



Sumario:

DOUBLEDAY, PAGE & COMPANY
NUEVA YORK

ESPAÑOL: VOLUMEN V MAYO DE 1921 NÚMERO 1

INTER-AMÉRICA

EL propósito de INTER-AMÉRICA es contribuir a la comunidad de ideas entre los pueblos de América, concurriendo a vencer la barrera del lenguaje, que tiende a separarlos. Se edita alternativamente, un mes en español, comprendiendo artículos traducidos de la literatura periodística de los Estados Unidos y el Canadá, y otro en inglés, traduciendo igualmente artículos publicados por la prensa de las naciones americanas de habla española o portuguesa.

INTER-AMÉRICA sirve así de vehículo para la difusión internacional de artículos que ya hayan circulado en los diferentes países. No publica artículos originales ni editoriales propios. Traduce simplemente lo que se haya publicado, sin hacerse responsable por las ideas en ellos expresadas, de manera que el lector de las diversas naciones americanas tenga fácil acceso al pensamiento corriente en cada una de ellas.

INTER-AMÉRICA se ha fundado a instancias de la Dotación de Carnegie para la Paz Internacional, uno de cuyos objetos es cultivar sentimientos amistosos entre los habitantes de países diversos y fomentar la buena inteligencia y la comprensión mutua entre las diferentes naciones.

INTER-AMÉRICA se redacta en 407 West 117th Street, Nueva York, quedando la impresión y reparto a cargo de la casa editora de Doúbleday, Page y Compañía, de la ciudad de Nueva York.

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

INTER-AMÉRICA inglesa (6 números)	$ .80 anuales
INTER-AMÉRICA española (6 números)	.80 anuales
INTER-AMÉRICA inglesa y española (12 números)	1.50 anuales
Número suelto de cualquiera edición	.15 cada uno

Diríjase toda la comunicación a

INTER-AMÉRICA

407 WEST 117TH STREET NEW YORK, E. U. DE A.

El Primer Congreso *usó* Papel *hecho* en Nueva Inglaterra

PAPEL que inspira un pensamiento próvido; papel digno de portar poderosos mensajes de política; papel que respira a encantos de dama; papel masculino crepitante—todo esto significa hoy día el papel hecho en Nueva Inglaterra, tan ciertamente como en los días en que la Constitución fué escrita.

Las noticias del día circulan en papel del Maine. Massachusetts sostiene en alto su reputación literaria por ser el primero en la producción de papel de alta calidad para libros. Los billetes de banco deben su durabilidad al papel de textura especial hecho en Nueva Inglaterra. Mucha de la mercancía de la nación está empaquetada en sacos de papel fuerte y en cajas producidas en este territorio.

El National Shawmut Bank tiene razón de enorgullecerse de sus relaciones con los manufactureros de papel. Por 85 años este banco ha sido un consejero financiero y defensor de la industria. A medida que se ha verificado la expansión del comercio, hemos ensanchado cada vez más la esfera de nuestros servicios, mediante ramales y conexiones en todas partes del mundo.



Existe una distinta ventaja comercial en enviar los documentos comerciales vía Shawmut, como también en valerse de nuestra ayuda cuando se llegue a este mercado.

THE NATIONAL SHAWMUT BANK *of* BOSTON

Recursos en exceso de $200,000,000

"Al igual que los mil hilos de un tejido gigantesco los CABLES ALL AMERICA emergen de Nueva York enlazando comercialmente a Centro y Sud América."

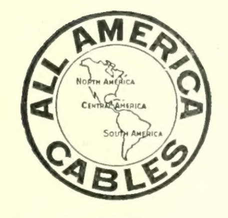
GUAYAQUIL, ECUADOR

Guayaquil es el puerto principal del Ecuador. Allí encontrará usted hombres de negocios de todas partes del mundo que han venido a comprar cacao, sombreros de panamá y marfil vegetal, o que explotan la amplia riqueza mineral que atesoran sus colinas y montañas.

Allí también hallará usted una estación de los CABLES ALL AMERICA para ayudar a los ecuatorianos a ponerse en contacto con los mercados del Norte y el Sur, mediante un sistema directo de comunicación cablegráfica.

Hasta cierto punto, el negocio floreciente e inteligencia amigable entre las repúblicas hermanas del Hemisferio Occidental se han desarrollado gracias a este sistema de cables propios.

Para obtener servicio más seguro, directo y rápido en la entrega de cables dirigidos a todos los países del Hemisferio Occidental, envíelos "VIA ALL AMERICA."



JOHN L. MERRILL, Pres.
Oficina Principal
89 Broad Street, Nueva York

ALL AMERICA CABLES

Franklin Simon & Co.

Una Tienda de Departamentos Especiales

Fifth Avenue, 37th and 38th Sts., New York

PARA SEÑORAS Y SEÑORITAS

SOBREBLUSAS DE PARÍS

ADORNADAS CON CANUTILLOS

Éstas son del Departamento Francés de Blusas donde se tienen dispuestos para selección o se hacen a la orden modelos originales de blusas de París y copias, adaptaciones y creaciones de nuestro taller de la Quinta Avenida.



SOBREBLUSA DE CREPÉ GEORGETTE ADORNADA CON CANUTILLOS

(ilustrada arriba)

en alheña, café claro, azul de Francia, azul marino o negro. **29.50**

SOBREBLUSA DE CREPÉ DE LA CHINA ADORNADA CON CANUTILLOS

(ilustrada a la izquierda)

en alheña, gris, café claro, azul de Francia o azul marino. **19.75**

Tamaños 32 al 44

Inter-América

Órgano de Intercambio Intelectual
entre los Pueblos del Nuevo Mundo



Sumario:

DOUBLEDAY, PAGE & COMPANY
NUEVA YORK

ESPAÑOL: VOLUMEN: V — MAYO DE 1921 — NÚMERO 1

DATOS BIOGRÁFICOS

SOBRE LOS AUTORES DE LOS ARTÍCULOS QUE APARENCEN EN ESTE NÚMERO

ÉMMET F. HARTE nació en Kentucky, 17 de noviembre de 1876; a la edad de diez años se trasladó con su familia a Missouri, donde reside hasta el presente. Se educó en las escuelas públicas y en el Central Christian College, Álbany, Missouri. Es periodista y literato, y autor de cerca de doscientas historietas, algunas de las cuales se han coleccionado y publicado como libros.

VÍCTOR S. YARROS nació y se educó en Rusia, y es abogado y periodista. Ha escrito muchos libros y folletos, siendo su última obra, recientemente publicada: *Our Revolution: Essays in Interpretation.*

CÁROLINE SÍNGER nació en Cólfax, Wáshington, en 1889. Es periodista, y durante la última guerra ha desempeñado papel prominente como corresponsal y en la labor de publicidad de la Cruz Roja.

JOHN CÁNDEE DEAN nació en Schenéctady, Nueva York, 15 de septiembre de 1845; recibió su educación en el Whítestone Seminary, Útica, Nueva York. Desde 1867 se ha dedicado a la industria manufacturera. Ha escrito sobre astronomía, física y sociología.

SAMUEL L. M. BÁRLOW nació en la ciudad de Nueva York en 1892, y se graduó en Hárvard University en 1914. Durante la última guerra sirvió en el cuerpo de información del ejército de los Estados Unidos. Es hombre de negocios y compositor de música. Ha escrito numerosos artículos de crítica dramática y literaria, y muchas composiciones musicales. Al presente es director de la American Merchant Marine Insurance Company.

JAMES HENDRIE LLOYD es neurólogo y eminente psiquiátrico, y ha hecho estudios especiales de la psicología de las masas. Se graduó en la University of Pennsylvania en 1878, y ahora reside y ejerce su profesión en Filadelfia.

THÁTCHER T. PAYNE LÚQUER, nieto de un hermano de John Howard Payne, nació en Bédford, Nueva York, 10 de septiembre de 1866; recibió su educación preparatoria para la universidad por ayos especiales; se graduó de ingeniero civil en Columbia University; ha tenido vasta práctica en su profesión, formando parte del personal técnico de la New York Telephone Company durante cinco años; estuvo dos años en servicio activo en el ejército de los Estados Unidos durante la última guerra, con la División 81 del Cuerpo 306 de Ingenieros, asumiendo el mando de su regimiento en los últimos seis meses de servicio; es autor de: *The Correspondence of Washington Irvin and John Howard Payne,* y de los artículos que aparecen actualmente bajo su nombre en el *Scribner's Magazine.*

THEODORA BOSANQUET nació en la isla de Wight, en 1880. Educóse en Inglaterra, recibiéndose en la University of London. Desde su graduación, sirvió de amanuense a Henry James hasta 1916, año en que murió el distinguido novelista. Ella es actualmente secretaria de la International Federation of University Women.

Todos los artículos que contiene este número han sido traducidos y publicados con permiso especial de los autores y revistas cuyo nombre aparece en el Sumario.—LA REDACCIÓN.

EL PROGESO HUMANO Y SUS TRANSFORMACIONES

POR

JOHN CANDEE DEAN

Ante las convulsiones que agitan al mundo, el autor de este artículo se pregunta si la civilización actual toca a su fin, y si nos hallamos al borde de la decadencia. En su concepto el progreso humano se realiza por transformaciones, las cuales podrían compararse a una curva de líneas ascendentes y descendentes alternadas, una sucesión de períodos de encumbramiento y cultura, seguidos por épocas de degeneración y barbarie. ¿Amenaza igual suerte tal vez a la civilización europea? ¿Es la revolución rusa el estertor del mundo? El autor cree descubrir en aquella revolución el espíritu demagógico, la tiranía de las multitudes, y opina que esa teoría tiende a ahogar el genio, fuerza individual que imprime nuevos rumbos a la humanidad.—LA REDACCIÓN.

DURANTE los cincuenta años precedentes hemos ensanchado considerablemente nuestros conocimientos en la historia primitiva del hombre civilizado y el hombre salvaje. Anteriormente dependíamos de memorias escritas, transmitidas de generación en generación; ahora hemos desenterrado archivos humanos compilados antes de la época de la civilización clásica, y mediante los descubrimientos de la arqueología y la paleontolgía, reconstruímos la historia humana no escrita que se extiende muchos millares de años atrás.

Esos archivos revelan que el adelanto humano se ha realizado por transformaciones. Ha habido períodos sucesivos de civilización, separados por épocas de barbarie. Cada raza subsiguiente ha tenido una infancia, y luego ha florecido, degenerado y muerto. La idea común prevaleciente de que la naturaleza posee una tendencia ciega hacia el progreso universal tiene en su apoyo escaso testimonio. Es cierto que las formas superiores de la vida proceden en su desarrollo de formas inferiores; pero de ello no se deduce que el desenvolvimiento sea siempre progresivo y que la naturaleza nos brinde un adelanto humano continuo.

En muchos casos, formas prehistóricas de vida se han extinguido de modo repentino. Los mamíferos extinguidos debieron en gran parte su suerte a la competencia creada por la invasión de órdenes superiores; pero la causa principal fué la fluctuación del clima. Los antepasados del hombre, pertenecientes al primer orden de los mamíferos, escaparon por poco en numerosos casos. Es un hecho histórico que ese orden se extinguió por completo en la América del Norte. El período cuaternario fué época de grandes extinciones, en que especies enteras quedaron eliminadas; pero el hombre, en virtud de atributos mentales superiores, pudo sobrevivir ocupando un lugar dominante entre las formas de vida.

La edad del hombre, contada desde la época en que el antropomorfo adquirió rasgos que llamaríamos humanos, abarca un período de centenares de miles de años. Es imposible comprender la lentitud de los procesos que implica la evolución biológica. Los restos fósiles humanos más antiguos que se conocen fueron hallados en Trinal, punto situado en la isla de Java, en 1894. Calcúlase que este hombre-mono de Java vivió hace quinientos mil años. Los vestigios europeos más antiguos que se conocen son los del hombre de Héidelburg, descubiertos en 1907; y se estima que datan de trescientos cincuenta mil años atrás.

El hombre de Neánderthal existió probablemente hace cincuenta mil años, y el hombre primitivo de Crô-Magnon vivió hace veinticinco mil años, más o menos. Ésta era una magnífica raza, dotada de gran capacidad mental. El hombre de Crô-Magnon ofrece el precedente de la desaparición de una antigua raza que poseía cultura artística. En el período histórico podrán encontrarse casos semejantes en ciertas razas civilizadas que desplegaron

elevada cultura artística e industrial cayendo después en un período de declinación hacia la barbarie.

Solamente la generación actual ha alcanzado el máximum de conocimiento que nos capacita para seguir la evolución del antropomorfo de Java, a través de edades de lucha, hasta el hombre de Crô-Magnon en la Francia meridional, y, a través de las vicisitudes de la civilización en Egipto, el Oriente y Europa, hasta el hombre contemporáneo, eminentemente desarrollado.

Gracias a la superioridad de su inteligencia y a la cooperación comunal, el hombre no está sometido a las leyes que gobiernan la adaptación de los animales al medio. Es probable que la evolución física del ser humano haya cesado virtualmente. En realidad, su predisposición física es acaso retrógrada. Los sentidos de la vista, el olfato y el oído muestran fuerte tendencia al entorpecimiento. Éstos son los sentidos de que dependen para su seguridad los animales salvajes. La reducción del cabello y la dentadura revela también tendencias retrógradas en el estado físico humano. La caridad moderna, que ampara la ineptitud física, mental y moral, produce probablemente un efecto muy adverso en la raza. El progreso futuro del hombre se deberá a su dominante superioridad mental.

Todo progreso humano es intelectual. El valor de cualquier grupo humano se mide por la capacidad de algunos individuos de poder mental superior. Los acontecimientos naturales ocurren independientemente de los intereses humanos, y el progreso se debe a la variación individual. La sociedad, las instituciones y cuanto existe son productos de la evolución. Los antiguos babilonios y los etruscos sabían que las razas siguen períodos de progreso y decadencia. Los etruscos tuvieron durante mil cien años un período de grandeza que terminó el año 87 antes de Jesucristo, aproximadamente, en los tumultuosos tiempos de Sulla. El célebre egiptólogo inglés Flinders Petrie declara que:

> En Egipto podemos seguir el pasado del hombre en historia continua por más de siete mil años, y reconstruir una edad prehistórica que extendería la perspectiva a diez mil años atrás aproximadamente. En todo aquel período sabemos cuáles fueron los productos de cada centuria. En este caso, pues, los descubrimientos de las dos décadas anteriores han puesto en nuestras manos datos que nos capacitan para comparar unos períodos con otros, y descubrir lo que tienen de común.

Luego procede a demostrar que en la vasta perspectiva comprendida entre el año 6000 antes de Jesucristo y el siglo diecinueve, pueden delinearse seis períodos sucesivos de elevada civilización, seguidos en cada caso por un período de decadencia hacia la barbarie.

El arte distintivo de Egipto apareció en el segundo período dinástico (año 4500 antes de Jesucristo), al cual siguió una edad obscura, y a comienzos de la tercera dinastía el arte fué muy imperfecto; pero a fines de la misma hubo rápido progreso artístico, y en la escultura se desarrolló un arte casi perfecto. Más tarde vino la gran edad de los constructores de pirámides.

La pirámide de Gizeh, tumba de Cheops, levantada en el siglo treinta antes de Jesucristo, es aún el monumento granítico más grande de los tiempos antiguos y modernos. Éste es el testimonio duradero más concluyente de que el hombre emergió de la barbarie, y prueba el profundo efecto que produce el gobierno organizado bajo una autoridad. Contiene dos millones trescientos mil trozos de granito, cada uno de los cuales pesa dos toneladas y media. En el sepulcro hay varias piedras pulidas de cincuenta toneladas de peso cada una. Créese que muchas de las piedras fueron talladas por medio de sierras de cobre con diamantes negros.

Un cuarto de milla al este de la gran pirámide se encuentra el coloso de la Esfinge, admiración del mundo durante cincuenta centurias. Representa la cabeza de un rey y el cuerpo de un león echado. Fué esculpido en roca viva, y tiene una longitud de ciento cuarenta pies. La cara mira hacia el sol levante, y a pesar de las mutilaciones del tiempo, aun expresa fuerza soberana y tranquila dignidad.

Un escritor egipcio llamado Apuur ha descrito la edad obscura que precedió al encumbramiento de los grandes arquitectos de las pirámides. Parece que en esa época se puso a prueba un gobierno de *soviets* muy análogo al que actualmente existe en

Rusia. Reproducimos los párrafos siguientes del libro *Literature of Ancient Egypt* (1914), obra de Sir E. A. Wallis Budge, erudito conservador de antigüedades egipcias y asirias en el Museo Británico.

El escritor egipcio Apuur, de la dinastía undécima (año 3400 antes de Jesucristo, aproximadamente), pinta el terrible estado de los egipcios, consecuencia de la anarquía en que cayera el Egipto. El papiro en que tales observaciones aparecen se conserva en Leyden (número 1344). Manifiesta que los labriegos del delta del Nilo se habían armado.

El hombre honrado se siente afligido por lo que ocurre en el país. Hombres que salen a jugar llevan consigo sus escudos. El Nilo ha inundado los campos, y pocos salen a solazarse. Hombres pobres han obtenido valiosos objetos. Los esclavos están tristes, y los nobles no participan ya del regocijo del pueblo. La gente bien nacida llora, la gente baja experimenta júbilo, y el pueblo en todas las ciudades dice: "Venid, acabemos con los que tienen poder y posesiones entre nosotros." El río fluye sangre, que los hombres beben. Los barcos de los pobladores del sur no han llegado; las ciudades están destruídas; el alto Egipto es un desierto. Resulta imposible distinguir al caballero del hombre común. Damas nobles y muchachas esclavas sufren por igual, y los hijos de los príncipes son estrellados contra los muros.

Se rechazan las leyes del tribunal de justicia; los hombres las atropellan en público, y el pobre las viola en las calles. Hoy se hacen cosas que jamás se hicieron antes, porque un grupo de miserables ha destronado al rey. Los hombres se asemejan a aves de pantano; la inmundicia se encuentra en todas partes, y todos llevan vestidos asquerosos.

Apuur apela al pueblo para aniquilar a los enemigos del palacio sagrado, y parece predecir el advenimiento de un rey que habrá de restaurar la prosperidad y, con el corazón exento de mal, ser el pastor del género humano.

Luego continúa describiendo los resultados de la revolución. Los restos que las tumbas contenían han sido arrojados, y el hombre que no puede hacer un ataúd para sí, ha convertido el sepulcro en un tesoro.

Hombres que antes poseían vestidos finos se ven hoy en harapos; y aquel que antes nunca lució trajes, hoy viste rica tela de lino. Las damas nobles sufren hambre, mientras los carniceros se sacian de lo que un tiempo preparaban para ellas. Muchedumbres enteras encuentran sepultura en el río; la corriente es una tumba, y un canal el lugar de momificación. La peste reina en todas partes; la sangre lo contamina todo; la muerte es común, y las gentes tienen el presentimiento prematuro de las envolturas de la momia.

El período en que se construyó la gran tumba de Gizeh fué notable por el desarrollo de magnífico trabajo en orfebrería y lapidaria, el cual ha sido rara vez igualado, o acaso no lo fué nunca, en los tiempos modernos. Doscientos años después de erigida la gran pirámide de Gizeh, y a sólo algunas millas aguas arriba del Nilo, los arquitectos reales mostraron extraordinario poder creador iniciando la forma primitiva de columnas con capitel de follaje en el peristilo del templo de Sahure; pero el arte arquitectónico egipcio llegó a su apogeo en el siglo trece antes de Jesucristo, cuando se erigieron las altas galerías de Karnak con su columnata gigantesca.

Dícese que en el año 4242 antes de Jesucristo los egipcios poseían el sistema cronológico más exacto jamás concebido por el ingenio humano. La duración del año se contaba por la salida helíaca del Perro de Orión, o sea, la estrella Sirio. Cada año, al levantarse Sirio antes del sol, medíase el período anual. Sirio entonces se levantaba en ascensión heliacal, en la latitud de Heliópolis, alrededor del 19 de julio. El año egipcio comenzaba en el solsticio de invierno, 22 de diciembre, llamado el primer día de Troth; y así descubrieron que el año tenía trescientos sesenta y cinco días y cuarto. El solsticio de invierno marca realmente el comienzo científico del año. Los egipcios dividían el año en doce meses de treinta días cada uno, y añadían al último mes cinco días intercalares. En lugar de agregar un día al calendario cada cuatro años, agregaban un mes cada ciento veinte años, denominándolo Hanis. Si bien era éste un sistema de cronología puramente astronómico, no debe suponerse que los egipcios poseían conocimientos exactos en astronomía. Su astronomía era geocéntrica y, por consiguiente, falsa.

Por el año 2000 antes de Jesucristo, se habían agotado y extinguido los recursos y fuerzas que impulsaron la vida y el poder egipcios a una altura jamás alcanzada por

nación alguna. Sobrevino entonces la invasión de los reyes pastores. Petrie dice: "Las últimas fases de este período se pierden en la obscuridad del desorden civil y la decadencia, y rematan finalmente en la invasión de los Hicsos."

El año 3000 antes de Jesucristo, aproximadamente, los trabajos de los artífices del Nilo llegaron, por el Mediterráneo, a la isla de Creta, donde apareció la civilización europea primitiva y se desarrolló un nuevo lenguaje escrito. Desenvolvimiento análogo del progreso humano se presentó en el Asia occidental entre los babilonios, posteriormente con respecto al del Nilo y con anterioridad al de Creta. El arte de la guerra alcanzó allí una etapa muy superior a la del Egipto. Las artes de la paz progresaron en el Egipto; las de la guerra, en Babilonia.

Babilonia se elevó a la supremacía en el Asia occidental alrededor del año 2100 antes de Jesucristo. Su código de leyes ofrece una organización notable del arte comercial, la arquitectura y los negocios, que contribuyó al adelanto de la civilización y al enriquecimiento del mundo. En el siglo ocho antes de Jesucristo los reyes asirios habían dominado el imperio babilónico, y ensanchaban sus fronteras en todas direcciones. Durante largo tiempo los heteos habían beneficiado el hierro, y los fieros soldados asirios estaban provistos de terribles armas férreas.

La admirable civilización cretense fué abrumada y destruída el año 1200 antes de Jesucristo, aproximadamente, por los antepasados de los griegos, quienes se trasladaron a través de los pasos balkánicos ocupando la parte meridional de Grecia. Entonces eran bárbaros que apenas habían adelantado más allá de la edad de piedra. Breasted nos dice que los dibujos de la alfarería griega del año 800 antes de Jesucristo no eran tan buenos como los del hombre primitivo de Crô-Magnon, Francia, que vivió veinticinco mil años antes.

Está demostrado que el factor principal en la civilización humana fué el descubrimiento y empleo de los metales. Ello extendió el alcance del esfuerzo humano y elevó las artes dando al hombre el coraje y el poder que conducen a grandes empresas.

Los egipcios inventaron herramientas de cobre, iniciando la edad de los metales. Al descubrirse el cobre se dió el primer paso hacia una civilización superior, construyéndose herramientas y armas de ese metal. Antes del descubrimiento del cobre solía usarse el mineral llamado malaquita como ingrediente en la pintura superficial. Acaso un trozo de malaquita cayó por casualidad en una hoguera de carbón de leña produciendo al fundirse un grano de cobre puro; también es posible que se hallaran fragmentos de cobre virgen. El oro se conoció antes que el cobre. Es el metal que se encuentra más generalmente en todas partes, y a veces se presenta en pepitas de oro virgen que pueden fundirse formando lingotes.

En la guerra, las naciones cuyos ejércitos estaban equipados de lanzas, espadas o escudos de metal poseían ventaja inmensa y decisiva. Estaban seguras de obtener la victoria en lucha con ejércitos cuyas armas eran de piedra. Mediante la invención de herramientas metálicas pudo el artesano egipcio dominar los materiales más duros, y en la edad de las pirámides el nuevo poder adquirido le impulsó a trabajar con frenesí en la obra de los monumentos graníticos.

El empleo del hierro se concibió después de la ruina de la admirable civilización egipcia. Si bien el hierro se descubrió en el siglo trece antes de Jesucristo, el conocimiento de ese metal se difundió lentamente. Los asirios fueron los primeros en equipar a sus ejércitos con armas férreas que les permitieron triunfar sobre sus enemigos. Aquel pueblo alcanzó alto grado de civilización. Su arquitectura era admirable, y la primera gran biblioteca de Asia se hallaba en el palacio de Nínive, constando de tablas escritas en caracteres cuneiformes. Esta biblioteca era siglos más antigua que la primera de las bibliotecas griegas.

Las armas de hierro alejaron al hombre de las ocupaciones pacíficas, y antes de los tiempos homéricos la gran ola de la invasión dórica inundó Grecia sumergiéndola en las tinieblas. Los dorios poseían armas de hierro. A medida que las letras se extinguían, las férreas espadas crecían en longitud. Los poemas homéricos pintan una era de transición, caracterizada por el cambio del bronce al hierro. Una prueba

se encuentra en Homero cuando menciona una masa de hierro entre los galardones de los juegos funerarios de Patroclo.

Dentro de los límites de este artículo sólo es posible estudiar algunos de los casos principales que en la historia constituyen ejemplos de las transformaciones en el progreso humano. Cuando la civilización asiria declinaba, la griega se desarrolló rápidamente llegando a su apogeo el año 450 antes de Jesucristo, más o menos, y sobrepujando la etapa más elevada de la cultura egipcia. El descenso de la civilización griega y romana a la barbarie de edades obscuras constituye el ejemplo más conocido de la declinación e interrupción del desarrollo social, y marca un período bárbaro entre los tiempos antiguos y modernos. El siglo cinco presenció el desmembramiento del imperio romano. La Europa occidental fué arrancada del molde imperial, quedando destrozada. Desde el siglo cinco hasta el diez no hubo progreso en Europa. Según Petrie éste es el sexto período alternativo de barbarie en la civilización mediterránea. Finalmente, la última edad obscura se condensó en el feudalismo; y en el siglo doce inicióse un renacimiento del saber, la riqueza, el arte y la urbanidad.

El escolasticismo de la edad media era sólo una broza de verbosidad; el pensamiento medioeval no fué científico ni crítico. Con respecto a las artes del antiguo Egipto y especialmente las artes liberales, la ingeniería y la mecánica, poco se ha perdido que hubiera resultado de valor para nosotros. Historias sobre artes perdidas, inclusive la del endurecimiento del cobre, carecen de genuino testimonio. Se han hallado y sometido a pruebas físicas y químicas cinceles egipcios para labrar piedra. Parte del cobre que los egipcios usaron era duro en virtud de aleaciones naturales; pero, por lo común, el filo de las herramientas de cobre se endurecía probablemente a martillo. Al descubrirse el estaño, se empleó para el endurecimiento del cobre mezclando ambos metales. La liga se llama bronce.

En el último siglo efectuamos mayor progreso que en todas las edades pretéritas en la obtención de conocimiento real sobre el mundo y la comprensión de su naturaleza. Nuestro único conocimiento verdadero y precioso es el de la naturaleza misma. La naturaleza es reservada, y no revela voluntariamente sus atributos, que el hombre debe arrancar mediante observaciones diligentes. Por el descubrimiento de la causa buscamos explicación de los fenómenos naturales observados, demandando una respuesta racional de la casualidad. La ciencia es el autócrata intelectual de la vida y el pensamiento modernos.

La aplicación de la electricidad y la química a innumerables objetos útiles ha impreso al siglo vigésimo el sello de una edad electroquímica. La producción y empleo de metales constituye aún el factor principal en el poder y progreso de las naciones. Sin la aplicación de la química a la metalurgia, habría habido poco adelanto en el desarrollo del acero. Béssemer fué el primero en fabricar acero químico, y su gran fortuna privada ha sido una fracción muy pequeña de la enorme riqueza que su invento proporcionó al mundo.

Flinders Petrie cree que la lenta transformación hacia una democracia social es una de las causas de la decadencia en la civilización. Hace diez años escribió el juicio siguiente:

> Cuando la democracia ha alcanzado poder pleno, la mayoría, falta de capital, absorbe necesariamente el capital de la minoría, y la civilización decae en forma continua hasta que la población inferior es eliminada cediendo el paso a los más aptos. De ello encontramos el mejor ejemplo detallado en el agotamiento de todos los recursos del imperio romano desde el siglo segundo, en que dominaba la democracia, hasta que el reino gótico se levantara de sus ruinas. Tal es la relación regular de las formas de gobierno o la relación de clases, inherente a la índole de las revoluciones en la civilización.

¿Es la espléndida civilización europea bastante fuerte para resistir el choque de la reacción que la gran guerra ha producido? Los acontecimientos que ocurren en Rusia y la difusión del bolchevismo, ¿presagian por ventura un movimiento de decadencia hacia otra edad de barbarie en Europa? ¿Podrá una demagogia irreflexiva anular las facultades que el individuo posee para surgir? Recordad que todos los descubrimientos que mejoraron las relaciones humanas e impulsaron la civilización fueron

obra del poder creador del individuo, nunca del poder de un grupo de hombres. Los grandes descubrimientos que abrieron nuevos campos de adelanto y elevaron el pensamiento y la acción del hombre se deben al criterio privado de individuos aptos y audaces.

No hay nación eminente en el arte, la literatura y el saber que no haya sido primero grande en el comercio y la riqueza. A veces la decadencia de la civilización sobrevino al extinguirse los derechos de propiedad a causa de una invasión, una revolución, o de ambas circunstancias. La civilización misma descansa en la seguridad de la propiedad privada. Si ésta no se encuentra en salvo, no hay país capaz de evitar una degeneración en la barbarie, cualesquiera que sean sus recursos naturales y las dotes intelectuales de su pueblo. Dondequiera que un pueblo esté amparado en el goce de los objetos creados por su industria y preservados por su frugalidad, progresará en el comercio, el arte, la riqueza y el poder, a pesar de guerras destructoras y fuertes contribuciones.



NUEVAS TEORÍAS ASTRONÓMICAS

MEDICIÓN DE LOS ASTROS SEGÚN EL MÉTODO DESCUBIERTO POR EL PROFESOR MÍCHELSON

REPORTAJE

La ciencia ha arrancado otro de sus secretos a las profundidades estelares con el maravilloso procedimiento del profesor Míchelson para medir el diámetro real de los astros. Y una estrella gigantesca, Alpha Orionis, un coloso de los cielos, ha caído la primera bajo el dominio de su observación, revelando magnitudes que deslumbran la concepción humana. Alpha Orionis o Betelgeuse (nombre arábico el último que quiere decir "el hombro del gigante") pertenece a la constelación de Orión, héroe, según sabemos, de la antigua mitología griega, gigante hermoso y fuerte, que a su muerte fué colocado en los cielos armado de cinturón, espada, una piel de león y un mazo. Las tres estrellas conocidas vulgarmente por el nombre de los "Tres Reyes" o las "Tres Marías," forman el cinturón. El autor nos da interesantes datos acerca de la vida y los estudios y descubrimientos del profesor Míchelson sobre la luz de los espacios interplanetarios, que revelan a la imaginación y a la ciencia campos ignotos y fascinadores, y envuelven promesas de importantísimos descubrimientos en cuanto se refiere a la formación y desarrollo de los astros.—LA REDACCIÓN.

EL profesor Álbert A. Míchelson, notable erudito de la University of Chicago, anunció recientemente ante la American Physical Society, en ocasión de la asamblea anual de la American Association for the Advancement of Science, el perfeccionamiento de un instrumento para medir el diámetro de las estrellas por el método de la interferencia. Dicha invención ha sido considerada por los hombres de ciencia como adelanto portentoso en los dominios de la astronomía.

La disertación del profesor Míchelson, titulada "Aplicación del método de la interferencia a las mediciones astronómicas," explicaba los resultados de la primera aplicación del descubrimiento a una de las estrellas de la constelación de Orión, Alpha Orionis, cuya distancia de la tierra había sido ya determinada por el método del paralaje. El nombre popular de esta estrella es Betelgeuse. Hasta el presente había sido posible determinar la distancia de algunas de las estrellas más cercanas midiendo su paralaje, aun cuando la más próxima se halla separada de nuestro planeta por trillones de millas; y se habían computado los grupos de estrellas dobles mediante otros métodos basados en el examen matemático de sus revoluciones, de acuerdo con la observación. Pero el método anunciado por el profesor Míchelson se distingue especialmente por ser el primero que haya precisado con éxito satisfactorio el verdadero diámetro de un astro.

El resultado de la medición de Alpha Orionis, según el método del profesor Míchelson, es maravilloso. Se ha descubierto que el diámetro de Betelgeuse es algo mayor que trescientas veces el del sol, y casi tan grande como la órbita entera del planeta Marte. En otros términos, el diámetro de Betelgeuse es de 260 millones de millas. Si estuviera colocada tan cerca de nosotros como el sol, su brillante superficie cubriría todo el firmamento visible. Su volumen, comparado con el del sol, es 27 millones de veces mayor. Dimensiones tan gigantescas hacen parecer microscópicos e insignificantes los cuerpos celestes de nuestro sistema solar, dando la concepción de astros de magnitudes inconmensurables y casi fuera de la comprensión humana. Se necesitarían trillones de globos semejantes a nuestra pequeña tierra para igualar el tamaño de Betelgeuse.

Betelgeuse es la estrella del extremo norte de la brillante constelación de Orión, y viene a quedar situada sobre el hombro del gigante. Esta constelación es el espectáculo más bello del firmamento, y es perfectamente visible en cualquiera noche clara de invierno. La distancia de Betelgeuse a la tierra es tal vez de 150 "años de luz;" es decir, que la luz que contemplan nuestros ojos actualmente partió de la estrella hace 150 años, viajando a razón de 186.000 millas por segundo.

APLICACIÓN DEL MÉTODO DEL PROFESOR MÍCHELSON EN EL OBSERVATORIO DE MOUNT WILSON

El método del profesor Míchelson fué

usado por primera vez con el telescopio reflector de ocho pies de diámetro en el observatorio de Mount Wilson, en el sur de California. El espejo del telescopio estaba obscurecido por una cubierta opaca con dos aberturas formadas por bandas susceptibles de adaptarse a la anchura y separación requeridas. Cuando el instrumento enfoca algún cuerpo celeste, aparece, en vez de la estrella, una serie de bandas de interferencia dispuestas a iguales distancias y paralelas a las aberturas. Al ensanchar estas aberturas se alcanza cierto punto en que desaparecen los márgenes. Una fórmula sencilla da entonces el ángulo subtendido por la estrella, y una vez conocido este ángulo y la distancia del astro a la tierra, es posible determinar fácilmente el diámetro de la estrella.

Mediante la adición de dos espejos movibles, combinados por un "interferómetro," en lugar del telescopio y la cubierta de aberturas, se obtiene un instrumento todavía más poderoso. Esta nueva combinación es la que se ha aplicado con éxito brillante en la medición del diámetro de Betelgeuse.

Un miembro del personal del observatorio de Mount Wilson ha aplicado también el método del profesor Míchelson a la medición de la estrella Capella, que las pruebas espectroscópicas habían demostrado ser efectivamente una estrella doble, aunque ambos cuerpos están tan próximos el uno al otro que aparecen como uno solo a través de los telescopios más poderosos. A favor del mecanismo inventado por el profesor Míchelson y adaptado al telescopio de ocho pies, fué posible medir el pequeñísimo ángulo de .045 de segundo subtendido por ambas estrellas y determinar su posición sucesiva en las revoluciones dentro de su respectiva órbita. Los resultados del cálculo y la observación se acordaron con precisión maravillosa, siendo el error máximo de un .0001 de segundo. Las dimensiones extremadamente pequeñas de este ángulo podrán apreciarse comparándolas aproximadamente con el ángulo subtendido por la cabeza de un alfiler a una distancia mayor de mil millas.

LARGA Y PACIENTE LABOR

El profesor Míchelson, generalmente reconocido como primera autoridad mundial en estudios referentes a la luz, ha trabajado durante muchos años en desarrollar los principios implicados en el mecanismo de su invención. Perfeccionó su idea el verano pasado, pero guardó secreto su descubrimiento para todos con excepción de sus más íntimos asociados.

Presentó sus planos al observatorio de Mount Wilson, en California, el verano pasado; y después de algunas instrucciones preliminares dejó que sus asistentes ensayaran el experimento con la nueva invención. Poco tiempo después recibió el profesor Míchelson un telegrama del observatorio anunciando el éxito del invento en el primer ensayo.

"No se había conocido hasta ahora método alguno para la medición directa de los astros," dijo el profesor Fórrest Moulton, notable astrónomo de la University of Chicago, comentando esta invención. "Son tan firmes los principios en que se basa el procedimiento del profesor Míchelson que las cifras pueden aceptarse como absolutamente exactas. El primer ensayo nos lleva a la concepción de cuerpos celestes de magnitud hasta ahora inconmensurable y que casi escapa a la comprensión. Éste es un nuevo e importante triunfo del profesor Míchelson, quien ha dedicado sus energías a intensas investigaciones en materia de la luz."

El profesor Míchelson es un sabio distinguido tanto en los Estados Unidos como en el resto del mundo civilizado. Ha hecho algunos de los cálculos más precisos acerca de la velocidad de la luz, y ha aplicado el método de la interferencia de la luz a numerosas y delicadas mediciones físicas de ángulo y longitud, entre las que figura la determinación exacta de la norma de longitudes que presentó al gobierno francés. El famoso experimento de Míchelson y Mórley sobre la luz sirvió en gran manera de inspiración a la teoría de Einstein de la relatividad.

EL PREMIO DE NOBEL Y OTROS HONORES

El profesor Míchelson es uno de los pocos sabios a quienes se haya concedido el premio de Nóbel por sus investigaciones. Durante muchos años se le ha considerado el hombre de ciencias más eminente en los Estados Unidos. Nacido en Streino, Ale-

mania, en 1852, recibió su instrucción primaria en las escuelas públicas de San Francisco, California, solicitando después un nombramiento para la United States Naval Academy. El presidente Grant le hizo ingresar en dicha institución, donde obtuvo en 1873 el grado de guardia marina. Después de servir dos años en la marina fué nombrado instructor de física y química en la Academia Naval, iniciando entonces realmente su carrera científica.

Se aficionó a tal punto de las investigaciones científicas que renunció el servicio en 1881, estudió dos años en el exterior, y fué luego nombrado profesor de física en la Case School of Applied Science, en Cléveland, puesto que conservó durante seis años. De 1889 a 1892 ejerció igual cargo en la Clark University, Wórcester, Massachusetts. En seguida fué nombrado catedrático en el departamento de física de la University of Chicago, cátedra que continúa dictando hasta el presente.

Sus cálculos sobre la velocidad de la luz granjearon al profesor Míchelson los primeros laureles de fama internacional. Hace más de treinta años que, mediante un método de su propia invención, demostró que la tierra, en vez de atravesar la atmósfera luminosa llamada éter, arrastra consigo esta atmósfera en sus revoluciones. Sus experimentos en tal sentido resultaron en la creación del "interferómetro," instrumento entonces el más completo que se hubiera descubierto para analizar el espectro de gases y vapores incandescentes.

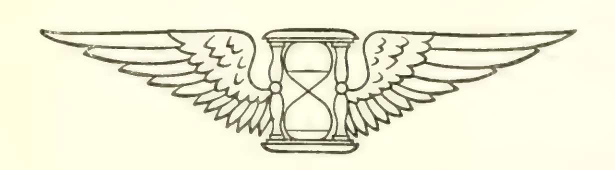
Algún tiempo después aplicó el profesor Míchelson su método de la interferencia a mediciones astronómicas y espectrocópicas, verificando el diámetro de los satélites del planeta Júpiter.

Después de dedicarse con especialidad al perfeccionamiento de los instrumentos científicos el profesor Míchelson descubrió la escala, instrumento que posee un poder de solución muchas veces mayor que el aparato más poderoso para producir la difracción. En recompensa del notable servicio prestado a la ciencia con la invención de su escala y su "interferómetro," fué otorgado al profesor Míchelson el premio de Nóbel en física el año de 1907.

En 1907 recibió también el profesor Míchelson el premio de Cópley de la Royal Society, la distinción científica más alta que se concede en el imperio británico. Ha recibido asimismo medallas y grados honorarios del Franklin Institute de Filadelfia, la Académie des Sciences de París, la Universität Léipzig, la Universität Göttingen, y muchas otras.

En 1915 se hizo conocer al público que el profesor Míchelson había trazado 120,000 líneas perfectamente rectas y paralelas sobre una pieza de metal de seis pulgadas por tres de superficie. La pieza de metal era un aparato para intensificar la difracción. Dividía un rayo de luz en el mayor número de tonos de color que se haya visto jamás. Medía la diferencia entre la longitud de las ondas de los diversos rayos de color hasta una millonésima parte de centímetro, o sea, una trimillonésima parte de pulgada, registrando colores nunca contemplados por el ojo humano.

Los trabajos del profesor Míchelson se han dirigido especialmente al estudio de la luz, la luz que pasa entre los planetas, las estrellas y soles. Su nueva invención, de que acabamos de ocuparnos, constituye el último eslabón de la cadena, preparando el campo para importantes investigaciones en cuanto a la formación y desarrollo de los astros.



UN SÁBADO ITALIANO

POR

CÁROLINE SÍNGER

El barrio italiano de Nueva York, con su ambiente singular y movido, con su bullicio exótico, su pobreza y su alegría, su ingenua piedad, es un rincón trasplantado de lejanas tierras al mismo corazón de la gran urbe; produce una sensación de viaje al curioso observador que siente a veces la tentación de escapar a la vida intensa de la cosmópolis en busca de frescas y humanas impresiones. La autora, con pinceladas de artista, revela los vívidos efectos de luz y sombra del pintoresco cuadro.—LA REDACCIÓN.

CON su buhonería relumbrante al sol de agosto como las pulidas facetas de una joya, el barbudo judío vienés manteníase entre las carretillas de vendedores ambulantes, acampadas al aire libre en el mercado público de la Primera avenida, en la parte oriental de la ciudad, instigando a las gruesas comadres que pululaban en torno para que compraran anteojos. Usándolos podrían apreciar mejor, decíales, las gangas de última hora de que andaban a caza a fuer de matronas diligentes. Cada uno de sus ademanes descubría bajo su chaqueta festones de anteojos y su licencia de buhonero. Gafas azules y ambarinas, destinadas a proteger la vista contra el sol, pendían enganchadas de sus bolsillos y de los huecos de las mangas de su chaleco. Este óptico ambulante había contemplado pasar la vida desde las esquinas; y del mismo modo que un experimentado cosmopolita habla de las ciudades extranjeras que ha hecho suyas en sus viajes, hablaba él de los barrios marcadamente típicos que, con su diferente colorido, forman el mosaico de la gran ciudad.

"Éste," decía blandiendo un puñado de anteojos y señalando la estrecha vía que se extiende por distancia de cuatro de las ordinarias cuadras de la cosmópolis, entre los puestos temporales de media docena de los mercados al aire libre de Nueva York, "éste es el lugar más alegre de la ciudad." Era el barrio italiano, explicaba, casi en totalidad siciliano; y suceda lo que quiera, el italiano ríe y se divierte. La mezcolanza de rusos, polacos, y viejos judíos en sus mugrientos *sheitels* era sólo un reflejo de la alegría latina, y añadía incentivo al tráfico.

¡Semejante lugar del este, barrio que las novelas basadas en la realidad de su miseria y los anales de los puestos de policía han hecho familiar, era calificado de alegre!

¡Alegre! Sin duda las mágicas lentes del viejo buhonero tenían la propiedad de realzar las pinceladas felices. Para los ojos miopes que lo contemplaban desde los tranvías o desde los coches del ferrocarril elevado, este barrio aparecía únicamente como un trazado irregular de carros de hortalizas extendiéndose en el arroyo. Las casas de vecindad estaban tan atestadas de seres vivientes que la madera y la piedra parecían radiar el calor humano de que estaban saturadas. Las ventanas, ostentando en sus destartalados huecos colchones y cobertores, dejaban al descubierto desnudos interiores o reflejaban las siluetas del grupo familiar trabajando, con los hombros encorvados, en alguna labor pagada a tanto por obra. Corregido este error de visión, los signos de hacinamiento se convierten en un indeciso fondo a través del cual pasan los cuadros del mercado público, los emplumados títeres de Múlberry Bend y las llamas suavemente oscilantes de los cirios de la fiesta religiosa.

El mercado público tiene sus caprichos. En los días grises es como el pájaro que cuando el tiempo está pesado se asienta en la rama con las plumitas alborotadas y piando lánguidamente, pero que estalla en arpegios tan pronto como luce el sol. El mercado parece entumecerse cuando se recogen los rayados toldos y se cierran las sombrillas; pero en los sábados radiantes es bullicioso y consciente de su animación. Desde el alba hasta la medianoche, en que los frutos adquieren tintes fantásticos bajo la luz artificial, cada minuto está penetrado

de la regocijada anticipación de la holganza del día siguiente que traerá quizá un paseo a Cóney Island o una fuente de *ravioli*, el mejor pretexto para una reunión de familia. A esta generosa atmósfera acuden los mendigos a calentarse el alma, porque, ¿quién puede negar una limosna y asistir con el corazón ligero a la misa del domingo? Se deja percibir un *staccato* persistente en las voces de los pilluelos que se deslizan por estrechos claros entre la multitud, dando pisotones, zigzagueando en medio de los compradores que acarrean limones, fósforos y bolsas de papel. Un grupo de niños mira con interés una mancha de color donde un mozalbete está agazapado en la sombra, detrás de una canasta de rehiletes. Esos rehiletes de papel verde y cereza, con su centro de papel de seda rojo, dan expresión meditabunda a los ojos y comezón a los dedos. Algunos de los chicos son lo bastante afortunados para poseer el dinero necesario para comprarlos, y se apoderan de las exóticas flores montadas en su tallo de madera. Cuando las llevan voltejeando en el aire tranquilo, su rápido girar da la impresión de una ligera brisa. Pasa el hombre de la menta, y el aire se perfuma hasta un punto increíble con el aroma de las machucadas hojas del manojo que constituye su mercancía. Durante un corto período a mitad del verano pueden comprarse también lirios silvestres de corola amarilla, que van a dar al altar de la fiesta religiosa en una calle lateral. Se produce una conmoción, acompañada de la confusión consiguiente, a la llegada del mozo con su cubo de pescado, donde asoman los plateados cuerpos envueltos en pulidas y húmedas cintas de algas. Tan curtido por el sol está el rostro del hombre, que da a la atestada calle de la ciudad la ilusión de un chato y azulado barco de pescador varado en las cercanías, y con sus redes tendidas a secar en la blanca arena.

Abriéndose paso entre las carretillas, avanza el tocador de organillo. Cuenta setenta inviernos, y tan acostumbrado está a mirar esperanzado las altas ventanas de los ricos, que su cabeza ha tomado una inclinación permanente hacia atrás que pone al descubierto su sonrisa del sábado y hace parpadear sus viejos ojos frente al sol. Si no encuentra espacio suficiente, se queda en la calle, detrás de un parapeto de cerros de tomates y verdes pimientos que sólo dejan ver la copa de su empolvado sombrero desde la acera. Todos los italianos se dan cuenta de su presencia, porque ni él ni su organillo que descansa sobre las desvencijadas ruedas han cambiado el "*Fenesta che lucive e mo' nun luci*," por un *potpourri* de *jazz* y los himnos presbiterianos, como los grandes pianos ambulantes. Son leales a las canciones que, cuando era joven el tocador y acarreaba su órgano con tanta facilidad como se lleva una flor en el ojal, hacían bailar a los niños y asomarse a las mujeres a los balcones de las calles italianas. Quizá sus oyentes de hoy son los niños que bailaban y las mujeres que miraban tiempo ha en la ciudad del Mediterráneo.

Satisfechos cualquier otro día con la buena o mala ventura de su tráfico normal, los comerciantes están el sábado tan ansiosos de rematar toda su mercancía, para evitar la pérdida de aquello que se malogre el domingo, que chillan hasta el diapasón más alto que pueda alcanzar la voz humana, aun cuando el pregón no sea muy definido. Algunos acuden a la pantomima, en que sobresale la raza latina; y alzando en alto su mercancía con una mano, señalan el precio con los dedos de la otra, como si fueran sordomudos.

Un frutero, que vende melocotones verdes para conserva, sacude rítmicamente los duros frutos contra el mostrador de madera canturreando: "*Percoche! Che belle percoche!*"

En la puerta de un sótano, que sirve en la noche de enmohecido albergue a los gatos cimarrones del arroyo, y de día está cubierto de retazos de telas—algodón, terciopelo y sedas de color azul, naranja, violeta—hay un viejo de barba blanca extendida sobre el pecho en forma de abanico. Manteniéndose algunos escalones más abajo que el nivel del pavimento, bate una retreta incesante a los pies de los transeuntes.

Delante de la roja puerta del mercado marítimo yacen los calamares en recipientes de estaño, cuyos bordes abrazan con sus exangües tentáculos. Hay bandejas llenas de una multitud de pescados diminutos y de sonrosados camarones. El contenido verde bronce de una cuba de madera bulle constantemente, semejando el hervor de

una olla al fuego lento. Es una cantidad de cangrejos que gimen en el cautiverio. De vez en cuando les arrojan un cucharón de agua sobre el caparazón, y la inquietud se aplaca. Arrójase más agua a las cubas de los caracoles de agua dulce y de mar. En una plataforma de madera yace un monstruo con una bandera italiana y otra de los Estados Unidos encajadas entre las agallas a ambos lados de la enorme cabeza. Es una caballa que pesa mil libras. Los cuchillos semejan simples aristas en la negra carne que sólo cede al tajo. A medida que las lonjas caen bajo la cuchilla de carnicero, una italiana de brazos morenos y musculosos las arroja en la balanza. A intervalos el propietario se llega a la puerta de entrada y ensalza su mercancía, a estilo barberil, en italiano. Para los profanos cuyos conocimientos piscatorios se reducen al atún y el salmón en conserva, la pescadería es una especie de espectáculo, un museo de historia natural.

Llevando chiquillos en los brazos, y chiquillos de tamaño escalonado—hasta tres, a veces—en un cochecillo, y guiando los pasos de los mayores, las amas de casa se internan en esta placentera babel del comercio.. No usan sombrero. Algunas cabezas están cubiertas de negros chales triangulares o de chalinas de encajes atadas sobre los cabellos. Incidentalmente se ve algún pañuelo anudado en forma de cofia, a la moda gitana. En la tarde del sábado, cuando fábricas y tiendas tienen medio día de fiesta, obsérvanse mezcladas entre la multitud algunas representantes de la joven generación. Se distinguen fácilmente por la esbeltez peculiar de las italianas, que desaparece pronto substituída por prematura madurez, y llevan el cabello liso en la parte superior de la cabeza, ensanchándose a los costados en los grandes bucles en boga que cubren las orejas.

Entre el meter de codos y el rozar de caderas prominentes apenas hay espacio para que la vendedora de bollos, con el consabido cesto de mimbres para el mercado se abra paso a salvo de una desastrosa colisión. Sopórtanse sus empellones, aun cuando las agudas esquinas del cesto, su carretilla de mercancía, amenazan las cabezas de los más pequeños. El rostro de la vendedora es benévolo y arrugado. Muchos chiquillos italianos, todavía en la lactancia, olvidan sus lloros mientras muerden con sus encías desdentadas alguno de los bizcochos en forma de rosca ensartados en los palillos sobresalientes del cesto, como argollas en las estacas del juego de aros.

Los compradores llevan las negras bolsas rectangulares de tela impermeable, peculiares del barrio del este. Sus ventajas están tan firmemente establecidas que los mercachifles que trafican en esta mercancía no necesitan sino lanzar de vez en cuando un bronco: "¡Se rematan! ¡Se rematan!"

Pasada una hora, las bolsas que vinieron aplastadas al mercado se convierten en panzudos paquetes atacados de vasijas de loza y de estaño, coles y prendas de vestir, resultado todo de minucioso examen v selección.

Entre aquellos que ignoran que el italiano es el comprador más sagaz de frutos y legumbres, y al mismo tiempo uno de los más eficientes vendedores ambulantes de esta clase de productos, existe la noción equivocada de que los mercados al aire libre son más baratos porque la fuente de sus existencias emana de algunos misteriosos desechos de tiendas de más tono. Suponen asimismo que el vendedor ambulante necesita únicamente procurarse una carretilla, colocarse en el sitio que le plazca, comprar de barato hortalizas averiadas en la misteriosa fuente de desechos, y venderlas algo más caro.

La carretilla, tienda portátil, no está desprovista de gastos, aun cuando no tenga teléfono ni papel de envolver ni bramante para atar los paquetes, y su sólo equipo consista en la balanza de pesar. El propietario debe tener, en primer lugar, una licencia municipal que cuesta cuatrocientos dólares al año. Cuatro mil de estas licencias se conceden anualmente. Si le cogen sin ella, tiene diez dólares de multa o diez días de prisión. Luego, debe procurarse el espacio en la calle mediante arreglos con el comerciante delante de cuya tienda quiere establecerse. Por este privilegio paga una suma que puede ascender hasta cuarenta dólares mensuales. No obstante, nada de esto resulta tan costoso como abrir una tienda, y el vendedor ambulante puede compensar sus gastos con utilidad más

reducida de la que necesita obtener el comerciante regular.

Si en ocasiones las hortalizas parecen pasadas, es porque el mercachifle se ve obligado a contrarrestar el calor del sol con una regadera de estaño en vez de emplear un sistema costoso de refrigeración. Dos veces por semana se compran hortalizas frescas al por mayor en el mercado al aire libre. Allí, cerca de la orilla, mientras la ciudad duerme o se despereza en el lecho, consciente apenas de que el sol iluminará pronto la silueta arquitectónica de los edificios, los agricultores vienen del campo en sus carretones y automóviles de carga. Montañas de violadas coles y remolachas se confunden en las purpúreas sombras del amanecer. Hay un olor de tierra recién arada. Los hombres acarrean brazadas de zanahorias y legumbres frescas, tropezando unos con otros en la penumbra. Una mujer pasa rápidamente, ligera como una sombra, esparciendo a su alrededor la fragancia de las ramas de laurel silvestre que ha comprado. El cielo se aclara. Chiquillos adormilados se remueven al despertar entre las pilas de sacos, mientras se enderezan otros que se habían encaramado en busca de abrigo a los anchos lomos de los caballos de labor. Un hombrecillo grueso golpea sus manos una contra la otra, y saltando a los travesaños de la caja de su carro, entona un cantar. El mercado despierta a la aurora del sábado.

La historia de los desechos, que el mercado desdeña, puede haberse originado en el hecho de que a veces ejemplares heterogéneos de comestibles de fácil descomposición, fresas, melones o productos cuyo envase de cartón se ha roto, van a dar a los bazares. Los comestibles no están echados a perder, pero su condición es inaceptable en el comercio de la parte norte de la ciudad. Un grupo de mercachifles junta capitales, compra los artículos, y se vuelve aquello un pandemónium hasta que se concluyen las existencias. A veces hay lotes de servicio de mesa y cristalería ligeramente averiados. En estas ventas imprevistas se encuentran también golosinas extrañas al mercado, donde se trafica estrictamente en frutos y legumbres de la estación. Los bolsillos del barrio del este no pueden permitirse habitualmente lujos de conservatorio.

Si las manzanas se magullan en la bolsa de la señora, o se aplastan las cebollas, la culpa es suya. Groseras manos pueden haber engañado la vista; mas, con todo, suya es la culpa, pues cuando tenía libertad de pinchar las berenjenas, apretar los repollos de lechuga y arrancar las hojas a la mazorca de maíz se quedó tan tranquila, indicando solamente cuántas libras o cuántas docenas quería. Esto es una violación de las costumbres de la carretilla ambulante. El vendedor sólo estaba obligado a recibir el dinero y entregar una destrozada hoja de papel para envolver las compras, una página de cualquiera de los nueve periódicos italianos o de algún diario judío. ¿Podía acaso descuidar oportunidad tan admirable para deslizar productos desechados ya por otros compradores, que nada aceptaban sin examinarlo y manosearlo? No sucede muy a menudo que los novicios tienten así al mercader ambulante. Los dedos se hunden entre el brillante bermellón del polvo de pimientos rojos en los abiertos potes; se tijeretean las secas ramas grises del tomillo como muestras. Los hornos están abiertos en la trastienda de la panadería, el aroma caliente de los dorados panecillos flota en la calle mezclado al penetrante perfume de los bollos salpicados de alcaravea; pero nadie compra el pan antes de tomarle el peso y tentarlo concienzudamente; ningún bollo se compra sin haber probado antes una migaja.

De pronto se escucha el irritado tumulto de un motín incipiente. ¿Se ha descubierto acaso algún crimen para tal algarabía? No; una discreta señora ha tomado muestras con demasiada liberalidad, y aun cuando el mercader trata de abochornarla en público, ella no se amilana, y sigue su camino olfateando las diversas clases de queso, porque sabe que para el conocedor el olor del queso es tan decisivo como el sabor. Con el objeto de averiguar si el hilo es bueno para hacer encajes, escoge una madeja cruda entre el confuso montón de la carretilla del mercero y prueba su fortaleza con dientes y uñas. La edad de los huevos nunca escapa a la comprobación. Cada uno es sacudido a su turno junto al oído, hasta que parece extraño que el cascarón no estalle derramando el contenido en punto de merengue.

"Sacúdalo," es la explicación; "si hace ruido, no sirve."

Entre la confusión de nacionalidades se destaca un observador perspicaz que sabe clasificar en un relámpago a la señora y a las demás parroquianas por grupos étnicos. Es el que dice la buena ventura; pero su habilidad es más práctica que psíquica. En el cajoncito de su arca con cinchos metálicos hay profecías para todas las razas: italiana, húngara, española, francesa, griega, polaca, hebrea y lituania. Para que las predicciones tengan cierto sabor exótico, hace que uno de los dos ratoncillos blancos que se crían en el sótano del fondo del arca saque los papelitos impresos, de color diferente para cada uno de los ocho idiomas. Esta simpática bestezuela es mantenida cabeza abajo, sujeta por las patas traseras, hasta que con rápido movimiento extrae la profecía del paquete adecuado. Un papagayo blanco, que vive en el departamento principal del arca, desempeña con más frecuencia este oficio sobrenatural. Un pájaro de mirada aviesa, con flotante caperuza amarilla, ojos orlados de amarillo, y temperamento arisco, tiene, a pesar de todo, dicen, una voz de canario. A decir verdad, su canto es semejante al chirrido de ruedas sin engrasar; y un silbato chato, hábilmente disimulado en la mejilla de su propietario, es el responsable de la leyenda. Esta farsa se ha practicado por tanto tiempo—principió en Italia—que por propia confesión se sabe que el dueño come a menudo una buena fuente de macarrones sin desprenderse del artefacto, y duerme muchas veces toda la noche con el trocito de madera y metal en la boca. Engaña aquí a las mujeres como las engañaba en ultramar; pero los rapazuelos saben a que atenerse, y el vendedor de pronósticos lleva a cabo un tráfico adicional de estos mismos silbatos.

En nuestros días aun los adivinos tienen sus contratiempos, porque las profecías están incluídas en el alza de precios. Un millar de estos impresos, que antes podía comprarse por dos dólares, cuesta ahora el doble; y las mujeres que en otro tiempo tenían la oportunidad de echar una ojeada a su suerte futura por dos centavos, se ven obligadas a pagar ahora una moneda de a cinco.

"Todavía se hace decir la buena ventura, y algunas todavía la creen," comenta el profeta, encogiéndose de hombros ante la estupenda credulidad que traspasa el barniz de la civilización. Poco daño, sin embargo, pueden hacer profecías tan innocuas como ésta:

El horóscopo de usted anuncia una victoria sobre sus enemigos. . . . Antes de mucho recibirá usted una herencia. . . . Tiene usted la fortuna en sus manos . . . será culpa suya si la deja escapar. . . . No debe descorazonarse por las contrariedades. . . . No crea usted lo que le dice todo el mundo, y llegará a vieja, hasta la edad de noventa años.

Más vale buscar salud en la vida campesina
Que pagar al médico por amarga medicina.

Si por acaso alguno de estos papelillos despertara cierta aprensión, allí está el pulpero griego para disipar todo temor. Tiene una voz tan suave y tan oleosa como el dorado aceite que se traslada constantemente desde los barriles de madera a las jarras y las botellas. Trafica en quesos redondes y marfileños, quesos italianos de la Argentina, de pasta y de *salame;* en bizarros incensarios de metal para los altares de los católicos españoles, y en graciosos potes de bronce para infusión azucarada de café griego; también en proverbios: "En la isla de Salamis acostumbramos decir: *El hombre puede cambiarlo todo, menos el tiempo y la muerte.*" Tales son los consuelos que da en los cinco lenguajes de la Primera avenida.

El adivinador de la suerte es un nómada, como el óptico ambulante y el tocador de flauta que ejecuta *Il Trovatore* en los mercados al aire libre. No pasa dos días seguidos en la Primera avenida. ¿No está allí acaso Múlberry Street? ¡Múlberry! Nunca se ha oído nombre más fascinador. Hay en sus sílabas cierta música que atrae desde la vuelta de las esquinas y aun desde el mismo pavimento, hacia la tortuosa calle donde parecen aglomerarse los seiscientos mil italianos de Nueva York sin dejar siquiera un resquicio para los tres mil inmigrantes que arriban semanalmente en la cubierta de proa de los buques de la carrera.

En el mercado de esta calle, donde hay más napolitanos que sicilianos, se encuentran también las guirnaldas de ajos y pi-

mientos, los racimos uniformes de uvas suspendidos de un bramante, los duros quesos en forma de calabaza colgando de travesaños de madera encima de las carretillas ambulantes y en las vidrieras de las tiendas. Hay bodoques de dulces compactos, hechos de miel y almendras y envueltos en papel plateado; tonelillos de arrugadas aceitunas negras; tortas de langostas secas, originarias de la Tierra Santa. En una vidriera se ostentan canciones de actualidad dedicadas al poeta guerrero d'Annunzio, del mismo modo que a Ponzi, el italiano de Boston, contra quien se ha seguido recientemente un juicio por especulación desenfrenada. En otra, lucen vívidas litografías de los héroes nacionales italianos, y un grabado en colores representando la conferencia de la paz en Versalles. En éste aparecen las testas coronadas de Europa y el presidente de los Estados Unidos sentados en consulta ante una larga mesa, en tanto que en el otro extremo de la pieza rinde Híndenburg humildemente su espada a Foch y el káiser se hunde en el pavimento.

Mazorcas de maíz tierno se cuecen en hirvientes ollas con un tubo al centro y colocadas sobre un lecho de carbones encendidos. Hay batatas asadas y calientes, y bandejas de hielo machacado donde se enfrían habichuelas que acaban de cocerse y están listas para comer. Atravesadas por un hilo, como cuentas de vidrio, hay nueces del Brasil y avellanas despojadas de su cáscara. En torno de los vendedores de mariscos se ven grupos comiendo ostras y almejas crudas en su concha. En las trastiendas, centenares de roscas de pan blanco duro, ensartadas en redondo, dicen a su vez la historia de este barrio exótico. Han sido horneadas a punto de excitar el apetito de la gente de los alrededores.

Después de la comida, cuando los vendedores ambulantes se retiran uno a uno bajo los postes del alumbrado, empujando al pequeño Pietro o Tony dormidos profundamente en las vacías carretillas, las sombras caen silenciosamente ocultando los despojos de la alcantarilla. Las cuadras asumen el aspecto íntimo de las tertulias de pórtico en las comunidades aldeanas. Las aceras se convierten en un largo estrado, donde las mujeres traen sus sillas para sentarse al lado de los cochecillos de niños o lactar a los infantes a pecho desnudo. Recostados uno contra otro, chicos con el rostro embadurnado caen con sueño de plomo en los umbrales de las puertas, y los férvidos idilios de Romeos y Julietas progresan en los parajes donde se ve a los jóvenes indolentemente apoyados contra las balaustradas de hierro.

En la chismografía femenina acerca de amoríos, funerales, nacimientos y escándalos de vecindad, en el sentarse al lado de los cochecillos las noches de los sábados en el verano, no toman parte los hombres. Se aglomeran en la sala del teatro de títeres, y el humo de sus pipas aumenta la penumbra del mal alumbrado edificio. A un lado dos muchachas pequeñas ofrecen en venta botellas de refrescos que acarrean en pesados cubos que han deformado la línea de sus hombros.

Una mujer entra apresuradamente, pone su sombrero sobre el piano colocado en un rincón, y toca una obertura. Obedeciendo a un visible juego de alambres y a veces a manos visibles también sobre los volantes, títeres de un metro de altura, avanzan a saltitos en el escenario. Una voz de bajo recita los versos tras de bastidores, mientras los muñecos sacuden las plumas de su cabeza de cera y golpean torpemente con sus espadas los huecos escudos de latón. Se oye una nueva voz; entran las mujeres, barriendo con sus faldas el pavimento. Llevan peinado alto y crinolinas.

Las pipas de los concurrentes se apagan, y las chicas de los refrescos quedan quietas, cesando el tintineo de las botellas. El espectáculo procede, y no hay críticos dramáticos que anoten a hurtadillas las deficiencias en el margen de los programas. Es un drama épico. Las colgantes muñecas glorifican un capítulo de la historia de Italia. Inertes ellas mismas, representan episodios vividos un siglo atrás. La historia es larga ,y se necesitan muchas noches de sábado para contarla.

Este sábado por la noche el teatro está obscuro, y la taquilla, donde sólo cabe una persona, está desierta. ¿Acaso la atracción del cinema es demasiado poderosa? La calle entera parece fluir en esa dirección. Al voltear de la esquina, y bajo el inusitado resplandor de un millar de luces, el negro cabello de las muchachas está salpicado de *confetti*. Se han retirado los lavaderos de

sus clavos, y las escaleras de escape para incendios se han convertido en balcones. Por todos lados banderas italianas, pendones de raso bordeados de pesada franja de oro, banderas de los Estados Unidos, y los alambres de la luz, se entrelazan hasta ocultar el estrecho claro de cielo que corona la calle. A intervalos regulares cuelgan adornos cúbicos, hechos de bayas ensartadas en cuadrilátero, y linternas japonesas. Semejantes a pompas de jabón, globos flotantes escapan de las manos de los niños tan pronto como el hombre del depósito de aire comprimido infla los coloreados pedacitos de goma elástica.

Gritos de excitación parten de un tío vivo armado sobre un camión, donde los chicos más pequeños montan a horcajadas en diminutos caballos pintarrajeados. Un hombre da vuelta a un manubrio colocado a la zaga del carro, y comienza la emocionante carrera. Hay grandes cloqueos y latigazos para animar a los caballos, mezclados con algún grito de alarma. Otro manubrio, manejado por un muchachito en el sitio del conductor, deja oír los acordes de un valz arrancado al desvencijado piano, mientras el paciente caballo dormita entre las varas.

Los bruñidos instrumentos de las dos bandas recogen y arrojan alternativamente los cambiantes de la luz. Manos encallecidas por el trabajo marcan el compás. Voces trémulas de ancianos y voces juveniles siguen en voz baja las arias de *Gioconda* y de *Fausto*. Múlberry Street "celebra la fiesta religiosa" al aire libre.

Cubierto el rústico maderaje con papel blanco y plateado, el altar se levanta en la acera. La extremidad de la cruz latina del obelisco roza la ventana de un quinto piso, donde un hombre en mangas de camisa se reclina placenteramente y golpea su pipa contra el antepecho. Ropas húmedas puestas a secar cuelgan de un cordel encima de su cabeza. Delante del altar arden grandes cirios. Cabezas, brazos y pies de cera yacen sobre el altar representando plegarias de los pacientes para que la santa Virgen alivie sus sufrimientos. Los que pueden hacerlo, depositan dinero al pie de la efigie y se retiran llevando fotografías del altar, que oprimen piadosamente contra sus labios.

Muy despacio, la imagen de tamaño natural de la Virgen María avanza de su blanco nicho levantada en hombros por seis mozos sobre las cabezas de la multitud. El borde de su túnica desaparece bajo billetes de dólares, ofrendas votivas. Todas las cabezas están descubiertas; ancianos de ambos sexos, hombres y mujeres de edad madura y niños llevando cirios se forman en hilera. Tan apretados están unos contra otros que necesitan seguir la marcha cubriendo con las manos la llama de los cirios. La procesión comienza. Pero los jóvenes se mantienen aparte. Un mozalbete italiano de camisa de seda rayada, dice a la muchacha italiana que trabaja en una tienda de la Quinta avenida, y sabe lo que se lleva en los Champs-Élysées:

—Vámonos por acá a tomar unas almejas.

—¿Dónde?—pregunta ella.

Señalando el puesto de ostras, replica el mozo:

—Allí, bajo la bandera *bachicha*.—

Ambos se echan a reír; pero los pastelillos de Nueva York les han quitado el gusto por estos peculiares mariscos.

Una mujer se inclina desde el descanso de la escalera de incendios y hace llover de sus manos violados pétalos de áster sobre la Virgen.

"¡Es Nápoles!" murmura el viejo napolitano, mientras lágrimas asoman a sus ojos.

"¡Es Mesina!" susurra el siciliano de la Primera avenida.

A lo largo de Broadway se oyen los ecos del *jazz* en los cafés, las luces intermitentes dicen del *jazz;* en tanto que en Múlberry Street acólitos voluntarios, con regocijo pagano, hacen arder rojos fuegos ante la efigie de la Virgen.



EL BOLCHEVISMO: SU ORIGEN, DECLINACIÓN Y CAÍDA

POR

VÍCTOR S. YARROS

El bolchevismo, manifiesta el autor, constituye un trágico episodio en la historia social. Es una nueva forma del prusianismo, puesto que sus métodos son contrarios a los principios de la democracia, de la libertad y de la evolución Es una aplicación extemporánea, precipitada y pervertida del socialismo marxiano, cuyas normas pretende seguir. Se condena por sus propias palabras y por la autoridad de sus mismos caudillos, algunos de los cuales cita el autor en el presente artículo. En cuanto se refiere al comunismo de las tierras, ha tropezado el bolchevismo con la inveterada oposición de los campesinos, que se rebelan tenazmente a la expropiación. En un discurso pronunciado recientemente, decía el mismo Lenín, maestro y guía del bolchevismo: "Quienes esperaban que el socialismo echara raíces en esta Rusia de labriegos han esperado en que se realizara una utopía." Tanto Lenín como otros caudillos bolchevistas se vuelven ahora al capitalismo, inician arreglos, otorgan concesiones. Reconocen que no ha llegado todavía la hora de su "gran revolución social." Es indudable, sin embargo, opina el autor, que, con el transcurso del tiempo y distintos métodos, será dominado el capitalismo, reemplazándose con un sistema cooperativo de producción y distribución. Centenares de fuerzas y factores contribuirán a este cambio trascendental. La actual explosión bolchevista sólo ha servido para revelar el absurdo de una reforma intentada por medios violentos y métodos tiránicos. No hay razón para el pánico que se ha apoderado de ciertas personas en los Estados Unidos, ni para las medidas que se adoptan o se proponen en contra de los radicales. No se combatirá el bolchevismo con bloqueos ni bayonetas. Procuremos a Rusia productos, capital y el contacto indispensable con el exterior, y la estructura entera del bolchevismo caerá por su base.—LA REDACCIÓN.

A DECIR de muchas personas de mente liberal, el prusianismo ha sido derrocado, anulado, destruído; pero las fuerzas democráticas sociales se ven o se verán muy pronto amenazadas por otro enemigo peligroso y formidable: el bolchevismo. En consecuencia, debemos prepararnos sabiamente para la próxima guerra mundial, guerra que habrá de reñirse contra este nuevo enemigo, guerra en defensa de la democracia y de la libertad civil.

Es verdad que el bolchevismo es enemigo acerbo de la democracia y de la libertad, pero no lo es que sea un "nuevo" enemigo, ni que sean necesarias ahora ni en el futuro preparaciones especiales para combatirlo y derrotarlo. El bolchevismo es simplemente una de las formas del prusianismo. Si en realidad hemos aplastado al prusianismo, habremos aplastado de igual manera al bolchevismo, aun cuando en apariencia parezca lo contrario. De otro lado, si reconocemos que el bolchevismo nos amenaza, quiere decir que el prusianismo existe todavía y está lleno de vigor.

El prusianismo no ha sido destruído aún, pero las fuerzas liberales y democráticas de la sociedad tienen la ocasión y el poder necesarios para destruirlo. Está en camino de abolirse, pero sólo a medida que la democracia genuina, la libertad y la justicia se afirmen y establezcan en el mundo. Por iguales medios y proceso semejante está minándose y destruyéndose el bolchevismo. No tenemos que empeñar dos guerras ni que combatir en dos frentes: la guerra contra el prusianismo significa al mismo tiempo guerra contra el bolchevismo.

El propósito de este artículo es comprobar las afirmaciones precedentes. Examinemos con tal objeto el origen, declinación y caída—sí, caída absolutamente cierta—del bolchevismo. Por mucho que oradores superficiales y mal informados y otros "rojos" puedan decir, o crean pensar, acerca del bolchevismo, lo positivo es que tal doctrina representa ya un completo fracaso, y que sus días están contados en todo respecto científico y fundamental, a pesar del éxito político y militar del gobierno de los *soviets*. Estudiando los rasgos esenciales y secundarios o accidentales del bolchevismo, podremos quizá destruir ciertos conceptos falsos que han originado el pánico en los últimos tiempos entre algunos funcionarios de los Estados Unidos: pánico que se ha traducido en ataques sin discreción contra los "radicales" de toda clase, considerando "rojos" peligrosos a todos los revolu-

cionarios rusos que se encuentran en este país.

El futuro historiador de los movimientos revolucionarios no tropezará con muchas dificultades para explicar el surgimiento y la caída del bolchevismo ruso. Los mismos caudillos bolchevistas han procurado amplio material en que pueda basarse un criterio firme equilibrado. El bolchevismo se condena por sus propias palabras. Se condena también por la misma autoridad cuya norma proclama erróneamente seguir: la de Marx y su doctrina económica. Se condena por las enseñanzas de hábiles y reputados socialistas contemporáneos. Se condena por los escritos anteriores a la guerra y a la revolución del mismo señor Lenín, el maestro y guía intelectual del bolchevismo. El bolchevismo, científicamente hablando, jamás ha tenido base en que apoyarse, y los socialistas pensadores e ilustrados deberían haber sido los primeros en rechazarlo. Solamente una ignorancia estupenda de la historia y literatura rusas, de las condiciones sociales, económicas y educativas de aquella nación, explica la simpatía inconsiderada que ciertos socialistas y radicales de los Estados Unidos han manifestado por el insensato experimento bolchevista en el primitivo, atrasado, ignorante, dividido y desorganizado territorio eslavo de la Europa oriental.

Nada más absurdo y pueril que el concepto de que si bien el bolchevismo es imposible y poco deseable en Inglaterra, Alemania, Bélgica, Francia y los Estados Unidos, puede, sin embargo, ser "conveniente para Rusia." Quien profundiza realmente la economía y filosofía socialista o radical sabe bien que precisamente lo contrario estaría de acuerdo con los principios económicos y filosóficos de tales doctrinas. El bolchevismo, si es posible en manera alguna, puede desarrollarse solamente en países donde las industrias alcanzan alto nivel, donde el trabajo está organizado, disciplinado, consciente de sus responsabilidades tanto como de sus oportunidades e intereses, y donde la consolidación y concentración del poder industrial han adelantado lo suficiente para que la "socialización" de las industrias fundamentales e importantes, por lo menos, sea asunto relativamente fácil. El que Rusia, con su población rural y rústica en su mayor parte, con su escaso y primitivo desarrollo industrial, sus ignorantes obreros civiles, su dependencia en ideas, técnica y capital extranjeros, y su corta y deficiente "comprensión;" que esta Rusia intente ponerse a la cabeza del mundo occidental estableciendo el socialismo marxiano o el comunismo de Lenín, es concepto tan fantástico e irracional que hasta hace pocos años ningún órgano socialista o maestro con pretensiones de peso y autoridad se hubiera detenido un instante siquiera a discutirlo. Se habría rechazado como una idea absurda, concebida en la ignorancia completa de los factores de la economía y de la interpretación socialista de la evolución de la sociedad.

Permítasenos citar algunas frases de la biblia socialista, *Das Kapital* de Marx:

A medida que disminuye constantemente el número de los magnates del capital, que usurpan y monopolizan todas las ventajas de esta transformación (la aplicación de la ciencia a las industrias, la socialización de la forma de producción mediante la cooperación indirecta, la internacionalización del cambio y del comercio, etcetera) aumenta la masa de miseria, opresión, abuso y explotación; pero aumenta asimismo la rebelión de la clase obrera, clase cuyo número se acrecienta de continuo, disciplinándose, uniéndose y organizándose en razón del mecanismo del proceso mismo de la producción del capital. El monopolio del capital se convierte en una rémora para la forma de producción de donde emana y a favor de la cual se ha desarrollado. La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo llegan al cabo a cierta etapa donde *se hace incompatible con la armadura de capitalismo*.[1] La armadura se desgarra. Suena entonces el tañido fúnebre para la propiedad privada del capital.

La producción del capital engendra, tan inexorablemente como una ley natural, su propia negación.[2]

Siempre que ha alcanzado cierto estado de madurez, toda forma social es desechada y reemplazada con otra nueva. La época del advenimiento de tales crisis se anuncia por la amplitud y profundidad de las contradicciones y antagonismos que separan las condiciones de distribución y la forma definida e histórica de las correspondientes condiciones de producción, de los

[1]Las frases que aparecen en bastardilla en las citas han sido subrayadas por el autor del artículo.—La Redacción.

[2]Tomo I, páginas 836-837.

elementos productores, su capacidad de producción y el desarrollo de sus factores. En este momento surge el conflicto entre el desenvolvimiento material de la producción y su forma social.[3]

A continuación viene una cita del manifiesto del partido comunista, redactado por Marx y F. Engels:

El adelanto de la industria, cuyo promotor involuntario es la burguesía, reemplaza el aislamiento de los trabajadores, debido a la competencia, con la combinación revolucionaria de la clase obrera, debida al socialismo. . . .

Y he aquí una cita de *A Summary of the Principles of Socialism* escrito por H. M. Hyndman y Wílliam Morris, y firmado por todos los miembros de la junta directiva de la Democratic Federation of Great Britain:

Hemos llegado en Inglaterra al desarrollo económico más completo. Nuestro ejemplo servirá, en consecuencia, de guía y de aliento al mundo. . . .

Solamente una superintendencia colectiva de la producción y cambio, solamente *una organización científica del trabajo en el interior y del abastecimiento de los mercados en el exterior*, será capaz de dominar la anarquía presente y permitir el establecimiento de un sistema mejor. . . . El incremento mismo de las compañías, los mismos desenvolvimientos que se observan en la administración del estado, indican claramente la dirección en que debe necesariamente inclinarse el progreso.

Las citas anteriores, que a la verdad podrían multiplicarse indefinidamente entre los principales escritos socialistas, clásicos y contemporáneos, demuestran con evidencia suficiente la falta esencial de solidez y la locura del bolchevismo ruso, que jamás ha sido otra cosa que la aplicación errónea, precipitada y pervertida del socialismo marxiano: un socialismo impuesto cruda y prematuramente por fanáticos y doctrinarios a un país enteramente falto de preparación, y en condiciones tales que, ante el criterio sereno, hacían imposible toda probabilidad de éxito.

LA EVOLUCIÓN DEL BOLCHEVISMO

Trazaremos ahora la historia del bolchevismo ruso, tratando de explicar este trágico episodio.

Quizá no se ha comprendido generalmente en el mundo occidental que desde la era de la reforma en Rusia, bajo Alejandro II, casi todos los progresistas o radicales, y seguramente todos los revolucionarios, se llamaban a sí mismos socialistas. Rusia no había tenido movimiento de importancia alguno, ya sea individualista, anarquista o liberal. Las personalidades excepcionales como Bakunín el anarquista, o Kropotkín el anarquista comunista, o el profesor Gradowsky el liberal, encarnaban únicamente las tendencias prevalecientes a que eran opuestas. Durante varias décadas en Rusia, el decir: "Soy radical" equivalía a decir: "Soy socialista." ¿Por qué? Para explicar este hecho es preciso conocer ampliamente la historia rusa. Baste observar que la rural *mir* y la *artiel* rusas, sociedades cooperativas de jornaleros, se consideraban hacía tiempo como instituciones de índole socialista: instituciones que se prestaban fácilmente a los cambios necesarios para convertirse a las normas absolutas del socialismo. Durante varias décadas, los pensadores y revolucionarios rusos sostenían que su patria podía ahorrarse muchas de las luchas acerbas y colisiones sanguinarias que la Europa occidental capitalista estaba aparentemente destinada a sufrir en el proceso de transición al socialismo. Aun cuando Rusia no pudiera "saltar" o evitar completamente la etapa del capitalismo, podía esperar con razón acortarla en forma considerable, y, aprovechándose de la experiencia de Europa, construir un sistema social sobre sus propias amplias, nacionales y democráticas bases. Los radicales rusos asumieron como hecho incuestionable que todo el mundo civilizado marchaba rápidamente hacia el socialismo.

En el curso de los desenvolvimientos políticos, los socialistas rusos se dividieron. Formóse el partido demócrata-social, adoptando principios y métodos cada vez más divergentes de los socialista-revolucionarios. Las diferencias principales entre ambos partidos eran las siguientes:

El programa de los socialista-revolucionarios era muy simple: "Tierras y libertad." Esto significaba posesiones rurales para los labriegos y los obreros civiles, incluyendo o no compensación para los propietarios particulares, pero *sin* compensación alguna por las tierras que pertenecían a la corona

[3] Tomo III, última página.

o a la iglesia; y libertad civil, religiosa y de cualquier otra clase, según el criterio occidental, para todos los pobladores de Rusia. No se impondría la nacionalización o socialización de las tierras, pero se estimularía en todo sentido, poniéndose en práctica las doctrinas de la semisocialista *mir* y ampliándolas gradualmente en sentido socialista. El interés que demostraban por los labriegos conquistó a los adherentes del partido socialista-revolucionario el nombre de "rurales." Este partido gozaba de grandes simpatías entre la población campesina de la Rusia central, y muchos lo definían incorrectamente como agrupación de la clase rural. Apreciaba altamente la libertad constitucional, que el partido proclamaba como condición previa para cualquiera otra reforma firme y duradera. Sus miembros estaban dispuestos a emplear el terror como medio de forzar a los elementos ciegos y reaccionarios de la autocracia y burocracia a formular una constitución que sostuviera todos los derechos políticos fundamentales y las franquicias que de allí se derivaban. La libertad o las instituciones libres en general debían utilizarse, sin embargo, como medio de establecer el socialismo en la industria a favor de la legislación, la educación y demás métodos constitucionales.

Los demócrata-socialistas se calificaban a sí mismos de científicos y prácticos. Proclamaban ser verdaderos discípulos de Marx. Dirigían sus instancias al proletariado de las ciudades, y a los elementos más indigentes de la clase rural que se veían forzados por lo reducido de sus terrenos a ganarse escasamente la subsistencia buscando trabajo en las fábricas durante los meses de invierno. Los agricultores prósperos, las clases profesionales y los intelectuales eran severamente considerados por los demócrata-socialistas como enemigos de la revolución social.

La idea de que Rusia podía esperar el evadir en gran manera la fase capitalista de la evolución o por lo menos acortarla a favor de su *mir*, su *artiel* y sus tradiciones semisocialistas, fué definitivamente abandonada por los demócrata-socialistas como una utopía sentimental y contraria a la evolución. Lenín, el caudillo de los demócrata-socialistas, combatió vigorosamente este añejo concepto, insistiendo en que el capitalismo era la etapa preliminar y necesaria para el establecimiento del socialismo en Rusia, del mismo modo que en otras partes; y que la disposición más cuerda para el verdadero socialista era contribuir a la evolución acelerando la tendencia al capitalismo. La *mir* rusa, con sus doctrinas relativas a la propiedad comunal de las tierras, constituía en opinión de Lenín un estorbo, un obstáculo al progreso. Las tendencias a la reducida propiedad agrícola, tanto como a las inmensas posesiones rurales, debían estimularse en vez de combatirse.. El capitalismo lleva consigo la semilla de su propia destrucción, y el ilustrado socialista "objetivo" no abriga rencor contra el capitalismo *per se*, puesto que tal sistema labra inconscientemente la vía al socialismo, creando, educando y organizando el proletariado, a la par que consolida la industria contribuyendo a su madurez para la producción y distribución de acuerdo con la doctrina marxiana.

Durante más de una década, el partido demócrata-socialista atacó vigorosamente a los socialista-revolucionarios en esta materia. Pero en este período desarrolláronse también diferencias de opinión dentro del partido mismo: diferencias que al cabo provocaron una separación. La facción más numerosa fué llamada *bolsheviki*, palabra que en ruso quiere decir "la mayoría," y la menos numerosa se distinguía por el nombre de *mensheviki*, que significa "el elemento de la minoría." La disidencia principal entre ambas secciones del mismo partido se refería al tratamiento de los agricultores prósperos y de los "intelectuales." La minoría tenía entonces como ahora más en común con los socialista-revolucionarios que con el elemento de la mayoría.

Mientras el régimen autocrático, apenas temperado por las reformas del tumultuoso período que siguió a la abrumadora derrota de las fuerzas militares y navales de Rusia en la guerra con el Japón, continuó suprimiendo y ahogando la libre discusión de los problemas y necesidades de Rusia, no fué posible explicar a los ineducados rusos en lenguaje popular las diferencias de la opinión radical antes mencionadas. Se producían, publicaban y aun se leían en la misma Rusia obras científicas contra las doctrinas

económicas marxianas y bolchevistas; pero sólo circulaban entre una reducida minoría. Siquiera el pertenecer a los partidos demócrata-socialista o socialista-revolucionario era considerado un acto criminal; y los adherentes a cualquiera de estos partidos que lograban hacerse elegir al duma gozaban de pocas y limitadas oportunidades para exponer sus ideas. Muchos fueron arrestados y juzgados por traición. Sus discursos en el duma no podían ser publicados fuera de Petrogrado; y no siempre se permitía que aparecieran en los periódicos de la capital, la sede misma del duma.

Al estallido de la gran guerra mundial, la autocracia y la burocracia de Rusia revelaron una vez más su miserable deficiencia, su corrupción e infamia. La revolución de 1917 era inevitable. No fué el resultado de planes o trabajos subterráneos: fué un movimiento popular. Los labriegos estaban tan dispuestos a secundarla como los obreros civiles. La autocracia estaba irremediablemente desprestigiada. Si cualquiera de los estadistas o miembros del duma, conservadores, moderados o liberales, alimentaba esperanzas de salvar a la autocracia, o el sistema económico que ésta representaba, en la época de la revolución "política" de 1917, padecía indudablemente un grave error, una extraña ceguera. Habría sido imposible evitar por cualquiera circunstancia, combinación de grupos o estratagema alguna, que la revolución política asumiera paulatinamente el carácter y desenvolvimiento de una revolución *social*. Todas las excusas por los desatinos y excesos del bolchevismo, basadas en la diferencia entre la "revolución política" que la burguesía y los intelectuales proyectaban y favorecían, y la revolución social que exigían los intereses de los labriegos y de los obreros civiles y que a su entender únicamente el bolchevismo estaba destinado a llevar a efecto, son enteramente falsas y faltas de solidez. Pueden ilusionar a los radicales extranjeros ignorantes que "no son bolchevistas, aunque . . ." pero no han engañado a los rusos al tanto de la situación ni a los extranjeros que estudian la historia y condiciones de Rusia.

Citaremos aquí cierto pasaje de una carta del príncipe Kropotkín, el erudito revolucionario ruso, a George Brandes:

> . . . Sabe usted bien cuán criminal ha sido, en mi opinión, contra todo progreso social en Europa, la actitud de aquellos que contribuyeron a desorganizar el poder de resistencia de Rusia, lo cual dió por resultado la prolongación de la guerra un año más, una invasión alemana en nuestro territorio bajo pretexto de un tratado y el derramamiento de océanos de sangre para impedir que una Alemania victoriosa aplastara a Europa bajo su tacón imperial.

Si Kropotkín hubiera pensado que la revolución de marzo de 1917 sería política simplemente, es decir, superficial y limitada a ciertos cambios en el gobierno y a ligeras tentativas para aliviar la suerte de las masas, no habría condenado la actitud bolchevista con respecto a los aliados y la guerra, calificándola de "criminal contra todo progreso social." Era criminal en realidad, porque retardaba el progreso social en vez de acelerarlo.

Mas sigamos con la narración. El primer gobierno revolucionario o provisional de Rusia no fué suficientemente radical o representativo. No duró mucho, ni podía haber durado. El gabinete de Lvov, a pesar de haber planeado y aun iniciado muchas reformas importantes, no obtuvo la confianza de los elementos radicales militantes ni de la desconfiada y expectante clase rural, cuyo pensamiento único era: *Tierras al cabo*. Para esto fué necesario la reorganización del ministerio y el nombramiento de un socialista, Kerensky, como primer ministro. El gabinete de Kerensky no contaba con personal muy vigoroso, pero era suficientemente radical y representativo. Las acusaciones que le dirigían los bolchevistas, examinadas de cerca por personas autorizadas para emitir juicio en la materia, carecían de substancia o de fundamento. El gabinete de Kerensky habría atacado resueltamente el problema de las tierras, de las fábricas y demás problemas económicos de Rusia. Los ministros débiles habrían sido substituídos por otros más atrevidos y valerosos. Pero la alianza con la *Entente* habría continuado, y Rusia habría permanecido en la guerra, realizando poco tal vez en el campo de batalla, mas prestando inapreciable apoyo moral a la causa de los aliados y contribuyendo a derrocar el prusianismo.

La campaña bolchevista contra el gobier-

no de Kerensky fué una campaña de doctrinarios y fanáticos, de seudo internacionalistas, enemigos mortales del capitalismo, de la política "burguesa" y de las medidas moderadas. Los caudillos bolchevistas creían que había sonado la hora de la gran revolución social, llamada a derrumbar los sistemas del capitalismo y de la burguesía, incluyendo lo que calificaban de simulacro de democracia en los Estados Unidos; y que constituía su deber supremo y su privilegio extraordinario dar el golpe de gracia al antiguo orden de cosas e instituir el sistema socialista marxiano. Todo aquello que sus mismos adeptos habían dicho y escrito acerca del atraso y falta de preparación de Rusia para el socialismo fué olvidado o desechado como impropio e inaplicable a las imprevistas condiciones. Rusia, en opinión de los caudillos bolchevistas, venía a encontrarse a la cabeza de una procesión internacional. Habíale tocado en suerte convertirse en guía; no continuaría mucho tiempo en su peligroso, si bien espléndido, aislamiento. La revolución se extendería con rapidez sorprendente. Italia, Francia, Alemania, Austria, Hungría, hallábanse todas en vísperas de tremendos solevantamientos. Era una perspectiva gloriosa; de consiguiente, el vacilar sería criminal.

Solamente en cuanto se refería a la Gran Bretaña y a los Estados Unidos experimentaban dudas ansiosas los doctrinarios bolchevistas. El mismo Lenín, el maestro del bolchevismo, admitía francamente la fuerza y estabilidad del capitalismo en aquellas dos naciones. Podían resistir durante cierto tiempo lo inevitable causando algunas complicaciones; pero, naturalmente, no sería Rusia la única víctima de tal situación. A todo evento, la prevista resistencia de Inglaterra y los Estados Unidos, últimos baluartes del capitalismo y la plutocracia, no estorbaría a Rusia pasar el Rubicón y hacer resonar las trompetas que habían de alistar a todas las naciones dispuestas para el encuentro final contra el orden social que se derrumbaba.

Conocemos cuál ha sido el desarrollo de los acontecimientos. Hungría—o, mejor dicho, Budapest y el territorio adyacente—ensayó el bolchevismo por corto tiempo. Una triple crisis, y especialmente la tenaz oposición de la población rural y de la clase media, puso término a este experimento. En Alemania y Austria se produjeron algunas pasajeras revoluciones, pero el bolchevismo apenas se aventuró a levantar la cabeza en ninguno de estos países. Lenín y sus adeptos admiten ahora francamente que la revolución social ha sido en cierto modo contenida y retardada en la Europa occidental. Los demócrata-socialistas alemanes, en vez de alentar y dar esperanzas al bolchevismo, rehusan adherirse a la idea de iniciar siquiera limitados experimentos del socialismo marxiano. Todo lo que se proponen es forzar alguna ley que dé voto a los obreros en la administración de la industria. El temor del militarismo y de una reacción monárquica está profundamente extendido en Alemania. El régimen democrático y republicano es débil e incierto. Por avanzada que esté la industria alemana, los obreros de esta nación, tanto organizados como sin organizar, no están preparados para hacerse cargo de las industrias ni manejarlas convenientemente. La clase media no ha desaparecido ni se ha reducido a proporciones insignificantes. Dadas las circunstancias que la minoría socialista tendría que afrontar, el intentar demasiado sería provocar un fracaso completo y una triunfante contrarrevolución.

Aun en Italia, donde se ha dejado sentir por muchos meses en el ejército y entre los obreros un descontento que parecía anunciar la revolución, las simpatías por el bolchevismo son puramente platónicas. A juzgar por la táctica y la actitud de los ciento cincuenta y seis diputados socialistas en el parlamento nacional, los socialistas italianos comprenden que la nación no apoyaría medidas extremas. Los católicos, liberales, independientes y otros grupos menores, débiles por cuanto están divididos, encontrarían suficiente fuerza, compelidos a unirse ante la amenaza de expropiación y comunismo, para rechazar todo ataque contra la propiedad privada y las libertades civiles. El grupo de los delegados socialistas en el parlamento italiano no insiste en medidas radicales, contentándase con la lógica de los acontecimientos, y aceptando al mismo tiempo pequeñas concesiones del gobierno burgués y nacionalista.

Puesto que no hay por el momento ni en un futuro inmediato perspectivas de una

revolución social universal, y puesto que las apelaciones de Lenín y Trotzky caen en oídos sordos, ¿cuáles son los propósitos del bolchevismo en Rusia?

Dejemos que uno de los caudillos bolchevistas, Max Lítvinoff, que ha iniciado arreglos con los pequeños estados del Báltico y con los agentes diplomáticos de los gobiernos de Inglaterra y Escandinavia, responda esta pregunta perentoria. En un manifiesto publicado en Estocolmo, dice Lítvinoff:

Nos vemos compelidos al presente a adoptar temporal y transitoriamente un término medio entre el capitalismo y el comunismo. El comunismo absoluto será posible tan sólo en caso de que otras naciones acepten análogas bases económicas. *O bien seguirán nuestro ejemplo, o bien, si Rusia se ha adelantado a los acontecimientos, se verá obligada a retroceder al capitalismo.*

Los caudillos bolchevistas saben ahora perfectamente que "Rusia se ha adelantado a los acontecimientos" y que "se verá obligada a retroceder al capitalismo." No hay un solo observador sereno e inteligente que, después de estudiar las condiciones económicas, sociales y morales de Rusia, no haya llegado a esta conclusión. Así, el hábil corresponsal de *The Manchester Guardian*, órgano fiel y seguro del genuino liberalismo inglés, escribía recientemente al sintetizar sus impresiones sobre Rusia: "Los bolchevistas se lanzaron a establecer el comunismo; en esto han fracasado." Fracasaron por completo en las aldeas, porque los aldeanos se defendieron como tigres contra la propiedad y manejo de las tierras por el estado. *La política bolchevista con referencia a las tierras se derrumbó al primer contacto con la realidad, con la psicología campesina.* La tierra es propiedad particular en Rusia, y continuará siéndolo por lo menos algunas décadas. El mundo exterior ignora en gran parte hasta qué punto se han modificado ya las doctrinas bolchevistas en los bancos, fábricas, minas y tiendas confiscados a raíz del golpe de noviembre de 1917; pero no es misterio para nadie que se han promovido arreglos y se ha otorgado concesiones a burgueses intelectuales y a jefes no regenerados de industria, cuyos servicios eran indispensables. Tampoco se ignora que hay esperanza y aun promesa de mayores concesiones.

Apenas si se ha apelado a los recursos naturales de Rusia, pero la nación carece del capital necesario para explotarlos. Los caudillos bolchevistas solicitan abiertamente capitales norteamericanos e ingleses, y abiertamente asimismo se ofrece toda clase de franquicias y concesiones. Se permite a los capitalistas y negociantes extranjeros impulsar sus empresas en forma enteramente "capitalista:" emitir valores, pagar intereses y dividendos, y contratar obreros fuera de los gremios, sujetos solamente a las restricciones que la ley nacional del trabajo pueda imponer.

Es apenas necesario insistir en el hecho de que las propuestas dirigidas al presente a las naciones y sindicatos capitalistas en solicitud de préstamos y créditos revelan que se reconoce la imposibilidad de adherirse al comunismo, o al socialismo marxiano modificado por el temperamento eslavo. Los caudillos bolchevistas saben que han fracasado, y que su "revolución social" ha sido tan prematura como desastrosa para Rusia.

En la carta del príncipe Kropotkín, arriba citada, aparece este pasaje: "Los bolchevistas tratan de introducir la propiedad nacional de las tierras, el comercio y las industrias, mediante el establecimiento de la dictadura de una fracción del partido demócrata-socialista. Infortunadamente, el método a favor del cual tratan de imponer, en un estado sólidamente centralizado, un comunismo análogo al de Babeuf, paralizando de esta manera la labor constructiva del pueblo, hace imposible el triunfo, y está preparando el terreno para una violenta y perniciosa reacción."

Esto mismo es lo que están diciendo hace dos años millares de intelectuales rusos, entre los que se incluyen socialistas de diversas escuelas. Esto mismo es lo que están diciendo los radicales europeos y norteamericanos de maduro criterio y al tanto de la situación. La simpatía neurótica y mal avisada de ciertos seudo radicales y demócratas norteamericanos es un fenómeno singular. Significa falta de capacidad para pensar y comprender. Significa profunda ignorancia de los elementos de la filosofía revolucionaria al mismo tiempo que cierta falta de sinceridad y honradez intelectual.

El bolchevismo es el prusianismo, y caerá exactamente como ha caído el prusianismo, y por idéntica razón. Sus mé todos eran fatales, su filosofía es contraria a la democracia, a la humanidad, al espíritu liberal.

El porvenir de la civilización no depende de ningún terminado en "ismo," y la feroz tentativa de un puñado de doctrinarios para imponer en Rusia el socialismo marxiano fué peculiarmente insensata. Pero es indudable que el movimiento socialista universal, que tantos cambios ha sufrido y está destinado probablemente a experimentar otros nuevos, contribuirá con muchas ideas e indicaciones a la solución de nuestros problemas económico-sociales. Es indudable que el capitalismo será dominado al cabo y reemplazado con un sistema cooperativo de producción y distribución, y que las relaciones a base de salarios serán substituídas por relaciones semejantes a las de asociados en una empresa común, relaciones que reduzcan la fricción al mínimum, estimulando el esfuerzo por el bienestar de la colectividad. Si las naciones más adelantadas y civilizadas demostraran la tendencia a adoptar el sistema cooperativo, o lo que quizá podría llamarse socialismo voluntario, Rusia, con su *mir* y su *artiel*, estaría en el caso de esperar confiadamente el realizar rápidos progresos en la misma dirección. El error bolchevista ha consistido en suponer que era posible forzar a Rusia—bajo el látigo de una dictadura a favor del proletariado, aunque no nacida de su centro—a tragar el socialismo marxiano, poniendo así con éxito en operación su mecanismo e instituciones, y dando al mundo una convincente lección objetiva.

Rusia volverá el capitalismo, pero solamente para comenzar de nuevo el lento y gradual avance de su evolución hacia la industria cooperativa. Marchará en esta dirección junto con la Europa occidental y los Estados Unidos, algo retrasada quizá, pero no en forma demasiado notable. Es perfectamente exacta la apreciación de aquellos de sus pensadores que sostienen que Rusia podría acortar el proceso de transformación haciendo uso de sus instituciones especiales, de un lado, y estudiando, de otro, el desarrollo de los acontecimientos y la forma de reorganización en naciones más adelantadas.

EL SISTEMA DE LOS "SOVIETS"

¿Llegará a salvar al bolchevismo la forma de gobierno llamada *soviet*, que evidentemente no tiene relación estrecha con el comunismo? El interés y admiración despertados por el sistema de los *soviets* están lejos de ser ilógicos. La esencia de este sistema es la "representación funcional"[4] o, como lo expresarían los gremios socialistas de Inglaterra, la "democracia funcional." Los delegados a los *soviets* locales, provinciales o centrales son elegidos, no porque profesen ciertas opiniones o pertenezcan a determinado partido, sino porque siguen ciertas carreras o trabajan en ciertas industrias útiles. Se supone que este sistema dará por resultado mejor grupo representativo, eliminando de los asuntos públicos a los simplemente políticos, a los vacíos y a los oportunistas, y haciendo del cuerpo legislativo una entidad competente, eficaz digna e independiente.

Sabemos bien que el problema de mejorar la administración representativa—que en ocasiones nos ha dado bastante que hacer aun a nosotros los norteamericanos—se ha discutido por varias décadas; que la representación funcional no es invención bolchevista; que escritores anglosajones han sugerido una y otra vez que por lo menos una de las cámaras legislativas—el senado, por ejemplo, entre nosotros—se formara de representantes directos de las industrias, oficios, profesiones y negocios reconocidos, en lugar de componerse, como ahora, de abogados y políticos de profesión que se supone representar la población en conjunto. Sabemos que la representación funcional ha sido estudiada con interés a la par que otros medios de mejoramiento del mecanismo gubernativo, como el referéndum, la revocación de cargos, la representación proporcional y otros semejantes.

No hay razón alguna por qué Rusia no haya de iniciar en el mundo occidental los experimentos en representación funcional. A decir verdad, Rusia necesita este sistema menos que los Estados Unidos, porque su población es más homogénea industrial-

[4]Hacemos uso de la traducción literal inglesa, por cuanto la palabra "funcional" expresa en este caso el ejercicio de alguna labor importante, ya sea intelectual o material, para el bienestar de la colectividad.—LA REDACCIÓN.

mente, y dentro de cualquier plan de gobierno democrático su clase rural dominaría los cuerpos legislativos provinciales y nacionales. Sin embargo, este carácter distintivo del sistema de los *soviets* es bastante sensato y atractivo. Bajo condiciones normales y pruebas severas originará indudablemente sus males y flaquezas peculiares; y el autor del presente artículo se inclina a creer por su parte que la representación proporcional, con el referéndum y la revocación, es preferible al sistema estricto de representación funcional. No es éste, sin embargo, lugar apropiado para discutir esta cuestión.

Resumiendo: todos los rasgos característicos del bolchevismo son perniciosos, carecen de fundamento científico y son imposibles de llevar a la práctica. El bolchevismo es una nueva forma del prusianismo. Ataca tanto como éste la democracia, la libertad, la evolución. Es la simple substitución de la tiranía del agnóstico y socialista Lenín a la tiranía del monárquico y ortodoxo Nicolás Romanoff. Lenín es sincero; también lo era Romanoff.

No salvarán al mundo benévolos tiranos de escuela alguna. El mundo se salvará después de muchas tentativas y errores bajo formas de gobierno que permitan la plena discusión, que otorguen la mayor libertad para ensayos económicos y sociales, para manifestaciones individuales y de la minoría, y que faciliten el campo más vasto para experimentos compatibles con la razonable estabilidad de la estructura social. Las llamadas revoluciones son incidentes y accidentes. Cambio tan importante como el establecimiento de la industria cooperativa, comparable sólo a la transición del feudalismo al capitalismo, no puede verificarse mediante explosiones de indignación y de ira, aun cuando tales explosiones se produzcan. De igual modo que todos los caminos llevan a Roma, todos los caminos llevan en nuestra época, y continuarán llevando por décadas y quizá por siglos enteros a la cooperación en la industria y a la democracia industrial. Centenares de fuerzas y factores habrán de contribuir a la gran revolución social. El trágico capítulo escrito por el bolchevismo en los anales de la sociedad moderna sólo ha servido para poner de relieve la futilidad y el absurdo de una reforma de rígidas fórmulas que se pretendiera imponer por medio de impulsos violentos y fatales a discreción de autócratas empedernidos e inflexibles.

Los aliados, incluyéndose los Estados Unidos, no han sabido la manera de combatir el bolchevismo. No han comprendido este fenómeno singular. Han acusado de simpatías por Alemania a los caudillos del bolchevismo, y han adoptado medidas como el bloqueo, el "cordón sanitario" de pequeños principados antibolchevistas, el apoyo a diversos dictadores y contrarrevolucionarios militares, medidas que, en vez de debilitar al bolchevismo, le han dado nueva fuerza y prolongado su vida. Algunos errores de los gobiernos aliados a este respecto son explicables y naturales hasta cierto punto; mas subsiste el hecho de que la política de los aliados no ha tenido los efectos que se esperaba. El bolchevismo no puedeser destruído con bayonetas ni bloqueos. Solamente se destruirá mediante la libre discusión, la comunicación libre con el mundo occidental, la liberación dentro de la misma Rusia de las fuerzas industriales y morales opuestas a la violencia y a la tiranía. Rusia no es bolchevista, y bajo condiciones normales el bolchevismo habría sido derrocado allí hace tiempo. Procuremos a Rusia productos, capital y el contacto indispensable con el mundo occidental, y se derrumbará la estructura entera del bolchevismo.

Entre tanto, el movimiento contra el bolchevismo asume en los Estados Unidos los caracteres del pánico. Se proponen las leyes más vagas y peligrosas contra la sedición; se deporta a extranjeros ignorantes, cuyos insensatos discursos son indignos de atención, creando centenares de mártires y "refugiados." La libertad de palabra está amenazada, y se ha establecido en las oficinas de correo una censura estúpida e intolerable en tiempos de paz. En suma, se adoptan o se proponen métodos prusianos para combatir el prusianismo en los democráticos Estados Unidos. ¿Dónde está nuestra fe en la libertad, en la discusión libre, en el sentido común y en la virtud de las avanzadas instituciones tradicionales que se amoldan en conjunto a nuestras necesidades y condiciones, y que, a despecho de toda esta torpe e insensata agitación,

habrán de modificarse únicamente a medida que cambien estas condiciones y necesidades?

La democracia no tiene sino un enemigo, repetimos; y el usar armas antidemocráticas para combatir a este enemigo equivale a rendírsele. Las críticas más acerbas contra la democracia harán a este sistema daño infinitamente menor que un solo acto de injusticia respecto de sus críticos. No es posible permitir alegatos en favor de la violencia y el crimen, y debe prohibirse y castigarse en los revolucionarios el empleo de la fuerza en sus ataques contra el capitalismo oficial o individual. Pero suprimir los libros o periódicos de los grupos radicales, porque ensalzan el comunismo, la anarquía, el sindicalismo o el socialismo de los gremios como sistemas preferibles al nuestro, es apartarse de la democracia genuina y violar sus principios fundamentales.

Queremos y necesitamos conocer las ideas de los "rojos;" sí, de los más rojos de los rojos, siempre que la expresión de sus ideas no degenere en directo estímulo y propaganda criminal.



EL MEDIADOR

POR

ÉMMET F. HARTE

Similia similibus curantur o, en lenguaje familiar, "Un clavo saca otro clavo," es el tema con que juega y que pone en acción el autor de la presente historieta.—LA REDACCIÓN.

I

EL DÍA, conforme aparecía a las miradas de Áddison Túthill al abandonar el lecho un buen rato después de la salida del sol, no se diferenciaba en forma apreciable de los demás días en la plácida y soñolienta ciudad de Gárrettsburg durante el delicioso mes de septiembre. Septiembre era uno de los meses favoritos de Áddison. El calor enervante de mediados del verano comenzaba a atemperarse con la fresca y blanca brisa nocturna que venía como susurrando confidencias a anunciar el advenimiento del otoño. Por más que los días continuaran impregnados del ardor de agosto, sus cálidas vibraciones se atenuaban al atardecer. Uno podía soportar bien el fuego del mediodía cuando era posible dormir cómodamente en la noche.

Áddison se levantaba habitualmente bien avanzada la mañana. Su sueño era lo que podría llamarse acumulativo, aumentando en volumen, peso, presión y densidad hacia el alba, y tornándose más profundo entre las horas de la salida del sol y el desayuno.

El diario orden de vida de Áddison estaba tan bien regulado que sólo algún acto especial de la Providencia podía anteponerse a su conveniencia personal. Los Túthill, madre e hijo, vivían reposadamente, siguiendo la línea de menor resistencia. La corriente de su vida se deslizaba con serena deliberación, deteniéndose a menudo en tranquilos remansos donde el progreso descendente se interrumpía en círculos fortuitos de perezosos remolinos. No existían parajes donde el curso se precipitara en torrentes rugidores

Los meses de julio y agosto ejercían por regla general efecto depresivo sobre Áddison. Demasiado calurosos para trabajar, en caso que una persona tuviera el deseo de hacerlo, lo cual no acontecía con Áddison; demasiado calurosos para pescar, en caso que los peces se decidieran a morder el anzuelo, lo cual no harían, de seguro; demasiado calurosos aun para descansar, cosa que él hacía a la perfección, siempre que pudiera disponer de alguna porción apreciable de su lote inherente de libertad personal. Así, cuando llegaba el mes de septiembre, sentía que había ganado el derecho de solazarse por el mero hecho de haber sobrevivido.

Desde el último cambio de la luna parecía a Áddison que aquel día era el que menos podía ensombrecerse con presagio alguno siniestro. Un céfiro gentil viniendo del sur acariciaba sus sienes mientras conducía su vaca a pastar hasta el anochecer en un trozo de bosque detrás de la era. De ordinario no habría tenido necesidad de llevarla, porque la vaca hubiera estado ya en el pasto; pero desde que el abrevadero se había secado, Áddison economizaba pasos dejándola venir a beber en la mañana al pozo de la casa. La brisa del sur hízole recordar una antigua canción:

> Siempre que el viento sopla del sur,
> Echa el anzuelo a la boca del pez.

Pasó el gancho por la verja del solar del bosque y avanzó alegremente hacia el pequeño cobertizo de madera que sobresalía al costado de la era. Un minuto después, se dirigía a la casa llevando una especie de saco de fabricación casera hecho de tela basta, el cubo con el cebo y la caña de pescar.

Su madre apareció a la puerta de la cocina.

—Se me ha ocurrido probar la suerte por un rato en la caleta,—dijo Áddison.—Supongo que tienes bastante leña cortada para la cocina hasta que yo regrese.

—Sí; tengo un montón,—replicó su madre,—pero no vayas a meterte en el agua y empaparte todo a cuenta de la pesca,

Addy. De seguro que vas a afanarte sin conseguir nada. Nunca traes ningún pescado.

—¡Vamos, mamá!—y el tono de Áddison era pesaroso, con ligero tinte de reproche;—no vengas ahora a perder la fe en tu hijo. Un mozo necesita de apoyo moral cuando se va de pesca al arroyo de Híckory. ¿No traje acaso pescado la última vez? Sé justa.—

La ocasión a que aludía era una especie de broma secreta entre los dos. Una sombra de sonrisa recogió los extremos de la boca de su madre.

—Sí; trajiste a la casa una sarta de pescado . . . gracias a que encontraste la trampa de Ace Whitman y le robaste los pescados que habían caído. Tienes razón, necesitas más que nadie de apoyo moral. ¡Reconozco que necesitas de mis oraciones, por cuanto yo me sé!—

Áddison se echó a reír y salió, desapareciendo a la vuelta de la esquina.

Este idílico cuadro está destinado a probar que el día se anunciaba deliciosamente placentero y libre de presagios ominosos o perturbadores de índole alguna; y, al mismo tiempo, que los Túthill, madre e hijo, llevaban una vida deliberadamente fácil, serena y agradable, desprovista de todas las importunidades de labor o preocupaciones onerosas. Como se observa, parecían enteramente felices en su aislamiento de comprometedoras y ajenas amistades e influencias.

Lo que se prueba en realidad, o se probará muy pronto en los capítulos que siguen en orden de batalla, disimulándose tras este *camouflage* de verbosidad inocente, es que las apariencias son falaces hasta un punto que raya casi en malignidad. ¡Desconfiad siempre de la faz en apariencia sonriente de las circunstancias! Aquello que a la distancia semeja una sonrisa puede fácilmente convertirse en una mueca. El destino acecha a menudo armado de un fuelle para las ilusiones y de un mazo rehenchido. Si la víctima quiere levantar cabeza, puede suceder que su cráneo tropiece en violenta colisión con un ladrillo. El destino es un perseguidor de tiestos. Los mejores poetas y los filósofos más sabios nos han aconsejado repetidas veces desconfiar de sus promesas.

II

Volviendo al asunto, en obsequio a la ilación, manifestaremos sin mayor demora el resultado de la excursión de Áddison Túthill en busca de pesca. Ningún pez picó el anzuelo. No podía ciertamente echarse la culpa al cebo, que estuvo astutamente dispuesto en tres diversas series para atraer a los peces. Ensayó primeramente grandes pececillos rojizos de río, luego gruesos saltamontes dorados, y por último, blancas y apetitosas colas de camarones, despojadas de su escamosa piel: todo sin éxito alguno.

Áddison tenía bastante experiencia en el arte de la pesca para aceptar la situación conforme se presentaba. Cuando un barbo del oeste central, americano neto, desdeña sucesivamente los rojos varios, los dorados saltamontes y las blancas colas de camarones, en un radiante día de septiembre cuando la brisa blanca sopla del sur, no queda más que una inevitable disyuntiva al pescador: enderezar el rumbo a su casa.

Esto fué precisamente lo que hizo Áddison. No es demás hacer constar que, antes de darse por vencido, llevó a efecto una ronda a la descubierta en busca de ajenas trampas de pescar, ya fueran de propiedad de Ace Whitman o de cualquiera; pero también sin resultado. Disgustado, pero no descorazonado, dobló su saco de cáñamo con el cebo, echóselo al hombro junto con la caña de pescar, y, con el vacío cubo en la mano, emprendió el regreso a la aldea.

Era más de mediodía, casi cerca de la una, cuando, viniendo por el camino a espaldas de la casa, depositó sus accesorios de pesca en el tinglado y se dirigió al postigo posterior de su morada. Escuchó desde allí voces en animada conversación, cuyo ruido partía de la ventana de la cocina, pero se originaba aparentemente en la sala que la precedía. Detúvose, sintiendo una vaga inquietud levantarse en su pecho al discernir cierto eco familiar que hirió sus oídos en medio de cháchara interminable.

Después de escuchar intensamente, las líneas de su mandíbula inferior se endurecieron en una mueca de disgusto. No era rumor de voces lo que oía, sino una sola voz resonando de continuo en una especie de sucesión constante, mesurada, sin inflexio-

nes, como el incesante batir de perezosas olas sobre una playa arenosa.

Áddison conocía a la propietaria de aquella voz especial. Gozaba de una merecida reputación de infatigable, si bien fatigante, dispensadora de lenguaje humano. Era generalmente aceptado en Gárrettsburg y sus alrededores que, tratándose de locuacidad sostenida, continua, interminable, no había quien sobrepujara a Ágatha Líttlewood, y muy pocos que la igualaran. Jamás disminuía el flujo de sus palabras, ni había memoria entre el más viejo de los viejos pobladores del lugar de que jamás se hubiera agotado. El diapasón de su voz podría describirse como un doble tono, o más bien, dos tonos uniformes, que empleaba alternativamente en una especie de sucesión acompasada.

Alguien—posiblemente el doctor Kíllam—había comparado una vez la entonación de la voz de Aggie Líttlewood al ruido de una menuda lluvia de noviembre chorreando por las grietas del estaño de una cañería de desagüe.

—Suena *tin-tin* por un buen rato,—observaba el comentador,—y luego cambia, y suena *tun-tun* por otro rato.—

Algunos se maravillaban de que el continuo gotear no hubiera labrado la resistente piedra de la paciencia de Lafayette Líttlewood, su marido. Áddison Túthill, muy a pesar suyo, pariente de la famosa dama—primo segundo o tercero, o algo así—había declarado abiertamente que un par de días de soportar "el ataque de gas de esa mujer" le convertirían en tonto de remate.

Así, tan pronto como hubo reconocido aquel son lento y continuado que partía de la ventana de la cocina, aumentando y disminuyendo alternativamente en volumen, Áddison no se aventuró más lejos.

—¡Uf!—murmuró.—Ahí está la prima Ágatha Líttlewood, que se ha venido a pasar el día conversando. ¡Me largo a las altas hierbas!—

Maniobra estratégica que procedió en seguida a llevar a feliz ejecución.

Cierta suave y persistente insinuación de su departamento de interior hízole pensar en que perdía el almuerzo al evadir la cortina de fuego de superabundante verbosidad. Lanzó un suspiro de pesar; pero no hizo movimiento alguno de volver sobre sus pasos.

Poco más tarde se dirigió al "Mercado Sanitario de Víveres," en otro tiempo el "Bodegón de Smith," y compró al crédito diez centavos de queso y una caja pequeña de sardinas en aceite. Trampeó al empleado una media docena de galletas, y almorzó, no hasta sentirse harto por completo, pero lo suficiente por el momento para conservar aleteando débilmente la luz de la vida. En seguida tomó el camino más corto en dirección a la barbería de Gus Wiggins a descansar una hora o dos mientras absorbía los hechos y romances del mundo conforme los presentan respectivamente los diarios y las revistas de historietas.

La barbería de Wiggins era una combinación de salón público de lectura y reunión de ociosos, al mismo tiempo que un banco de liquidación para filosofía casera de diversos temas, y arena donde lidiaban gladiadores de todas clases: contendores en el juego de damas, peritos en la baraja, el cuarteto armónico de Gárrettsburg, y otros por el estilo.

Hacia las cuatro de la tarde la entrada principal de este notable foro de la ciudad se obscureció con la vacilante figura de Job Míller, quien era un personaje único en la comunidad: una estación receptora inalámbrica en forma humana. Cuanto ocurría en el campo de su sensibilidad radiométrica, por decirlo así, quedaba registrado y clasificado casi instantáneamente por el receptor sensible que poseía dentro de sí.

Enfermedades, muertes, amores, matrimonios, nacimientos, querellas, reconciliaciones, llegadas, partidas, escándalos: toda novedad, por trivial que fuera, quedaba debidamente registrada en el cerebro seismográfico de Job. Sus funciones no eran inventivas; eran puramente receptivas. La cosa tenía que suceder antes que él la recogiera. Una vez que había ocurrido, sin embargo, el resto era simplemente mecánico. Job la recibía en detalle, y al punto quedaba convertida en propiedad pública. No se sentía obligado a guardar secretos ni a atesorar confidencias ajenas.

—¿Cómo va, compañeros?—dijo jovialmente.

Gus Wiggins se detuvo en el acto de pasar de arriba abajo la hoja de una navaja en

la piedra de afilar, y probó el corte en su dedo pulgar.

—¿Qué se dice, Job?—gruñó. ¿Tiene usted alguna novedad de importancia en la cabeza?

—Pues, no; nada especial. Vi a Dan Spéncer que se iba a su casa al mediodía llevando tres anguilas y una tortuga de concha suave que dijo haber pescado anoche con una caña de varios sedales. Fletch Hull ha vendido esta mañana su caballo de paso a Harve Powers por ciento treinta y cinco dólares al contado; Fletch agregó una buena silla de montar y riendas. Ese caballo cumplirá nueve años el próximo marzo; George Phillips lo crió desde potro. Lafe Líttlewood y su mujer tuvieron un pleito al mediodía. Ella se ha ido de la casa.—

La revista que Áddison Túthill leía se le escapó de las manos y cayó al suelo.

—¿Cómo es eso?—preguntó.—¿Dice usted que Aggie y Lafe se han separado?

—Separado limpio y llano,—repitió Job tranquilamente.—Esta mañana iba yo a la casa de Purd Lawson, enfrente mismo de la de los Líttlewood. Fuí a ver una manada de cerdos que Purd quiere vender. Pide mucho por ellos. Era cerca de las diez cuando Aggie salió de la casa, haciendo el camino a pie. Primero pelearon duro en el patio; se dijeron una porción de insultos el uno al otro, y no parecía dárseles nada de que los oyeran tampoco. Ella le dijo que iba a pedir el divorcio, y él le contestó que, ojalá lo consiguiera, cuanto antes mejor. Ambos se lo decían a gritos. Podía usted oírlos a una milla de distancia.—

Áddison parecía encogerse por momentos. Al parecer, estaba completamente trastornado. Levantóse y se dirigió vacilante hacia la puerta trasera. Job Míller, neutral, con tranquila deliberación, tan insensible como una página impresa, continuó detallando su boletín.

—Lafe tiene sesenta años, y su mujer cincuenta y ocho. Han estado casados cuarenta y un años; nunca han tenido hijos. Él es de buena índole, pero terco como una mula empacada cuando se le mete una idea en la cabeza. Ella es una calamidad; su lengua nunca para. . . .—

En esto Áddison se encontraba ya fuera del alcance de la voz.

III

A medida que Áddison Túthill se acercaba a su casa, llegaba hasta sus oídos empujado por el suave aliento de la brisa el rumor de una voz recitando monótonamente interminable flujo de palabras. Este zumbido continuado, ininteligible, subía y bajaba en cadenciosa entonación, prolongándose más y más en su ritmo de salmodia. La prima Ágatha Líttlewood seguía en su cháchara con energía inquebrantable. Tenía indudablemente material para seis u ocho horas más, siempre que contara con auditorio y oportunidad. Y no se descuidaría, por cierto, en crear esta oportunidad.

Armándose de toda la fuerza que le fué dado reunir, Áddison penetró audazmente en la sala.

—No que me importe un higo lo que ella o cualquiera como ella pueda pensar,—decía la prima Ágatha.—He sabido manejar mi barca durante cincuenta y ocho años con toda habilidad, y ahora. . . . ¿Cómo estás, Áddison? Tienes muy buena cara. Tu mamá decía que habías ido a pescar. Espero que traigas un buen botín; he estado ansiando un buen pescado fresco. No; tú harías lo mismo que yo, Abigaíl, si te encontraras en el mismo caso. Es como le digo a Mrs. Díckinson, la mujer del vicario: una persona no puede ir más allá de cierto punto. . . .—

Sin hallarse al corriente de los hechos a que se aludía, Áddison entendía tanto de lo que hablaba su prima como de lo que pudiera sacar en limpio de la charla de un papagayo. Esto sólo era suficiente para exasperarlo. Ella continuó; es decir, no se había detenido.

—No; nunca me he rebajado a mezclarme en las idas y venidas de la vecindad, ni espero hacerlo nunca. Por mí, ya pueden ir a la iglesia cada vez que sale la luna y quedarse hasta que se ponga. Yo no he de darles la mano de camarada. Es como me decía una vez Jane Brádford: "Si una persona va a pasar su vida viviendo de desechos, ¡vaya! mejor es dar el golpe ahí mismo y acabar de una vez." El viejo Jake Brádford vendía siempre lo mejor de sus cosechas y dejaba los sobrantes y los desechos para comer en la casa. Yo nunca permití en mi familia una cosa semejante. Valgo

tanto como cualquiera para apreciar lo bueno; y la misma regla se aplica a los amigos. Por mi parte, no deseo yo juntarme con los desechos de la sociedad. Dicen que se necesita que haya toda clase de gente en el mundo, y todo eso, pero. . . .

—¡Ajum!—tosió estrepitosamente Áddison.—Voy a encender el fuego para la comida, madre. ¿Quieres. . . .

—Sí, Abigaíl; siempre te he envidiado tu casa y tu hijo,—continuó la prima Ágatha. —Cuando éramos muchachas pensaba yo casarme con un buen hombre que me quisiera y me mimara en la vejez; pero me equivoqué terriblemente al escoger a Lafe Líttlewood. . . .—

Áddison lanzó vivamente una pregunta en el vacío casi imperceptible que se produjo mientras la prima Aggie tomaba respiración.

—Se dice en la ciudad que te has separado de Lafe,—dijo.—¿Es verdad?

—Me he separado del todo y para siempre, sí;—replicó ella con calma.—Podría vivir en compañía de un sabueso cruzado, y me serviría más que un hombre como Lafe Líttlewood. El buen Dios es testigo que lo he soportado largo tiempo; pero él. . . .

—Pero, ¿qué vas a hacer? ¿Dónde vas a vivir?—prorrumpió Áddison precipitadamente. Tenía que ser muy vivo para poder introducir alguna palabra.

—Áddison,—intervino su madre blandamente,—la prima Ágatha vivirá aquí con nosotros.

—Esto ha estado siempre arreglado entre nosotras,—agregó la prima Ágatha.—Convinimos hace mucho tiempo en que cuando alguna de nosotras careciera de un hogar, viviría con la otra. Hemos sido más bien hermanas que primas toda la vida, a decir verdad. Me acuerdo que le dije al hermano George Kinkaid, el ministro bautista. . . .—

Áddison hizo marcadamente el ruido de tragar, pero no intentó hablar nuevamente. Pareció desvanecerse más bien que salir de la habitación.

Poco más tarde se le oyó afuera demostrar accesos de turbulencia, desacostumbrados en él. Echó votos contra el cerdo en su zahurda, lanzó inútiles mazorcas a las gallinas, y calificó a la vaca de "¡vieja torpe, hipócrita, parlanchina insufrible, lengua larga, sin sesos ni crías!" Algún transeunte casual hubiera juzgado quizá estas acusasiones exageradas, pero Áddison hablaba con la firme convicción de un testigo que está seguro de lo que dice.

La comida fué un triunfo oratorio para la prima Aggie. Exudaba verbosidad. Las palabras caían de sus labios sin esfuerzo, desprovistas de interés, sin descanso ni interrupción: triviales reminiscencias, anécdotas insulsas, filosofía pesada, rancio cinismo, sórdida animadversión. La prima Ágatha era una de aquellas personas que pueden comer y hablar simultáneamente.

Áddison comió en silencio. Sus ojos estaban absortos y fijos, como ventanas de una casa vacía. Aquello era signo de que su mente se había recogido a algún sombrío e íntimo retiro donde estaba dando vueltas a un grave problema.

Abigaíl Túthill, suave y modesta, flotaba plácidamente siguiendo el curso de las aguas. Ni siquiera trataba de hundir un remo en la corriente de la conversación para guiar el barco al centro del canal. Simplemente dejábase arrastrar.

Áddison cruzó el cubierto sobre su plato para demostrar que había terminado la comida, y retiró su silla de la mesa.

—¡Uf!—gruñó brevemente.—Es probable que regrese tarde esta noche. Necesito ver a una persona acerca de cierto asunto. . . .—

Su madre dió muestras de haber oído con una inclinación de cabeza. La prima Ágatha, que no se había interrumpido en lo que estaba diciendo, no tuvo necesidad de comenzar de nuevo. Prosiguió en su cháchara.

Áddison desapareció del cuadro sin mayor dificultad. Su salida no produjo perturbación alguna ni se le echó de menos cuando hubo partido.

IV

Lafayette Líttlewood fumaba pacíficamente su pipa en la penumbra azulada del crepúsculo a la puerta de su dominio feudal. Una nubecilla de humo gris partía de la cabeza de su pipa, humo exactamente del color de su cabello y barba, y de su descolorida chaqueta y zaragüelles. Sus ojos de tono gris azulado miraban una figura que se aproximaba: un hombre de largas pier-

nas, siguiendo a pie el polvoriento camino de Gárrettsburg, que se extendía desde el municipio por una milla de distancia.

La figura se definió pronto en la flaca persona de Áddison Túthill, quien tomó la senda bordeada de flores que conducía al pórtico y se instaló en el quicio de la puerta después de cambiar las usuales frases de saludo.

—Me vine por acá a charlar un rato,— dijo Áddison.—Quería hablar principalmente de la prima Ágatha.—

El viejo continuó fumando sin dar muestra alguna de interés.

—Y bien,—dijo después de cierta deliberación,—¿de qué se trata?

—Está con nosotros. Se me ocurre que . . . que debería haber algún medio de que ustedes se entendieran. Una pareja de casados que han vivido juntos felizmente por largos años no debía echarse mutuamente sapos y culebras y separarse de esta manera. Es malo para los dos. Me parece que lo mejor que ambos podían hacer es usar de indulgencia y. . . .

—¿Te ha encargado ella que vengas a hablarme, Áddy?

—Pues . . . no; no especialmente . . . no, no me ha encargado.

—¿Ha dicho que estaba dispuesta a hacer la mitad del camino . . . particularmente tratándose de mí?

—Bien, no he tenido exactamente la oportunidad de conversar estas cosas con ella. Me pareció más conveniente verlo a usted primero y saber en qué disposición se hallaba. Ni siquiera sé por qué se pelearon ustedes. Ella no ha dicho nada. . . .—

Líttlewood había estado siempre satisfecho de que se le juzgara hombre de pocas palabras; no áspero ni reconcentrado, sino de hablar mesurado. Si podía expresar su pensamiento en dos palabras no veía razón alguna para gastar tres. Lo mismo le sucedía en materia de gastar dinero; pero esta vez se echó repentinamente a derrochar verbosidad. Era una efusión de palabras.

—Te diré cómo ha sido,—dijo con cierto calor.—Me ha atacado sin causa alguna. Todo ha venido por un cuñete de clavos. Aggie es una mujer irracional. Siempre ha sido así, desde muchacha. Según ella, todo lo que piensa está bien, y si alguien piensa lo contrario, está equivocado. No reconoce campo neutral donde el otro pueda acogerse a la bandera de tregua. Si uno no está por Aggie, está en contra de ella, según su modo de razonar. Es toda una tarea el evitar pleitos con esta clase de gente cuando no tienen razón. Es imposible no pelear.

Esta mañana me levanté y fuí a Gárrettsburg llevando a Hinton, el jefe de la oficina de correos, una pequeña carga de maíz. Aggie mandó a la tienda toda la manteca y huevos que había juntado. Le pregunté si quería que le trajera alguna cosa, y me dijo que no, que solamente se lo abonaran en cuenta y que le trajera el recibo. Éste es mal sistema, para mí. ¿Qué sucedería si uno pierde el recibo o la tienda se quema, o cualquiera otra cosa? La manteca y los huevos valían diez dólares o cosa así. Yo necesitaba tabaco y un par de guantes (ya se viene el tiempo de desgranar el maíz); así que los compré; y luego vi que había unos cuñetes de clavos. Lem Adams dijo que los acababa de comprar el día antes, y que los clavos iban a subir muy pronto. Dijo que podía dármelos por ocho dólares el cuñete, de esos que tenía. Yo no los necesitaba en ese momento, pero los clavos son cosa que no se malogra, y siempre llega el tiempo en que uno los necesita; así es que tomé un cuñete de los corrientes.

Cuando llegué a la casa, Aggie me pidió el recibo. Yo le expliqué que había hecho un negocio por el alza que iba a venir, y le enseñé los clavos. Entonces se puso a rabiar. Dijo que con la plata de los huevos y la manteca ella quería comprar muselina y zaraza. Me echó todos los insultos que su lengua pudo pronunciar. Dijo que yo tenía ya dos o tres cuñetes de clavos y seis pares de guantes nuevos. Por último, me hizo salir de mis casillas y decirle unas cuantas cosas. Le hice acordar que el último cajón de la cómoda estaba lleno de rollos de telas guardadas, muselinas y zarazas, y Dios sabe cuántas cosas más, bastante para poner una tienda. "Tienes la manía de comprar cosas que nunca vas a necesitar," le dije.

Ella rechinó los dientes como una persona fuera de sus sentidos.

"¡Me separo de ti!" vociferó. "¡Mañana mismo pido el divorcio!"

"¡Pídelo en buena hora," grité yo, tan colérico como ella. "¡Consíguelo hoy mismo, y que te vaya bonito!"

Ella se echó al camino entonces, y yo seguí con mi trabajo, removiendo la mala hierba para sembrar mañana las patatas. El terreno está blando ahora y crecerán limpias y hermosas. . . .

—Supongo entonces,—dijo Ád con tono lastimero,—que, dadas las circunstancias, no se siente usted inclinado a dejarla volver absolutamente. ¿No es así?

—No intento invitarla a que regrese, si esto es lo que quieres decir,—declaró ásperamente Lafayette Líttlewood.—Ella sabe el camino de la casa. Si quiere venir, que venga; y si no, que lo deje. No he de mover un dedo en este sentido. Si quiere divorciarse, que consiga su divorcio y se dé gusto.

—Pero en caso que decida volver, puede hacerlo, ¿no es así?—insistió Áddison, aferrándose a una paja con el ansia del hombre que está a punto de ahogarse.

—Bueno, en este caso no la he de botar, no; —replicó el otro, refunfuñando.

—Bien; ya es tiempo de que aplane el polvo del camino en dirección a mi casa,—dijo Áddison con viveza. —Parece esto un poco solitario con la partida de Aggie, ¿no es cierto?

—No; todavía no lo he echado de ver,—confesó Layafette Líttlewood.

V

Cuando Áddison Túthill apareció a la hora del desayuno en la mañana siguiente, irradiaba de su persona una especie de interior luz espiritual. Una benignidad que, hablando en sentido figurado, parecía extender sus manos bienhechoras sobre las inclinadas cabezas de la doliente humanidad, brillaba en su benévola mirada. Casi era posible discernir la brillante vestidura que le envolvía a través de su raída chaqueta de trabajo y sus algodonados pantalones, que formaban bolsas no sólo en las rodillas sino en la parte de atrás. Casi podía uno vislumbrar las blancas palomas posadas en sus hombros y las recién desgajadas ramas de olivo que llevaba en cada mano.

Verosímilmente la prima Aggie no echó de ver esta transfiguración. Había amanecido de humor locuaz, y así lo empezaba a demostrar.

—¡No; me gustaría ver el pelo a un hombre que se portara *conmigo* de esta manera! Pero Mahala Pátterson nunca ha tenido el menor empuje; yo habría podido decirle de antemano lo que le iba a suceder una vez que él se hubiera acostumbrado a llevar la batuta. Recuerdo que cuando la pequeña Jennie Stephens se casó y vino a vivir en Hággerty cerca de nosotros. Bert llegó una noche a la casa tan borracho como una uva y comenzó a golpearla. No me tomó mucho tiempo por cierto el explicarle lo que debería hacer, si aquello se repetía, y la próxima vez que él intentó los mismos manejos, ella le contestó con el atizador del fuego. El médico trabajó una hora para volverlo en sí, y desde entonces quedó completamente curado. . . .—

No había la menor grieta por la cual el oyente pudiera insertar siquiera el delgado filo de una palabra. Áddison estaba a la caza de la menor oportunidad, pero ésta no se presentaba. Empleó entonces el único método posible. Con el ronco grito de una rana espantada se lanzó de la orilla a zambullirse de un golpe en el medio del flujo de la conversación.

—Anoche fuí a ver a Lafe,—dijo en voz muy alta. —Tuvimos una charla de alma a alma. Anda muy triste y desalentado. Creo que la soledad es el suplicio mayor del mundo. Está allí sentado solitario, sin nadie que le prepare su comida, y come platos que serían a propósito para un perro.

—No;—siguió diciendo la prima Aggie; —siempre he dicho que una mujer es tonta de remate destrozándose las manos en trabajar por un hombre. Mientras más se hace por ellos, más egoístas y mezquinos se ponen. He pasado los mejores años de mi vida esclavizada sirviendo y mimando a un cochino de hombre, y la recompensa que he recibido ha sido una patada y un bofetón. ¡Gracias a Dios que eso se ha terminado! Lafe Líttlewood puede desempeñar sus tareas domésticas por un tiempo, para que vea si son tan agradables. ¡Ojalá que se consiga una dispepsia a fuerza de comer sus propios menjurjes! ¡Ojalá que se aburra al mirar su cara de mono en el espejo! Quisiera que se vea bien aislado, como yo me he sentido, sin nadie con quien conversar

ni que lo vaya a visitar. Si se aburre tanto de su propia cocina como me he aburrido yo en muchas ocasiones de la mía, puede abrir un cuñete de sus preciosos clavos y masticarlos en vez de chicle por vía de variación.—

Soltó una aguda risotada con cierta especie de caústica alegría a esta idea, y luego prosiguió con tono de torva determinación:

—No volvería aunque Lafe Líttlewood se arrastrara ante mí de rodillas y me lo pidiera. No sé por qué no habría yo de aprovechar de la ocasión para darle también una patada a cuenta de la suya. Como le decía a Sally Smith. . . .—

En este punto Áddison se levantó de la mesa y salió del cuarto y de la casa. Tenía la triste sensación de haber fracasado miserablemente en su honrada tentativa de servir de mediador entre estas dos almas divididas. Reconocíase vejado y derrotado. En aquel momento la prima Aggie se le figuraba inexpugnablemente atrincherada en su fortificada ciudadela de prejuicio y amargura. Le hacía el efecto de encontrarse amurallada tras un parapeto de palabras. ¿Cómo es posible convencer a nadie que no deja de hablar del tiempo necesario para escuchar lo que el otro dice? Era una empresa desesperada.

Con todo, el noble corazón de Áddison estaba empeñado en efectuar una reconciliación entre los beligerantes. Estaba convencido de que su propia felicidad futura dependía de que pudiera devolver de un modo o de otro a la humilde morada de Lafayette Líttlewood la bienhechora influencia de la presencia de una mujer, el roce suave de una mano femenina, el eco de una voz de mujer—particularmente esto último—y la prima Aggie era la mujer predestinada.

Dió un resoplido lánguido y desesperanzado enderezando maquinalmente sus pasos hacia la sección industrial de Gárrettsburg, llamada comúnmente la "parte baja de la ciudad." Iba simplemente a la deriva, semejante a un barco sin velas ni remos, cuando encontró al doctor Kíllam al frente de la oficina de correos.

—Véngase conmigo a mi sanctasanctórum, joven,—le invitó éste,—y jugaremos una partida de naipes a dos reales apunte.

—No estoy muy rico esta mañana,—respondió Áddison lúgubremente.

—Bien, entonces lo haremos a diez centavos.—

Áddison sacudió la cabeza.

—Me he dejado el portamonedas en casa,—confesó. —No me agrada llevar encima mucho dinero en localidad tan peligrosa como ésta. Muchas personas estarían dispuestas a dar un golpe en la cabeza a cualquiera por arrebatarle un dólar.—

La invitación de Kíllam terminó en que Áddison se sentara a dar pruebas de su habilidad en el juego moral e intelectual conocido por el nombre de damas.

Generalmente acostumbraba Áddison un arriesgado movimiento "diagonal" que había puesto perplejos a muchos aspirantes a la gloria de campeones en el juego de damas; pero aquella mañana no estuvo a su altura habitual. Kíllam se anticipaba a sus movimientos estratégicos, flanqueaba y capturaba sus puestos avanzados de ofensiva, y rompía fácilmente sus líneas de defensa.

Cuando perdía en algún juego de azar o de habilidad, el doctor estaba bastante inclinado a mostrarse humilde; pero si, por el contrario, la suerte le favorecía, se elevaba a alturas aéreas de propia vanagloria. A su cuarta victoria estaba cantando tan envanecido como un gallito recién emplumado.

—Mi sistema es inerrable,—se jactaba. —Es tan sumamente fácil que me disgusta seguirlo; pero usted necesita que le den un jabón de vez en cuando para que no se le estanque la ambición. Corone usted a esa reina en el rincón, amigo, antes de que se le olvide. El hecho es que yo imaginé la jugada completa anoche. Fué una inspiración. Desde el minuto en que se me ocurrió, sabía que había de dar resultado. Y lo mejor es que se aplica del mismo modo a cualquier fase de la vida. ¡Es un hallazgo!

—¿De veras, un hallazgo?—refunfuñó Áddison irónicamente. —Espléndido, ¿no es así? Y ¿cuál es esa gran idea?

—Es psicología práctica, querido amigo. Naturalmente, no todo el mundo puede llevarla a efecto, porque el operador necesita en primer lugar una buena porción de sesos. La idea es que uno debe descubrir el método de su contrario, y en seguida usar para

defenderse el mismo tratamiento. Es la homeopatía aplicada. El veneno sirve de contraveneno, la vacuna previene la enfermedad inoculada; el pelo del perro cura la mordedura de perro; y así en todo, ve usted. En una palabra, la misma jugada de usted será la que le haga perder si el contrario sabe adelantársele. Para darle golpe en las damas, todo lo que he tenido que hacer es usar su famoso movimiento diagonal y usarlo primero que usted. Esta táctica sirve en todo terreno. Si alguien trata de gritarle a uno, hay que gritar primero que él y más fuerte, y entonces se le derrota antes de que haya principiado. Si el vecino de usted toca la trompeta, cómprese un fonógrafo. Si está usted en Roma, sobrepase a los romanos, ése es el. . . .—

El rostro de Áddison Túthill se iluminó súbitamente con luz esplendorosa. Púsose en pie de un salto, empujando la mesa y el tablero en todas direcciones. Sacudió en éxtasis a Kíllam por los hombros, tirando al suelo el sombrero de su víctima sin siquiera echarlo de ver.

—¡Demonio!—gritó.—¡Usted ha dado en el clavo! ¡Es un gran descubrimiento! Le estoy inmensamente agradecido por su invención. ¡Administrar al otro su propia medicina . . . ése es el juego! Hasta pronto, doctor; tengo que irme. Me urge. ¡Que le vaya bien!—

Y con sus largas piernas trémulas de impaciencia, Áddison atravesó el umbral y se precipitó escaleras abajo.

VI

A los oídos de Mrs. Abigaíl Túthill y Mrs. Lafayette Líttlewood—ocupada la segunda en una detallada revista verbal de sus dolencias físicas en el período de dos décadas, mientras preparaban ambas tomates maduros para conservas—llegó el ruido de violentas pisadas que atravesaban estrepitosamente el vestíbulo de la puerta trasera. Dicho ruido de pisadas formaba una especie de ritmo acompasado o acompañamiento menor al retumbar más sonoro de una voz, la de Áddison, que hablaba en diapasón monótono y elevado.

La puerta se abrió con ímpetu, y el que hablaba penetró en la cocina donde se hallaban ambas mujeres. La prima Aggie humedeció sus labios con rápido pasar de la lengua y continuó lo que iba diciendo. Áddison no había cesado de hablar cuando entró; de consiguiente, no hizo sino proseguir en tono áspero y penetrante:

—Afirmo que la situación es muy seria,—rugió. —Los pastos están poniéndose demasiado secos. Lo que necesitamos es una buena lluvia. "Por todos partes del país," —recitó en sonora cantilena,—"donde se extiende la llanura amplia y dilatada, semejante a la piel dorada y manchada de un leopardo, ¡cuán bienvenida es la lluvia para el agostado césped y los granos resecos! ¡Lluvia, lluvia, cae sobre España; visita aquellos campos y vuelve! ¡Me agrada escuchar el canto de los pajarillos; me agrada oírlos gorjear en la primavera! "Nunca desplegaron los hijos de Erín valor más indomable, en Fontenay, Albuera o Waterloo, que durante aquellos seis frenéticos ataques que lanzaron contra la posición casi inexpugnable de sus enemigos. Parece imposible creer en el primer momento que mortal alguno pudiera asaltar posición tan bien defendida como aquélla; mas los cuerpos yacentes en densas masas, dentro del radio de cuarenta y ocho yardas cubiertas por los cañones del coronel Walton, demostraban qué clase de hombres fueron aquellos que habían conquistado gloria en mil campos de batalla, y que jamás la merecieron con mayores títulos que al pie de las alturas de Marye, el 13 de diciembre de 1862."

—No; los médicos no saben muchas veces el mal que a uno la aflige,—opinaba entre tanto la prima Aggie. —He observado que se equivocan a menudo. Ni médicos ni predicadores tienen el derecho divino de pretender que todo lo saben, en mi opinión. . . .

—¿Qué clase de perro compraría usted si necesitara un buen perro de guarda?—preguntó Áddison ásperamente. —No compraría usted un perro ciego y sordo, ¿no es verdad? De seguro que no. Y la tierra se encuentra a noventa y tres millones de millas de distancia del sol, que es una masa ígnea de vapores incandescentes; lo que prueba,—vociferó,—que el tiempo de cortar hielo es en invierno. Una flor de primavera a la margen del río,—continuó rápidamente, — tendría indudablemente un perfume desagradable si llevara otro nombre; pero lo que la raíz del mal está origi-

nando hoy podría muy bien posponerse hasta mañana.—

La madre de Áddison observaba a su hijo con alarma creciente. Era evidente que le creía víctima de algún súbito y extraño acceso de desequilibrio mental. Áddison descomponía su nada hermoso semblante en una serie de gestos extravagantes con el objeto de tranquilizarla, mientras tomaba asiento y seguía enfrascado en una elocuente disertación acerca de todo en general y nada en particular.

Una vez sentado, comenzó a vociferar con nueva fuerza. Parecía que la verbosidad anterior había sido únicamente una pequeña escaramuza antes de la acción, y ahora se lanzaba armado de todas armas al palenque de la elocuencia. Convirtióse en un violento surtidor de conversación, de frases asociadas en grupos tumultuosos, pero incoherentes y sin ilación alguna en las ideas. Simplemente abría la boca y dejaba fluir palabras. Lo que decía era lo que menos le preocupaba; lo esencial era seguir hablando indefinidamente. Una vez que se hizo a la tarea, encontrábala cada vez más y más sencilla.

La prima Aggie, sin embargo, prestaba tanta atención a sus discursos como al volar de una mosca. Ella procedía también de las vertientes del arroyo de la Locuacidad, donde todo testimonio es oral y la temporada de los discursos se extiende exactamente a doce meses por año.

—Siempre me desagrada,—declaraba la prima Aggie,—oír que una mujer se jacte de que jamás se le echa a perder un solo pote de maíz, judías, tomates o cualquiera cosa de sus conservas. Muchas de ellas me han mirado a los ojos, tan blandamente como es posible imaginar, diciendo que cuando sabían que yo sabía que estaban diciendo una absoluta. . . .

—Yo afirmo,—profirió Áddison,—que la educación universitaria ha sido la ruina de muchos excelentes jóvenes agricultores. Un mozo de esta clase sale de su lugar natal para ingresar por un año o dos a un colegio de la ciudad; ¿qué sucede entonces? En muy poco tiempo se ha contagiado con la fiebre ciudadana. Regresa a su pueblo con miedo de sudar y de exponerse al sol. Más vale comprarle su billete de regreso a la ciudad, donde puede llevar camisas de seda y trabajar en una oficina por veinte dólares semanales. Un necio es un necio. La educación no hace sino darle un poco de barniz. Con todo, hay gran cantidad de lecturas instructivas en la *Everyman's Encyclopedia,* que puede obtenerse por cinco dólares al contado y dos dólares mensuales durante noventa y nueve meses. Los médicos dicen, según he leído en esta gran obra, que el queso es uno de los alimentos más nutritivos en proporción a su volumen; pero hay muchas personas que no pueden comer queso, exactamente como otras no pueden resistir las fresas o cualquier otro producto ordinario de alimentación. Todo el mundo puede comer las suculentas espigas del maíz, planta que se cree originaria de la América tropical. El *whisky* borbón se hace de maíz; o se hacía, por lo menos, antes de la adopción de la enmienda décimoctava a la constitución de los Estados Unidos. ¿Qué es lo que dijo el gobernador de la Carolina del Norte al gobernador de la Carolina del Sur? Díjole: "Reíd, y el mundo reirá con vosotros; llorad, y los mismos que os acompañaron en la alegría os befarán hasta que vuelvan las vacas gordas." La novia llevaba un cuello rosado de piel y una chaqueta de guinga azul adornada con cañamazo de punto de encaje y plumas de ave. Llevaba un gran ramillete de malvas, girasoles, cebollas, y cardos canadienses. El novio seguía a respetuosa distancia con una tímida sonrisa iluminando su honrado rostro. Vestía ropa hecha al por mayor y sombrero hongo de estilo relativamente moderno; llevaba un cesto para el mercado, lleno de golosinas para el almuerzo: huevos duros, zanahorias *à la mode,* galletas, coles crudas guarnecidas de largas hojas tiernas de tabaco verde, sándwiches de puerco salado y un jarro de café bien caliente.—

VII

Es dudoso que la prima Aggie oyera más que algún fragmento suelto de las disquisiciones de Áddison: hallábase demasiado ocupada en expresar sus propios pensamientos en forma audible. Las horas de la mañana se deslizaron en su danza acostumbrada, y ninguno de los contendientes en el torneo de locuacidad mostraba señales de cansancio. Si la prima Aggie no había

comprendido todavía que se hallaba empeñada en torneo de especie alguna, Áddison sabía muy bien a que atenerse, y estaba dispuesto a continuarlo indefinidamente.

Hablaron sin descanso durante el almuerzo, y tomaron posiciones para un terrorífico cañoneo que no disminuyó en la hora de la comida ni muchas horas después. Áddison lanzó un bombardeo a distancia mientras ordeñaba la vaca y daba de comer a las gallinas y demás aves domésticas.

Desempeñadas sus tareas, volvió a la casa para el *tête-à-tête* de la velada, poniendo en acción todas sus baterías de reserva. La historia antigua, medioeval y moderna, las ciencias naturales y exactas, los vastos almacenes de la poesía y prosa clásicas y de la mitología, las alturas y profundidades inconmensurables de la novela, le proveyeron abundante material.

Su omnívoro apetito por la lectura le había procurado ocasión de reunir un amontonamiento grotesco de miscelánea literaria. Su mente era semejante a una tienda de desechos, atestada de fragmentos enmohecidos y gastados de nociones inconexas. Abrió simplemente las esclusas y dejó salir toda esta broza con el ardor furioso de un perrillo que cavara en el hueco de un ratón.

El depósito de la prima Aggie no encerraba material de carácter tan vario y tan bizarro, pero era suficiente y de fácil acceso para las necesidades inmediatas. No había motivo para desdeñarlo.

Mrs. Abigaíl Túthill se deslizó en puntillas a su alcoba a las nueve de la noche. Una hora más tarde, la prima Aggie, cesando de hablar por espacio de dos segundos, tosió y dió un bostezo detrás de su mano. Pareció notar entonces por primera vez que Áddison había tomado parte en la conversación.

Alentado por triunfo siquiera tan pequeño, Áddison aumentó la presión. Poco después, la prima Aggie enderezaba el rumbo a su cuarto de dormir. Áddison lanzó algunas descargas finales, y luego el silencio, descendiendo como un suave rocío del firmamento, apagó el rudo estruendo del campo de batalla.

El honor de disparar la primera bomba de gas verbal en la mañana siguiente correspondió a Áddison; pero la prima Aggie estaba rehecha y llena de bélico ardor. Aparentemente se hallaba no sólo dispuesta sino ansiosa de reanudar la acción. El duelo de palabras se inició de nuevo con gran intensidad.

Más de una vez durante las tres o cuatro horas siguientes fué rechazado Áddison hasta su segunda línea de defensas por el violento ataque de incesante cañoneo. Poco después del almuerzo su garganta se apretó convulsivamente en una especie de espasmo seco, y por espacio de algunos minutos pareció que sus baterías habían quedado irremediablemente inutilizadas. Sintió los primeros estremecimientos del pánico; pero se sostuvo con obstinación aunque las lágrimas asomaban a sus párpados, hasta que un estrépito de latas, producido por el paso de un automóvil clamoroso delante de la casa, le salvó del desastre.

A las dos de la tarde la madre de Áddison se excusó por un rato diciendo que iba a devolver un exprimidor de ropa que había pedido prestado a una de sus vecinas.

—Por lo que a mí toca,—iba diciendo la prima Aggie,—no puedo decir que me agradan mucho platos elaborados. La cocina sencilla y abundante es suficientemente buena para mí. . . .

—¡Y éstas,—declamaba Áddison en tono vibrante —fueron las últimas palabras de Marmion! ¿Qué es lo que aparece en letras de fuego a través de las sangrientas páginas de la historia humana? ¿Qué es aquello que nos habla con voz lenta, apagada, trémula, que resuena como una granizada de granos tan grandes como huevos de ganso chocando contra los enmohecidos muros de los edificios del tiempo? ¡Toma, toma! es la voz retumbante del cañón, el canto de sirena de los dardos, el retintín del frío acero. "¡Ay, pobre Yórick! Yo le conocí, Horacio; era un mozo de chispa indecible, de estupenda imaginación. ¡Ven a decirnos un chiste, Yórick! Danos un poco de parla, y así podremos juzgar el filo de tus tijeras." La luna brilla hermosamente esta noche sobre el Wábash, y la corriente del imperio se dirige al occidente. Nada hay tan bello que pueda compararse al viejo rey Cole y a sus tres violinistas.—

A las cuatro, no había regresado aún Mrs. Túthill. Las declamaciones de Áddison aumentaban constantemente en furia y en volumen. Había levantado una

verdadera montaña de metáforas simples y compuestas, de citas clásicas y dudosas, de absurdos ininteligibles amontonados sobre una vacilante estructura de palabras inconexas. Era una moderna torre de Babel, que amenazaba desplomarse enterrando bajo sus escombros al constructor.

De pronto se dió cuenta que la prima Aggie había cesado de hablar. Estaba silenciosa. Áddison la observó a hurtadillas. Mirábale con asombro, sin respirar, con una especie de pavor, como si estuviera fascinada. Su voca se abría y cerraba todavía maquinalmente, pero sin proferir sonido alguno.

Sacudido por una dicha extraña, salvaje, Áddison se lanzó de nuevo a las alturas oratorias en una magnífica explosión final, cuya trayectoria atravesó las capas de nubes más remotas, culminando en un ramillete deslumbrador de fuegos artificiales de esplendente verbosidad. Sintióse desfallecer, él mismo, y tuvo que sujeterse al borde de la mesa del comedor para mantenerse erecto. Luego, a medias consciente, notó que la prima Aggie ajustaba en su cabeza con dedos templorosos su exótica y anticuada cofia.

—¿Te despides . . . acaso . . . te vas?—preguntó tímidamente.

—Sí; me voy,—replicó ella con acritud. —He decidido volver a mi casa. Creo que Lafe me necesita; así es que prefiero irme. Dile a tu madre que he pasado unos días muy agradables. Vengan a vernos pronto.—

Escuchó el golpe de la puerta que se cerraba tras ella. En seguida se bambolearon los muros de la torre de Babel y se desplomaron sobre Áddison, enterrándole entre los ecos de millones de palabras sin sentido derruídas.



MEMORIAS EPISTOLARES DE HENRY JAMES

POR

THEODORA BOSANQUET

Por regla general las cartas privadas de un escritor descorren las cortinas de su intimidad. No así con Henry James. Analizando las cartas del novelista, recientemente publicadas, la autora de este artículo declara que el secreto de su vida no está en su correspondencia epistolar. Pero si bien las cartas no son testimonios íntimos, ponen en transparencia su energía creadora; revelan el misterio de su labor silenciosa y fecunda. Dotado de una sensibilidad extrema, la impresión predomina más que cualquier otro elemento en su vida mental. Tiene aguda perceptividad. Infatigable investigador, le vemos agitarse constantemente en busca de impresiones. Viaja, observa, estudia, entabla amistades, escudriña el alma humana, y concluye abogando por plena libertad en el desarrollo individual. Sus novelas delatan la perversidad, la tiranía. En cuanto al estilo de sus cartas, se asemeja al de sus obras. Henry James era analítico, prolijo, detallado, a veces hasta la exageración. Algunos críticos le han calificado de obscuro y complicado. Con todo, ha tenido y tiene discípulos que le admiran e imitan. La autora del artículo que reproducimos parece contarse entre los secuaces de Henry James; por ello nuestros lectores no deben sorprenderse de encontrar algunos párrafos cuya fiel versión al castellano no habría sido posible sin conservar las peculiaridades del texto inglés.—LA REDACCIÓN.

LAS cartas de Henry James han sido acogidas con veneración general.[1] Han evocado un soplo de reminiscencias personales características; han merecido de los críticos lo que se llama una "prensa favorable;" han sido leídas por muchas personas cultísimas cuyo gozo sincero al sentirse capaces de comprender aquellas cartas descubre en su franca expresión la prueba de una incertidumbre anterior respecto de las novelas y cuentos de James. Pero en medio de este coro de aprobaciones hemos esperado escuchar, en vano, la nota de sorpresa de algún lector atento. Posiblemente los lectores más penetrantes conocían a su Henry James demasiado bien para experimentar otra emoción que la de gratitud ante festín tan admirablemente preparado por el tino selecto de Mr. Percy Lúbblock; mas alguien pudo notar, ciertamente, que la composición de una inmensa cantidad de cartas extensas y libres constituía hazaña magnífica y extraordinaria en una época en la cual se ha perdido virtualmente la capacidad para esfuerzos de tal índole.

Con las renovadas acometidas de ferrocarriles, automóviles, telegrafas y teléfonos, nuestra habilidad para escribir cartas se ha reducido al espacio de una hoja de papel de notas y al oblongo, aun más pequeño, de una postal. El arte de la postal era imposible para Henry James. Trató de usar postales; pero, según lo admitiera en una ocasión, desistió, pues la tentativa de comunicarse por aquel medio inadecuado le ocupaba demasiado tiempo. Sus epístolas más cortas llenan varias hojas en cuarto; sus cartas largas fluyen suavemente a través de millares de palabras. Recibir un sobre dirigido por Henry James traía a la memoria días tranquilos en que maltrechas diligencias transportaban abultados paquetes por caminos escabrosos, y los lectores sentábanse a devorar con fruición las epístolas asombrosas de los héroes y heroínas de novela. Henry James tenía una concepción tan liberal de las cartas como de la conversación. Si valía la pena de escribir cartas, había que escribirlas bien. Sus cartas armonizaban con la heroica y temeraria amplitud de sus telegramas, que él prodigaba como solía usar el carruaje de alquiler, sin preocuparse de la rápida transformación de los cobres en plata, y de la plata en oro.

El hecho sobresaliente respecto de sus cartas no es la duración de los intervalos que hacía casi siempre necesario para él comenzar con una esmerada excusa por la demora, sino el enorme gasto de tiempo y energía requerido para escribirlas. Si hubieran sido tan frecuentes como eran copio-

[1] *The Letters of Henry James:* obra editada con una introducción de Percy Lúbbock por Charles Scríbner's Sons, Nueva York, 1920.

sas, Henry James no habría podido atender a otra ocupación. Año tras año le observamos aumentar la pesada carga de su correspondencia, adquirir con la experiencia una capacidad cada vez mayor para reconocer la oportunidad de entablar relaciones amistosas, y, habiéndolas establecido sin retardo, hallarse dispuesto a amparar y nutrir bondadosamente su cálida vida. Las cartas de Henry James, especialmente las que escribió en sus años postreros, son más que otra cosa grandes gestos generosos de afecto y recuerdo que cautivan y abrazan a sus lectores del mismo modo que su palabra hubiera seducido a sus oyentes arrebatándolos en un rapto de elocuencia. Puede decirse que el cultivo de amistades fué su único recreo. Esas cartas dan múltiple testimonio de la paciencia y lealtad con que cultivaba sus relaciones.

Sin embargo, era inevitable que sus magníficas dotes para entablar y mantener una "relación" obraran dentro de límites definidos: al analizar sus cartas de muchos años descubrimos que Henry James empleó en forma estrictamente moderada el solaz de la amistad. Predestinado y resuelto a servir en el penoso arte de la literatura, habría creído que defraudaba expectativas si se hubiera permitido entrar en una red verdaderamente estrecha de afectos humanos. Una compañera celosa e implacable exigía que le consagrara sus facultades más delicadas y sus mejores energías. Estaba obligado a levantar una barrera intransitable entre sí mismo y la humanidad para que le fuera dado extender sus ardientes manos tras de los muros que lo encerraban, en ademán de llamamiento o bendición. Amaba a sus amigos, pero estaba condenado por su naturaleza íntima a mantenerlos a distancia conveniente. Nada podía permitir que perturbara la asidua labor que sólo abandonaba durante el sueño. Cuando terminaba su "tarea matinal" de trabajo creador, acometía nuevamente la turba de impresiones que siempre le rodeaba. Se veía perpetua y fatalmente impelido, incesantemente consagrado a la obra tremenda de asimilar sus impresiones, aislar el oro maleable en cada fragmento de metal inferior, y remodelar la preciosa materia en nuevas formas orales o escritas, con todos los recursos de su arte y pericia.

Puede hasta conjeturarse que Henry James elegía sus amigos con el propósito inconsciente de aprovechar la materia prima que le proporcionaban, para convertirla en belleza no sospechada. El defecto que consideraba más difícil de perdonar era la "falta de expresión," que equivalía, según él, a retener premeditadamente tesoros de ajena experiencia. Sabemos que James aprovechaba los conceptos sugeridos en el curso de una conversación por lo que él mismo dice en los diversos prefacios de sus novelas y cuentos, edición neoyorquina, revelando que con frecuencia obtenía la idea originaria de una obra en sus pláticas con las gentes. De la informe cháchara de una anécdota tomaba infaliblemente el verdadero centro, el núcleo viviente, para una obra de arte reconstruída y debidamente equilibrada. Su instinto de selección inmediata era admirable; pero le convenía dejarlo vagar tanto como fuera posible entre una profusión de brindadas flores, seguro de que se detendría en el capullo más prometedor.

No encontraba ventajas en estudiar a los que guardaban un silencio de oro, ni en el trato de las numerosas personas a quienes descartaba de examen como "organismos simples." Creía que éstas sólo hacían perder el tiempo a un escritor; y, dato significativo, su admiración constante de las obras de Mrs. Wharton fué algo defraudada por *Ethan Frome*, pues, según decía, los personajes del cuento son caracteres tan simples que apenas justifican el esfuerzo que la talentosa escritora ha derrochado en ellos. Sus primeras cartas escritas en Inglaterra e Italia prueban ampliamente que para la comunicación genuina Henry James se atenía a una conversación culta. En 1874 escribía:

"He estado cerca de un año en Italia, y apenas he hablado con los italianos, salvo lavanderas y mozos de café. Dirá usted que tal cosa revela impropia tontería; pero admitiéndolo así de buen grado, ello prueba que aun persona tan propensa como yo a juzgar en forma sentimental la *mise en scène* entera de la vida italiana, no puede profundizarla fácilmente. A veces me siento abrumado por el espectáculo lastimero de esta absurda falta de reciprocidad entre Italia misma y todas mis rapsodias sobre el tema."

En lavanderas y mozos, reputados aquí como los verdaderos productos nativos, otros viajeros podrían haber descubierto más sobre Italia que en toda la nobleza de Roma o en los angloamericanos de Venecia; pero no era ése el método de Henry James. Para él no caen perlas ni diamantes de los labios de camareros y lavanderas, y jamás pasaron por el mundo princesas disfrazadas de cuidadoras de gansos. No obstante, Henry James recibía tan directamente como es posible intensas impresiones visuales de la belleza esplendorosa que tan magníficamente palpita en las páginas de sus aventuras literarias en Italia: *Róderick Hudson, The Aspern Papers* (Los papeles de Aspern), *The Wings of the Dove* (Las alas de la paloma).

Si las amistades de Henry James estaban subordinadas necesaria y aun absolutamente a su pasión por la literatura, estas cartas evidencian que jamás abrigó duda alguna sobre el acierto de su elección. En realidad, no elegía: era elegido. Y en retorno por su sincera devoción y sus numerosos sacrificios, siempre tuvo la certeza alentadora, inquebrantable, de que su devoción era recompensada y aceptados sus sacrificios. Poseía la convicción, tan firme como la fe de un santo enclaustrado, de que la fuerza que le animaba le sostendría e inspiraría hasta el fin. Aun en los días de su juventud se encuentra esta fe en un apoyo casi milagroso, fe que se robustece con el transcurso de los años. Inquieto y desconsolado a causa de las limitaciones de su renta, que no le era posible aumentar para extender sus correrías a "Grecia o el Egipto" sin acudir a combinaciones que no le placía efectuar; angustiado por dolorosas enfermedades; distraído por la invasión de visitantes, nunca perdió la llave de su fortaleza interior. Siempre tuvo la serena conciencia de ser el instrumento de una divinidad que respondía diligentemente a su ardorosa y repetida demanda por fuentes de inspiración.

Naturalmente esta fe, por la cual vivía Henry James, no se manifiesta explícitamente en sus cartas, pero constituye la esencia de su comunicación epistolar. La expresión más completa de este sentimiento se conserva en el fragmento de una nota preliminar, esbozada en algunas hojas de papel una víspera de año nuevo, a hora avanzada: la nota se refiere a una novela que empezaba a concebir. Afortunadamente, Mr. Lúbbock ha podido usar en su introducción la parte esencial de este plan borroneado, con gran ventaja para la comprensión de las cartas compiladas:

"Invoco sencillamente a todos los poderes y fuerzas y divinidades a quienes siempre fuí leal y que, a decir verdad, aun no me han abandonado nunca, ¡nunca hasta el presente! . . . *Causons, causons, mon bon.* ¡Oh inspiración celestial, tranquilizadora, santificante, que me penetra de la serena fortaleza de las luchas de tiempos sagrados! Aplacados el frenesí y la fiebre, ¡permitidme traducirla lenta y pacientemente como en los pasados días de encanto! Asoma apenas, centellea y relumbra, extremadamente bella y extremadamente seductora; fluctúa a la distancia, rica y fértil, brindando dádivas y galardón; aparece demasiado vívida, demasiado admirable, justa, noble, vigorosa, como una fuerza orgánica y esencial. . . . Paréceme estar al término de recientes días de infortunio, fruto de un simple accidente; el horizonte se despeja y anima, y mi pobre y amado genio bendito me acaricia tan amorosamente la espalda que me vuelvo, e inclinando la cabeza, le beso apasionadamente las manos en señal de gratitud!"

Las cartas son reveladoras en cierto sentido, por cuanto el lector descubre que no encierran el secreto de la vida de Henry James. Su vida está en las obras que produjo con silenciosa regularidad, depositándolas año tras año en la mesa del librero y en los anaqueles de las bibliotecas, para ser adquiridas y apreciadas por los admiradores fieles, ignoradas por la multitud, y consideradas como una prueba de resistencia mental por muchas personas del tipo que hizo de Brówning lo que fuera en la época de la "Browning Society." Afortunadamente para la posteridad, Henry James no se prestó a la explotación de sociedades jacobinas.[2] En vez de idear enigmas para escolares que aspiran a premio, diseminó en

[2] El autor emplea la palabra "Jacobean" (jacobinas) por derivación de James (Jacobo) para indicar que con Henry James no se repitió el mismo caso que con Brówning y las sociedades que llevan su nombre.—La Redacción

sus páginas muchos pasajes fecundos con las enseñanzas que todo lector inteligente necesita para comprenderle. Henry James pensaba que si los lectores no le comprendían, como manifiestamente ha ocurrido, la falta consistía por entero en su carencia de atención. En sus libros se encuentran revelaciones, de igual modo que se encontraban, a su juicio, en las obras de Neil Páraday. "Extractado el concepto, deducid la respuesta: tales son los caracteres reales del homenaje."

En su correspondencia familiar no hallaremos concepto muy meditado ni respuesta muy definida para descubrir la naturaleza real y temperamento del escritor; pero, miradas las cartas como indicios accesorios respecto del magnífico despliegue de sus novelas y cuentos, tienen valor extraordinario porque nos permiten comprender cómo fué posible para él avanzar tan derechamente en su camino, desde el comienzo hasta el término de su vida. Los dos instructivos volúmenes sobre su propia historia juvenil y la de sus hermanos revelan la naturaleza esencial, la índole de su conciencia. Era tan agudamente sensible a las impresiones como inaccesible a muchas ideas que gravitan con peso cada vez más opresivo sobre la mente de personas cultísimas. Sólo al estallar la gran guerra le vemos expresar una "opinión" enérgica sobre asuntos ajenos a su ambiente personal. Henry James estaba del todo exento de una ilusión que domina a muchas personas, quienes creen que agrupando arbitrariamente a los hombres en clases y convirtiendo adjetivos inocentes en nombres abstractos es posible pensar simultáneamente en varias cosas, y concebir cualidades con independencia de sus manifestaciones. Henry James comprendía lo que veía, y criticaba lo que comprendía; pero jamás consideró parte de su tarea el pronunciar juicio sobre las acciones de hombres que trabajaban en campos diferentes con fines no artísticos, o especular acerca de la naturaleza del universo o sobre el conflicto o reconciliación entre la religión y la ciencia.

Sus impresiones sobre los campeones antagónicos del darwinismo y la teología ortodoxa, Húxley y Gládstone, enriquecen las páginas de una epístola, sin referencia alguna a la causa que sostenían. "Húxley es una persona muy cordial y agradable. . . . Pero, desde luego, mi conversación con él se redujo a afables generalidades." Sobre Gládstone dice algo más; pero en este caso también, la impresión personal es el objeto perseguido:

"Me fué grato tener ocasión de estudiar la *personalidad* de un gran caudillo político, o ex caudillo, como ahora se considera aquí a Gládstone, aun entre sus partidarios, según creo. La personalidad de Gládstone es sumamente fascinadora; su urbanidad, extrema; su mirada, genial; y perfecto su aparente abandono voluntario al tema de que habla. Ha producido honda impresión en mí, mayor que todos los hombres que he visto en Inglaterra; aunque ello se debe tal vez a mi ingenuidad y escaso conocimiento de los estadistas."

Uno desearía saber a qué tópico se abandonó Gládstone en su entrevista con el tranquilo y absorto joven norteamericano, quien, por su parte, debió ciertamente verse confinado en la conversación a "afables generalidades" como en su entrevista con Húxley. Es difícil imaginar un solo y verosímil punto de contacto entre la mente de Gládstone y la de Henry James. Pero ello constituía clara ventaja para el sutil observador. El psicólogo podía analizar sin que su atención, concentrada en el hombre mismo, fuera distraída por el tema de la conversación.

Su nacionalidad salvó a Henry James en Inglaterra de abrazar un "partido" en la animada lucha política. Él mismo nos refiere su turbada perplejidad cuando, tomando el desayuno con algunos conocidos, en Londres, se le pidió una "opinión concreta acerca del primer gabinete del general Grant, sobre cuya formación se proyectaba entonces la luz de la información periodística." La pregunta era embarazosa:

"Parecían haber sobrevenido en América acontecimientos de interés que vine sólo a conocer en Inglaterra de este modo ridículo. Allá, en los Estados Unidos, sobre el terreno mismo, no había tenido idea alguna del asunto. . . . Desde la guerra no he percibido en América hecho alguno del más leve interés; y supongo que debería sonrojarme siquiera el recordarlo."

Pero si gabinetes y partidos estaban y continuaron más allá del alcance de la sen-

sibilidad de Henry James, sintióse, no obstante, cautivado por las maneras y los hábitos de un país donde políticos y funcionarios civiles podían reunirse para tomar holgadamente el desayuno, "nota interesante en un medio en el cual los hombres no se lanzan directamente a la oficina o la tienda tan pronto como abandonan el lecho."

Fué bajo la influencia de estas impresiones juveniles que el apasionado peregrino escribió:

"Los ingleses que he tratado no sólo matan sino sepultan en profundidades insondables a los norteamericanos que he conocido."

Debe añadirse que esta declaración se refiere evidentemente sólo a los norteamericanos de la clase turista. Poco después los ingleses reciben trato igualmente severo:

"Los ingleses tienen tan profunda desconfianza por cuanto se asemeja a crítica o *análisis sutil* (que parecen considerar necia cháchara de extranjeros), que rara vez recuerdo haber oído en labios de un inglés otro veredicto intelectual (cualquiera que fuese el estímulo) que esta amplia síntesis: *inmensamente hábil.* Lo que exaspera en los ingleses no es que no puedan decir más, sino que no lo dirían aun cuando pudieran."

Henry James debió sentir esta exasperación repetidas veces porque en aquel entonces los habitantes de la Gran Bretaña oponían al investigador un frente de "inexpresiva" complacencia más sólido aún que en la actualidad. En sus primeras cartas a amigos norteamericanos en cuya comprensión armónica podía confiar, se encuentran a menudo ecos de este irritable entretenimiento:

"Estoy hundiéndome en la embotada condescendencia y conformidad británicas. . . . Poco a poco pierdo mis normas, las normas seductoras que solía considerar tan elevadas; mis normas de ingenio, de gracia, de buenas maneras, de vivacidad, de cortesanía, de inteligencia, ¡de cuanto crea un estilo fácil y natural de comunicación! ¡Y todo ello a causa de haber comido fuera de casa ciento siete veces durante el invierno pasado! Cuando regrese a la patria, ustedes me creerán un bárbaro consumado. . . . ¡Acaso al comienzo no sea capaz siquiera de apreciar los méritos que ustedes tienen!"

Sin embargo, le gustaba vivir en Londres, porque allí podía ser "observador en un lugar donde hay más que observar que en parte alguna." Al leer estas cartas, uno llega casi a compadecer a las víctimas inconscientes del penetrante espectador. Nadie les advertía, nadie preveía su destino. El joven psicólogo podía continuar a sus anchas la tarea, sin ser objetado o estorbado por el más ligero obstáculo de parte de los sujetos de su detenido examen. Así, encontró a Ruskin "debilidad, pura y simple." Pudo "penetrar intelectualmente a Flaubert, con facilidad, más que con facilidad." Cierta velada social en casa de Madame Viardot le sugirió una reflexiva comparación entre europeos célebres, dispuestos a pasar por el ridículo de pasatiempos sociales, y norteamericanos célebres, incapaces de hacerlo.

"Era a la vez extraño y gracioso ver al pobre Tourguenew representando charadas del carácter más extravagante, enmascarado y ataviado de viejos chales, gateando, etcétera. Las charadas en acción constituyen el entretenimiento favorito de esta sociedad la noche de los domingos, y la condescencia con que Tourguenew se presta a participar en ellas, a su edad y con sus glorias, es ejemplo notable de la espontaneidad que poseen los europeos y de que nosotros carecemos. ¡Imaginaos a un Lóngfellow, un Lówell o un Charles Norton haciendo aquello, todos los domingos por la noche!"

Cosa inverosímil, este interesado comentador iba a hacer "aquello" espontáneamente diez años después de asistir a la representación de charadas en París, según podemos juzgar por el relato de Mr. Édmund Gosse sobre la aparición de Henry James entre un grupo de artistas y escritores reunidos en una aldea de Wórcestershire a fines del verano de 1886 para celebrar una fiesta:

"Henry James era la única persona juiciosa de todos nosotros: benigno, indulgente, pero grave, y no pasando a menudo de una sonrisa cordial. . . . Recuerdo que con mucha afabilidad se prestó a llevar una guirnalda de flores en una fiesta de cumpleaños; y más aún, que cierta noche, descendiendo noblemente, tomó parte en un

cakewalk.[3] Por lo general, sin ser mucho mayor que nosotros, se mostraba serio, bondadosa mente avuncular, pero muy satisfecho e indulgente."

Entre 1878 y 1888 su prolongada y placentera observación de tipos y caracteres nacionales produjo el fruto más genuino. En septiembre de 1888, cuando trabajaba en *The Tragic Muse* (La musa trágica), escribió lo siguiente:

"Comienzo a conocer la vida inglesa mejor que la norteamericana . . . y a comprender el carácter o al menos, el pensamiento inglés tan bien como si lo hubiera inventado, para lo cual no habría requerido en verdad extraordinario derroche de ingenio."

Pero a la vez que progresaba en su comprensión del carácter inglés descubrió, bajo diferencias superficiales entre las naciones anglosajonas, semejanzas profundamente arraigadas. En una carta a su hermano Wílliam, resume admirablemente su actitud, al cabo de veinte años de constante observación internacional.

"Creo que, habiendo llegado a cierta edad, residiendo en un país que no es el propio y poseyendo disposición a la ironía o la crítica, constituye un infortunado error el tomar nuestras propias reflexiones y críticas sobre la vida, la naturaleza humana, etcétera, cada vez más frecuentes a medida que envejecemos, por juicios sobre aquel país, sus habitantes nativos, sus peculiaridades, etcétera, a que nos hemos acostumbrado. Por mi parte, al menos, la concepción *internacional* entera me tiene terriblemente aburrido, tanto que a veces me siento oprimido de hastío por la forma en que constantemente me la imponen como una especie de virtud y obligación. No puedo ya pensar ni sentir con respecto al mundo angloamericano sino considerándolo un gran todo anglosajón, predestinado a amalgamarse en tal forma que el insistir en sus diferencias resulta cada vez más frívolo y pedantesco; y esa amalgamación se realizará tanto más rápidamente cuanto más cierta se conceptúe, imaginando unida o más o menos transmutable la vida de ambos pueblos, o juzgándolos como dos capítulos diferentes sobre el mismo tópico. La literatura, particularmente la novela, brinda un arma excelente para difundir esa opinión, pudiendo realizarse espléndida labor por este medio. Sin la menor vacilación puedo afirmar que aspiro a escribir en forma tal que resulte imposible para un extranjero saber si se trata de un norteamericano que escribe sobre Inglaterra o un inglés que escribe sobre los Estados Unidos . . . y lejos de avergonzarme de tal ambigüedad, me sentiré altamente orgulloso porque ello representaría un adelanto en la civilización."

El autor de tales palabras ha experimentado, evidentemente, una gran transformación desde que escribiera sus impresiones inmediatas al arribar a Inglaterra en 1869. Podemos explicar el cambio observando sus puntos de contacto con talentosos ingleses. De la admiración por los herederos de viejas mansiones llenas de recuerdo, antiquísimos jardines y ricos tesoros de patrimonio histórico, pasó a la convicción de que casi todos los ingleses que conocía eran indignos de poseer tan precioso legado. Predispuesto a encontrar a los habitantes de la Gran Bretaña inconmensurablemente más complejos y admirables que a sus propios compatriotas, Henry James no tardó mucho en descubrir su error. Comparados con la civilización de Shady Hill, le parecieron bárbaros. Pero con el transcurso del tiempo comenzó a distinguir resplandores de inteligencia a través de la niebla británica. No tuvo ya que buscar solaz exclusivamente en las cartas de Charles Éliot Norton, Miss Grace Norton y W. D. Howells. Podía recurrir a la compañía de Mr. Édmund Gosse, y había encontrado un amigo en R. L. Stévenson. De la obscuridad general, emergió un puñado de ingleses, damas y caballeros, que se interesaban verdaderamente por el arte y las letras; y Henry James comprendió que en Inglaterra había probablemente tantos hombres cultos como en su país natal.

Pero la transformación de su criterio no terminó aquí. Iba a advertir que aun cuando ganara inmensamente con su permanencia en Europa, había perdido algo más precioso. No pudo echar raíces en

[3]Especie de danza que consiste en un *walk* (desfile o marcha), en que varias parejas se pasean en competencia ante los jueces y espectadores, recibiendo *cakes* (pasteles) como premios las parejas más vistosas, más excéntricas o más fantásticas. Originóse entre los negros del sur de los Estados Unidos.—La Redacción.

parte alguna. En una carta dirigida a su hermano en 1899, se lamenta de haber "carecido, por desventura en mi azarosa juventud" del género de experiencia que le hubiera ligado a su propio país. Henry James aconseja diferente método para sus sobrinos.

"Lo que más me preocupa, y considerándolo te recomiendo hacer constantemente por ellos, es educarlos a fin de que estén *à même* de adquirir la saturación y apego local respecto de su *propio* país, grande y glorioso, echando raíces en su suelo y apreciando su belleza y variedad infinitas. . . . Procura inducir a los muchachos . . . a persistir y empaparse en el afecto de cuanto su *propio* país y clima ofrezcan *de pareil et de supérieur*. El considerarlo *propio* duplicará sus facultades para comprenderlo."

En cuanto a Henry James, era demasiado tarde. Su visita a los Estados Unidos en 1904, aunque llena de interés y admiración, fué la visita de un extranjero vehemente e impresionable. De regreso a su vieja y hermosa mansión, en una antigua aldea del condado de Sússex, se sintió complacido al descubrir que, después de todo, "echaba raíces." En 1912 escribe a Mrs. Wharton: "la única desventaja de usted es carecer de la sencillez, la determinación ante lo inevitable, las afortunadas limitaciones y la pobreza opulenta que caracterizan al *propio* país (*comme moi, par exemple!*);" y en 1915, después de rendir pleito homenaje al rey de Inglaterra, declara: "En realidad, antes estaba ligado [a Inglaterra] por lazos tan hondos que el cambio nominal nada significa. La ceremonia ha servido únicamente para revelarme que lo *estaba* . . . y en forma tal que me ha desilusionado con respecto a la agudeza de mi percepción. ¡*No la poseo* absolutamente, y me sonrojo al confesarlo!" Existían, ciertamente, muchos lazos de simpatía y afecto que lo unían a la tierra que había adoptado; pero jamás fué típicamente inglés ni norteamericano ni cosmopolita. Distinguíase en cualquiera sociedad; no se amalgamaba a ninguna. Aun cuando nunca hubiera abandonado la Nueva Inglaterra, puede fundadamente dudarse de que se identificara a su país, pues jamás se identificó a cosa alguna. Era ciudadano de un mundo diferente, y en ningún punto de la tierra habría podido sentirse en sus lares. Cuando más se consideraba en sus dominios era cuando más lejos estaba del contacto con la humanidad.

Poseyendo hoy datos completos—novelas, críticas, biografías y cartas—podemos comprender mejor cuán poco significaron, en realidad, para el genio de Henry James los aspectos internacionales que atrajeran su atención. Un hombre de dotes tan singulares debía ciertamente llegar a las mismas conclusiones y perseguir idénticos fines, cualquiera que fuese el lugar donde viviera y las acciones humanas que observara. Al salir de su refugio y penetrar en un mundo más allá de los muros de su estudio, miró en torno, descubriendo un lugar de tormento donde seres rapaces hunden sus garras en la carne palpitante de los hijos de la verdad, predestinados e indefensos. Sin embargo, encontraba perenne consuelo en su certidumbre interior de que los hijos de la verdad poseen una eterna ventaja; desde el fondo de su ser sabía que los "pobres caballeros de alma sensible" atesoran una joya que perdurará más que el barniz brillante del mundo y la carne; y no ignoraba que en la vida nada puede compararse al decoro espiritual.

Así, pues, a la postre no resulta en realidad muy importante el establecer distinciones nacionales entre las triunfantes víctimas que Henry James hace conocer al mundo. Bien puede tratarse de inocentes norteamericanos maltratados por europeos aborrecibles, o de refinados europeos despojados por norteamericanos inescrupulosos, o de niños de cualquiera raza, expuestos a influencias maléficas. El hecho cardinal es que en todas partes Henry James vió la delicadeza sacrificada a la grosería, la belleza a la avaricia, la verdad a la impudencia. Comprendió que la dulzura de la vida en proceso de desarrollo está a merced de la tiranía personal, y habría deseado que todos estuvieran libres del despotismo de personalidades que él había eliminado de su vida. Sus novelas constituyen una repetida delación de la perversidad, un alegato bien fundado y ardoroso en favor de libertad plena en el desarrollo individual, que él consideraba constantemente amenazada por bárbara estupidez.

Quienes lean sus cartas no tardarán en

advertir que Henry James tenía cuidado escrupuloso en evitar el más leve asomo de tiranía respecto de la vida ajena. El único consejo que se permite dar es la recomendación: "Vivid la vida del alma." En las postrimerías de su existencia, el temor de afectar la libertad de sus amigos adquiere fuerte intensidad. Le angustiaba que otra persona dependiera de él, siquiera en forma remota, para trazar sus planes. Por más que se regocijara de ver a sus amigos y parientes, no podía soportar la idea de que sufrieran la incomodidad de viajes y travesías a fin de visitarle, y siempre les habría impedido el hacerlo si de él dependiera. En su anárquico mundo utópico, nadie habría sido responsable por la iniciativa ajena sino por la índole civilizada de su propio carácter. Sus amigos recordarán fácilmente cuán cerca estuvo Henry James en su propia vida de alcanzar la realización de este ideal.



CONTAGIO MENTAL Y LOCURAS POPULARES[1]

POR

JAMES HENDRIE LLOYD

Ciertos movimientos colectivos, que obedecen a una efervescencia de la emoción más bien que a un razonamiento meditatdo y se propagan con asombrosa rapidez entre grandes masas de individuos, son lo que el autor calfica de contagio mental o "psicosis pandémicas." Sin llegar a conclusiones definidas, y estudiando simplemente la forma en que se desarrollan tales tendencias, manifiesta el escritor la situación en términos biológicos, expresando que en su opinión se origina en la falta de adaptación del hombre a las condiciones actuales del medio ambiente. La raza humana, dice, no puede soportar más tiempo el peso de la ardua vida industrial y mecánica de la época presente, y se resiste a la producción. Sin embargo, el mundo industrial descansa en las leyes económicas; éstas forman parte del ambiente, y el fenómeno mórbido de la falta de adaptación de los elementos que lo integran, reflejado principalmente en las huelgas, puede producir resultados fatales en el proceso de su evolución. Hay todavía gran proporción de barbarie en la naturaleza humana. Es posible que el hombre se fatigue del costoso experimento de civilización que lleva a efecto hace varios siglos, y lo abandone; y es posible también que, comprendiendo que el progreso intelectual no depende solamente de los adelantos de la industria, se resuelva a hacer ensayos en distinta dirección. El autor lega a los patólogos mentales del futuro el cuidado de consignar cronológicamente el resultado de tales ensayos.—LA REDACCIÓN.

LAS TENDENCIAS de la época actual ofrecen problemas interesantes al médico que se dedica al estudio de la patología de los casos que caen bajo el dominio de su observación. No pretende ciertamente escribir sobre tales materias a la luz del político ni del economista; y más bien se siente feliz. a la verdad, de encontrarse exento de prejuicios de partido y en posición de asumir un punto de vista imparcial que le permita expresarse con la libertad del hombre de ciencia.

De Quincey refiere que cierto cirujano inglés, quien se supone haber sido Sir Ástley Cóoper, daba gracias al cielo por desconocer completamente la historia; que aseguraba haber tratado de olvidar o confundir en su memoria lo poco que de ello sabía, de manera que su mente era una *tabula rasa* "en todo lo que se refería a tan absurdos conocimientos." Es posible que esta actitud sea meritoria en un cirujano, o por lo menos que no le signifique desventajas (punto en que el autor del presente artículo no expresa opinión alguna); pero es incuestionable, sin embargo, que ciertos aspectos de la historia son definidamente patológicos y no pueden ser ignorados, en consecuencia, por el patólogo mental. La historia está llena de ejemplos que comprueban la verdad de esta tesis. Si, como se proclama, la historia representa un curso de filosofía experimental, no es menos cierto que tiene también mucho de psiquiatría que se revela en numerosos ejemplos terroríficos.

Los casos de individuos desequilibrados que han desempeñado papel importante en la historia no son desconocidos ni necesitan mencionarse. Íreland ha escrito un libro sobre este tema, titulado *The Blot upon the Brain* (Anormalidades cerebrales). No nos referimos tanto en este artículo a las tendencias individuales como a las tendencias populares, ya que éstas pueden ser tan anormales como las que se presentan en el ser humano. Los patólogos mentales han inventado un nombre para esta clase de tendencias, que denominan "psicosis pandémica," esto es, desorden de las funciones mentales que tiende a hacerse extensivo a gran número de individuos. Su principal síntoma, a la verdad, es la facilidad con que se difunden, asemejándose al cólera o a las viruelas en que siguen lo que podría llamarse un curso centrífugo. Se originan en aquello que se califica con el ambiguo término de "psicología de las masas;" pero sería mejor definición llamarlas contagio mental, pues que tienen todos los rasgos característicos de las enfermedades contagiosas.

La edad media, período de densa ignoran-

[1]Traducido por permiso especial del *Scribner's Magazine*, que tiene reservado el derecho de propiedad. —LA REDACCIÓN.

cia popular, fué muy fecunda en esta clase de locuras. La creencia en los demonios se enseñoreaba de todas las mentes; la superstición se extendía por todas partes; era el reinado de la hechicería, de los sábados de brujos, de la demonionamía y de los poseídos. Presentábanse terribles epidemias de insania religiosa, traduciéndose en exorcismos sacerdotales y místicas ceremonias que culminaban en la condenación del infeliz insano y en el castigo de la brujería por medio del tormento y de la muerte. Millares de estas desventuradas criaturas pagaron con la vida la pérdida de su razón, pereciendo en la hoguera.[2] Calmeil y otras escritores franceses han perpetuado la historia de esta deplorable perturbación de la mente del hombre. Lord Hale, presidente del tribunal principal de justicia estaba tan firmemente convencido de la existencia de la hechicería, que condenó a muerte a dos mujeres por tal crimen; y el rey James I escribió un libro sobre demonología, insistiendo en que se rechazara en los tribunales la excusa de insania para los acusados de brujería. Pero casi todos los escritos de este monarca estaban "plagados de absurdos." En este país la epidemia histórica de hechicería es demasiado conocida para otorgarle más de una referencia incidental. Todos estos escritos deberían recomendarse a la atención de Sir Óliver Lodge. Si en la época actual de seudo ilustración se presentara la locura de brujería, sería debida a los que sostienen que es posible la comunicación con los espíritus; pues que hacen caso omiso de la circunstancia de que si ellos tienen la facultad de invocar a los espíritus *buenos* que pueblan la vasta inmensidad, puede haber seres pervertidos que deduzcan la lógica conclusión de que, por su parte, pueden también invocar a los *malos* espíritus, con lo cual tendremos material suficiente para una zarabanda de brujas. Quizá ciertos neurólogos cínicos se complacerían en presenciar una de estas bataholas; les daría ocasión para un estudio crítico, ya que las pandemias tienen gran interés científico para el neurólogo cínico.

[2]Véase el trabajo del autor sobre "The Medical Jurisprudence of Insanity," en el *System* de Wharton y Stille, tomo III, página 506; asimismo el *Manual pratique de médicine mentale*, de Regis, traducido por Bánnister, página 16, de donde se ha tomado esta aserción.

Dos principios dominan en este campo. El primero es el factor de la emoción o factor sentimental. Cuando una emoción simple, como el deseo o el temor, se convierte en la razón primordial de la conducta, hay una transposición de la psicología normal, pues que evidentemente en el hombre normal el proceso del razonamiento debe preceder al de la emoción, aun cuando cierta escuela de psicólogos niega esta aserción. Con todo, su negación sólo envuelve una cuestión académica, porque no es posible negar que, en asuntos que se relacionan con la sana moral, el hombre debe tener un concepto claro de sus deberes y propósitos, concepto que necesita preceder a las emociones, que únicamente representan reacciones mentales en conformidad con su propio interés personal. Comprenderemos mejor la materia de que se trata, observando el proceso mental que se desarrolla en los niños. El niño arguye y procede generalmente de acuerdo con sus emociones, no habiéndose desarrollado lo suficiente su facultad de razonamiento para dominar su conducta. Procede desde el estrecho punto de vista personal, único que él conoce, y no en armonía con los grandes principios generales del raciocinio. Tal es también el estado normal de los animales. Ahora bien; no es raro observar cierto tipo de hombres y mujeres que parece no haber salido jamás de esta etapa infantil, y aun entre individuos superiores se presenta a veces un retroceso análogo hacia la condición de la niñez. Es circunstancia muy común asimismo entre los locos, porque mientras más desequilibrada está la razón, mayor influencia ejercen las emociones; a decir verdad, tal condición es uno de los signos o rasgos característicos de la demencia. Mas no existen fronteras definidas entre la cordura y la insania; y en el espacio que las separa observamos toda clase de singularidades o aberraciones de conducta en que las emociones dominan en mayor escala de lo que razonablemente les está permitido. Esta circunstancia jamás debería escapar la observación de quienes analizan la psicología de las masas.

El segundo factor es la tendencia a la imitación. Nuestra educación se inclina en tal sentido mucho más de lo que generalmente estamos dispuestos a admitir. Casi

nada es original en el hombre; debemos a otros la mayor parte de nuestros descubrimientos, que hemos obtenido mediante un simple proceso de imitación. Esta tendencia es muy marcada entre nuestros congéneres los simios, y nos ha sido transmitida indudablemente por algún remoto antecesor entre los orangutanes antropoides. Constituye un impulso tan poderoso y difundido que excede con mucho los límites de un artículo periodístico. Basta decir que el contagio mental se propaga amplia e inconscientemente a favor de la imitación. Hay cierta forma de demencia contagiosa que los franceses llaman *folie communiquée*. Presencié un ejemplo de esta clase en el caso de tres hermanas que, a fuerza de confiarse mutuamente sus fantasías en un ambiente doméstico anormal, enloquecieron de tal modo que fué necesario encerrarlas. Si el ambiente anormal, en vez de circunscribirse al círculo doméstico, se convierte en un pandemónium que comprende a toda una nación o al mundo entero, como ha sucedido después de la gran guerra, las condiciones son tanto más favorables para el desarrollo de pandemias como las que observamos al presente. Ilustración familiar de lo que decimos puede encontrarse en la manía automovilística que domina ahora a toda la nación. La mayor parte de la gente que se precipita a escape de arriba abajo por las calles no sabría decir a qué obedece esta excitación. Su conducta no tiene nada de racional, y muchas de aquellas personas se sentirían quizá más satisfechas si permanecieran en casa dedicadas a algún quehacer provechoso. Obedecen a un impulso imitativo que las empuja a la carrera desenfrenada: carrera inútil, extravagante y homicida.

La idea de la colonización de los hebreos en Palestina es para el observador imparcial otro ejemplo de aquellas psicosis pandémicas, aunque todavía se halla en el período de incubación. Se origina en un sentimiento desordenado y no en el raciocinio. Hace cerca de dos mil años que los judíos no poseen la Palestina, y aun en aquella época remota su derecho a ese territorio era muy discutible. Lo adquirieron originalmente a favor de la conquista, según consta en su propio *Libro de los jueces*, y no puede decirse que sus métodos fueran muy suaves, como cuando cortaron a Adonibesec los dedos pulgares de los pies y de las manos. Por consiguiente, si existen todavía algunos descendientes de los antiguos cananeos, ellos tendrían derechos anteriores a los de los judíos, que a lo sumo poseyeron el territorio por unos cuantos siglos. Es difícil comprender por qué los modernos judíos habían de tener más títulos a Palestina de los que pueden pretender los descendientes de los peregrinos del *Mayflower* a las seculares mansiones de sus antecesores en Inglaterra. Pero los hechos fríos de la historia no perturban en manera alguna a los entusiastas; y tan contagioso es, infortunadamente, este estado de ánimo en los Estados Unidos que podría reunirse muy pronto un grupo numeroso de sentimentales para quienes la historia tiene tanta significación como para el viejo Sir Astley Cóoper.

Más fácil es convencer a ciertas personas mediante una huelga de hambre que con una conferencia sobre el contagio mental. No comprenden o no pueden comprender que un individuo que substituye a la razón el estómago, como árbitro de una causa, y hace depender la moralidad de su caso en su fortaleza para resistir el hambre, se halla dentro del margen peligroso de la locura. Su empeño no es más razonable que el antiguo juicio de Dios mediante la prueba del fuego y del agua o del desafío campal, y no es con mucho tan pintoresco.

Gibbon nos dice que "en las querellas de la antigua Grecia, el pueblo sagrado de Elis gozaba de perpetua paz bajo la protección de Júpiter y ejercitándose en los juegos olímpicos." Probablemente esto se acerca más que todo lo que jamás haya acontecido en la tierra a los sueños de los pacifistas modernos. Es muy sensible que nuestro *base-ball* de los Estados Unidos no se utilice en esta forma en vez de representar una protesta violenta contra los arbitros. Elis era la capital del estado helénico donde estaba radicada Olimpia; mas, a pesar de consagrarse especialmente a los deportes y mantenerse apartada de la guerra, fué un lugar más bien atrasado y provincial donde no floreció hombre alguno eminente en la historia. En efecto, echando una mirada hacia el pasado, encontraremos que la paz está muy lejos de significar el monopolio de todas las virtudes, y que la humani-

dad ha guerreado tanto, desde las primeras etapas de la historia, que el estado de beligerancia tiene títulos a ser considerado como una de las condiciones normales de la existencia. Esto está de acuerdo asimismo con nuestra moderna doctrina de evolución, ya que la vida entera no es otra cosa que la lucha por la existencia y la supervivencia del idóneo. No podemos escapar de esta ley universal, como no podemos substraernos a la ley de gravitación, que nos coloca en la esfera a la cual pertenecemos, sea o no de nuestro agrado. Es una idea falsa aquello de que el substituir las innobles contiendas y rivalidades perniciosas de la paz por el trastorno incidental de un conflicto armado redunde en progreso moral de la raza. Es humillante para nuestro orgullo burgués recordar la historia del general persa que contemplaba con desdén a los griegos defraudándose mutuamente en el mercado. El hombre en la plenitud de su fuerza es un hermoso animal de combate; éste es su estado normal, y a esta fortaleza bélica debe la gran raza nomanda el dominio que ha ejercido en la moderna civilización europea. Los patólogos mentales saben muy bien que la fatiga cerebral se revela en sus primeras fases por la aversión al esfuerzo; por el deseo de reposo y aislamiento y de evitar cualquier conflicto; por el horror del sufrimiento y el temor de la responsabilidad. Esta aspiración de los pacifistas es un síntoma anormal, un contagio mental. El sueño de una paz perpetua puede terminar fácilmente en una pesadilla neurasténica. Es necesario resistirla antes de que avance demasiado y se convierta en manifestación de una psicosis universal; es, como si dijéramos, la reacción de un mundo enfermo que se ignora a sí mismo e ignora el diagnóstico de su mal. Este mórbido deseo de paz puede considerarse desde otro aspecto de la patología mental como una de aquellas "inclinaciones reprimidas" que, en concepto de Freud, se ocultan en el cerebro anestesiado por la fuerza de las convenciones, hasta que alguna violenta crisis, sacudiéndolas con impulso eruptivo, las arroja a la superficie; ímpetu capaz de producir una verdadera locura.

La época actual adolece de la neurastenia originada por la guerra y el industrialismo, y este estado nervioso ofrece ancho campo a la propaganda, que es simplemente una forma de imitación. Los neurólogos saben que es rasgo característico de la neurastenia y la excitación nerviosa ceder a la influencia poderosa de la sugestión, y que los atacados son más propensos que cualquier otro individiduo al influjo del ambiente. Este contagio mental puede difundirse como el mal olor en los hospitales o sanatorios; y cuando se presenta en escala pandémica explica ampliamente la tendencia actual de la gente a dejarse arrastrar a toda clase de proyectos morales, reformas impracticables y exaltación del ánimo. Existe también una sensación íntima de vaga aprensión, "una impresión de desgracia inminente," como la definen los especialistas del sistema nervioso, muy común entre las personas amenazadas de una crisis de esta índole. Cuando impresión semejante toma cuerpo en comarca tan vasta como los Estados Unidos presenciamos un furor de virtud y fanatismo que puede convertirse en pavorosa tiranía, ya que no hay tiranía más violenta que la ejercida por la multitud.

En un artículo anterior, escrito para cierta sociedad de medicina, decíamos que la prohibición del licor en los Estados Unidos es la manifestación pandémico-nerviosa más considerable que se haya presentado desde las cruzadas. Quizá se juzgue necesario explicar la analogía. Las cruzadas incitaban el celo religioso, y perseguían fines no sólo poco practicables (salvo desde el punto de vista sentimental), sino que por otra parte eran poco deseables. Tan fuerte era el impulso que las inspiraba, y tan alejadas de las enseñanzas del sentido común se encontraban las ignorantes multitudes que las ensalzaban, que las guerras santas continuaron cerca de dos siglos, con algunos intervalos. Exigieron un tributo terrorífico en sangre y en dinero, y sentaron horrible ejemplo de crueldad y fanatismo, sin realizar gran cosa al cabo. Jamás se había visto hasta entonces esfuerzo tan mal encaminado, entusiasmo más estéril, pandemia más prolongada. Gibbon, recapitulando los efectos de las cruzadas, dice que, en su opinión, detuvieron más bien que adelantaron la madurez de Europa. Entre los pocos beneficios que introdujeron en la civilización occidental menciona los molinos

de viento, la seda y el azúcar, pero no hace alusión al *alcohol*. El descubrimiento del arte de destilar licores espirituosos se atribuye a los árabes, y el nombre es evidentemente arábigo. Se dice que dicho conocimiento se extendió en Europa a favor de las guerras santas; pero nuestros modernos partidarios de la prohibición se verían apurados para calificarlo como uno de los beneficios procurados por las cruzadas. Berthelot ha escrito, sin embargo, un erudito ensayo refutando el que debamos a los árabes este primer paso en la escala del alcoholismo.

Evidentemente, en el objeto y circunstancias de las cruzadas hay mucho que no tiene analogía alguna con nuestra moderna prohibición; pero en sus rasgos principales de psicosis pandémica, tales como el entusiasmo religioso, el fanatismo, la impracticabilidad y la falta de sentido común, la analogía no es tan remota. ¿Es posible que un hombre en pleno uso de sus facultades crea que esta revolución estupenda en los hábitos y ética de cien millones de individuos pueda verificarse agregando unas cuantas líneas a la constitución escrita? La ley ha sido poco menos que letra muerta desde el día mismo en que se promulgó tal decreto. Si ni a fuer de escoba nueva barre bien, ¿qué sucederá dentro de diez, veinte o cincuenta años? Y si no llega a cumplirse esta ley, si es befada, ¿no habrá traído acaso descrédito a la constitución? Ésta es una de las posibilidades más amenazadoras. Los padres de la patria nos legaron una constitución razonable y liberal, la cual hemos enmendado y desfigurado agregándole una ley suntuaria que despierta secreta rebelión en el espíritu de los hombres que se respetan. Los médicos no tienen razón para defender el alcohol, pero tampoco pueden seguir sin protesta la corriente de un movimiento popular que a nada conduce, a no ser al caos.

Quizá si estamos destinados a caer de nuevo en la doctrina del perfeccionamiento de la humanidad. Ésta es una de aquellas frases sonoras que parece haberse originado en la interpretación errónea de Darwin. Si los hombres de nuestros días no son lo que deberían ser, llegarán a serlo mañana, porque la doctrina de la evolución nos enseña que hay una tendencia constante al progreso. Tal es el razonamiento. Pero el estudio sincero de la evolución no apoya estas esperanzas de un milenario. Según el profesor Conklin, de Prínceton, por lo menos en diez mil años no ha habido progreso notable en el cuerpo humano, ni hay ninguno en perspectiva. Hace observar el sabio que mientras más refinado es un organismo mayor es el peligro de su extinción, porque el cambio más ligero del medio ambiente puede serle fatal. Es semejante a un mecanismo delicado, como el de un reloj, que fácilmente se descompone. El progreso de la evolución se marca a través de las edades por los esqueletos fósiles de especies animales que desaparecieron de la tierra en razón de cambios en el medio ambiente. Tal vez el hombre civilizado confronta en estos momentos una crisis análoga. Nos encontramos frente a condiciones que indican claramente que el hombre civilizado no se adapta en forma adecuada a su ambiente. Ésta es una forma biológica de expresar un hecho sociológico.

El deán Inge, de Londres, opina al parecer que la gran guerra ha infligido una herida mortal a la civilización del Viejo Mundo. La raza humana no puede soportar más tiempo el peso de nuestra ardua vida industrial y mecánica y se resiste a la producción. Para el autor de este artículo, el síntoma más ominoso de decadencia, la falta de adaptación del organismo al medio ambiente, es las huelgas modernas. Tratándose de un fenómeno mórbido, cae el tema bajo el dominio del patólogo mental.

En las huelgas se manifiesta la acción de los dos principios antes mencionados: primero, el argumentar con las emociones; segundo, la imitación. Cuando a consecuencia de causas naturales disminuyó el precio del trigo a un poco menos de dos dólares, despertando en el mundo doliente esperanzas de que se redujera el costo de la vida, los agricultores del oeste del país levantaron el grito de que almacenarían su trigo hasta forzar el precio a tres dólares. En otros términos, estaban dispuestos a confinar el mercado, como el José de la antigüedad, aun cuando el mundo padeciera; y proclamaban que en su opinión esto era un acto de justicia y de equidad. Ahora bien; es imposible argüir con individuos de esta clase: su menosprecio de las leyes económicas es absoluto; y este menosprecio

o ignorancia de las leyes económicas es el rasgo característico de las huelgas casi en todas partes. No obstante, el mundo industrial descansa en las leyes económicas; hablando biológicamente, dichas leyes son parte integrante del medio ambiente. Si la suerte ha colocado al mundo en una situación a la cual no puede o no quiere adaptarse, el mundo está en mal camino para la evolución en las condiciones actuales.

La fuerza de una idea actuando sobre numerosos grupos de hombres es el rasgo distintivo de las huelgas, y esta idea se impone por el método más elemental, o sea, la imitación. Las ideas complejas no son accesibles a la multitud; todo concepto debe concentrarse como en una lente hasta que la idea se convierta en obsesión; y entonces se transmite de cerebro a cerebro como una especie de impulso instintivo muy semejante al de un rebaño que se precipita en tal o cual dirección, sin preocuparse de los peligros ni de los obstáculos que es necesario vencer. En momentos en que escribimos el presente artículo hay un millón de huelguistas de las minas de carbón en la Gran Bretaña. Es imposible suponer que muchos de aquellos hombres tengan la inclinación ni la capacidad suficiente para raciocinar completa y lúcidamente sobre el alcance y desastrosas consecuencias de su actitud. El mundo industrial es un mecanismo muy complejo; o, usando la expresión del profesor Conklin, es extremadamente delicado; el producto de un proceso de evolución. Sufrirá y perecerá, si las partes que lo integran no son capaces de adaptarse por más tiempo al medio ambiente.

Si el lector quisiera estudiar el libro de Osborn, titulado *Men of the Old Stone Age* (El hombre en la edad de piedra), desperratía al convencimiento de que nosotros los civilizados no estamos muy distantes del hombre bárbaro. El período entero de la civilización humana, desde las narraciones primitivas de Egipto y Mesopotamia, es apenas historia de ayer comparado con el largo período prehistórico durante el cual la raza humana existía en Europa a la par que el rinoceronte, y el oso y la hiena de las cuevas. Osborn presenta un retrato atávico del hombre de Piltdown, que se supone haber existido 300,000 años atrás.[3] Pero hace poco más de mil años que nuestros antecesores vivían en un estado semicivilizado. Cuando Carlomagno se apoderó de la corona de Roma, el año 800 antes de Jesucristo, era un caudillo bárbaro con sólo un ligero barniz de la antigua cultura romana. De aquel estado primitivo, que se extiende retrospectivamente por miriadas de años, el hombre ha sido llamado, en período relativamente corto y sin tiempo de adaptarse al nuevo medio, a asumir el peso de nuestra complicada y exigente civilización industrial. Si fracasa, no será del todo por culpa suya, sino debido en gran parte al destino. Quizá las minas de carbón tengan mucho que hacer con ello, pero la responsabilidad mayor corresponderá a las deficiencias del sistema social. El hombre no estaba hecho para tales condiciones. Tal vez no ha desarrollado aún la suficiente capacidad mental, la resistencia necesaria para afrontarlas.

En su larga carrera a través de las edades el hombre no ha cambiado gran cosa su naturaleza. Es el descendiente directo de los neanderthaloides y los cromagnones de las épocas prehistóricas. Esta moderna civilización no es sino un dispendioso y arriesgado experimento que lleva a cabo por espacio de varios siglos. Puede cansarse, y echarlo a un lado; o puede también, después de haber agotado las selvas y los terrenos carboníferos a fuer de imprevisor descendiente de los bárbaros, decidirse a hacer un nuevo ensayo, a raíz de comprender que no todo el progreso del espíritu humano en el pasado dependía de las máquinas de vapor ni de las minas de carbón.

El hombre moderno ha recibido amplias promesas de una "nueva era," garantizada por los idealistas, los pacifistas, los bolchevistas, los prohibicionistas y las sufragistas, quienes están todos dispuestos a procurarle el milenario, cada cual a su manera. Mas debe esperar un poco y ver hasta dónde se cumplen tales promesas. Afortunadamente, no corresponderá a la actual generación de patólogos mentales el escribir la historia cronológica de los resultados.

---

[3] El profesor Osborn no admite que el hombre de Piltdown representa una forma atávica; pero Élliot Smith, a quien cita, está por la afirmativa.

EL ABOGADO DEL DIABLO

POR

SAMUEL L. M. BÁRLOW

Es difícil señalar nornas definidas para lo que se quiere llamar decencia en el arte. El desnudo absoluto puede respirar una atmósfera de pureza y de ensueño a pesar de ser desnudo, y el cuadro de una cortesana más o menos vestida puede inspirar emociones equívocas. Muchas verdaderas obras de arte literarias y dramáticas, discutidas por la censura, se han impuesto, sin embargo, por la aceptación del público. No es posible someter una obra literaria al criterio o el arbitrio de un censor que nada sabe de arte ni de literatura, protesta el autor. Todo hombre tiene el derecho de ser juzgado por sus iguales. El público posee, después de todo, un sentido moral más desarrollado de lo que se le concede en general. Se retrae instintivamente de lo obsceno. Pasando de incidencias locales a ejemplos tomados de la historia de la literatura, sostiene el autor la verdad de su aserción. ¿Por qué, entonces, dice, no hemos de confiar un poco más en el criterio del público?—LA REDACCIÓN.

EXISTEN tribunales del almirantazgo para los marineros delincuentes, y tribunales de relaciones domésticas para los hogares tumultuosos. Solamente los autores están condenados a aparecer, no ante un jurado de literatos, sino ante un tribunal de lo más mezquino y de lo más ajeno. Y el grupo augusto de hombres que representa la ley deja pasar sin censura espectáculos lascivos destinados a atraer público a las *folies* y *revues*, y desdeñando lo que es incapaz de comprender, sindica el *Jurgen* de Mr. James Branch Cabell como obra propagandista de inmoralidad. Es cierto que *Jurgen* no es un libro inocente (como no lo son la mayor parte de los clásicos), si la inocencia se traduce por ignorancia; pero si *Jurgen* ha perdido su prístina virtud, la responsabilidad de este hecho corresponde, sin la menor sombra de duda, a la Sociedad contra el Vicio. No sólo se ha degradado maliciosamente un libro bueno, lleno de encanto verdadero y poco común, sino que la ley misma se ha desprestigiado al emplearse de manera tan vulgar.

La reconocida intención de Mr. Cabell, conforme se manifiesta en el prólogo de *The Certain Hour* (La hora inevitable), es escribir hermosamente sobre temas bellos. Sin un ápice de duda, Mr. Cabell ha puesto lealmente en práctica sus intenciones; y, sin embargo, *Jurgen* ha sido llamado a juicio, desnudado a guisa de Friné ante los ojos de la ley y de los doce buenos y verídicos varones—aunque no a la altura del autor—y arrojado a la bacía moabita de mutilaciones del censor. Así son las cosas. Los filisteos[1] se regocijaron, y *Jurgen* fué suprimido.

El delito principal cometido por la Sociedad para la Supresión del Vicio ha sido la violación del derecho constitucional que asiste a todo individuo de ser juzgado por jurado compuesto de hombres de su misma clase. Es satisfactorio hacer constar, sin embargo, que tal juzgado de iguales se constituyó más tarde, insistiendo en dar un veredicto equitativo, aun cuando fuera póstumo en cierto modo. Una comisión improvisada publicó la narración de los procedimientos legales a este respecto en un pequeño volumen titulado *Jurgen and the Censor* (*Jurgen* y la censor), volumen que lleva a fuer de apéndice una colección de valerosas opiniones acerca de la "libertad" de que gozamos en los Estados Unidos, y que consiste principalmente en las libertades que se nos arrebatan. Figuran allí cartas de Róbert Hérrick, Amy Lówell, Amelie Rives, E. H. Bíerstadt, Edwin Árlington Róbinson, Bliss Carman y muchos otros, incluyéndose algunos extranjeros: George Moore, Saint John Érvine y Hugh Wálpole. Es un formidable volumen de protesta, y sirve indirectamente para rebatir la ingenua afirmación del profesor Bránder Matthews de que la Sociedad contra el Vicio no suprimirá "obra alguna verdadera de arte." Como las huellas que Rémy de Gourmont ha dejado en el campo literario, las de Mr. Cabell pueden compararse a las que dejaría un hombre con un

[1]Juego de palabras del autor con la palabra filisteo, que en inglés tiene también el significado de persona de ideas mezquinas.—LA REDACCIÓN.

pie calzado y el otro descalzo. El peso se carga a un solo lado. O bien *Jurgen* es una "verdadera obra de arte" o es un libro insignificante; mas si éste fuera el caso, ¿qué quiere decir el volumen de protesta de personas autorizadas? (Y después de todo, como observaba Ruskin a propósito de Cháucer, cierta rudeza ha caracterizado siempre nuestros rasgos distintivos anglosajones más pronunciados). No; el alboroto sigue esta vez, sobre la mutilada forma de literatura confiscada, un rastro más acre y definido, que lleva en derechura al mal oliente cubil de la censura. Los escritores han sentido honda y súbitamente la agresión que sublevó a Flaubert y otros franceses de su tiempo y, en época posterior, a los dramaturgos de Inglaterra. Han visto que una mano liviana volteaba la tableta donde estaban escritas las palabras de Méredith: "Está hondamente concebido; no puede ser inmoral," escribiendo en lugar de eso: "Está hondamente concebido; debe ser inmoral." Este sentimiento de agresión se pondrá de manifiesto más adelante, lo espero, cuando, prescindiendo del caso local aunque flagrante de *Jurgen*, presentemos otros ejemplos y autoridades aun más eminentes.

Es arduo en los Estados Unidos abandonar ejemplos concretos, como *Jurgen*, para tratar en general la cuestión de la censura, pues que afortunadamente, excepto en tiempos de guerra, estamos libres de un censor oficial agregado al gobierno federal. Cada estado tiene sus métodos propios; mas, para observar al censor en toda su gloria, hay que dirigir las miradas a Inglaterra, donde sólo últimamente ha sido echado por tierra el Goliat.

Para dar una idea de la corriente de opinión entre muchos ingleses, basta citar la brillante carta—donde a su vez figuran muchas otras citas—de Henry Árthur Jones al honorable Hérbert Samuel, y asimismo la síntesis que hace John Pálmer de los procedimientos legales que tuvieron por objeto la abolición de la censura dramática en Inglaterra. De tales fuentes fluye una voluminosa corriente de opinión atestiguando que la censura epistolar es un "ultraje a la dignidad y honradez de la institución." Así se expresa Cónrad. Árnold Bénnet declara: "La existencia de la censura hace decididamente imposible para mí el pensar siquiera en escribir dramas a la misma altura de realismo y sinceridad que acostumbro en mis novelas." No solamente Fíelding se retrajo del teatro a causa de la censura, sino que H. G. Wells escribía también a este respecto: "La censura, con su extravagante facultad de supresión, ha sido siempre una de las razones por las cuales jamás me he aventurado a escribir dramas." La mayor parte de estas opiniones se refiere a la censura dramática; pero el mismo principio se aplica a los libros, a pesar de que Mr. Jones considera un libro más peligroso que una pieza teatral. Mr. Chésterton, el hombre de las paradojas, opina en contrario, sosteniendo que un libro pernicioso puede cerrarse de un golpe, en tanto que es necesario atropellar a siete personas en sus asientos para retirarse de un teatro donde se da una pieza inconveniente. Chésterfield pronunció frases decisivas en 1737. La esencia de su razonamiento era como sigue: "Si ha de restringirse a los poetas y dramaturgos, que se les restrinja como a los demás ciudadanos, por leyes reconocidas de la nación; si cometen algún delito, que se les juzgue como se juzga a todo inglés, por su Dios y por su patria. No permitamos que se les someta a la opinión arbitraria o al capricho de un solo hombre."

Como prueba de la justicia de las palabras de Chésterfield sobre las inconveniencias de la censura, Mr. Súmner, de la Sociedad Contra el Vicio, observa candorosamente en defensa propia que "entre los millares de libros publicados el año pasado, sólo se ha procedido probablemente contra cuatro o cinco." Tenemos que deplorar la arbitrariedad de su elección. Muchos libros perniciosos se han puesto a la venta, pero el admirable *Jurgen* ha sido sindicado y condenado a la supresión. ¿Qué criterio es éste? ¿Se trata por ventura de la idiosincracia personal de Mr. Súmner? Cuando se va de vacaciones, ¿delega acaso sus funciones en algún subordinado? El lema de la Sociedad Contra el Vicio ¿es, quizá: "Moral; nada de arte ni literatura," que bien traducido vendría a significar: "Nenúfares, nada de pan ni queso?" Imagino que se comporta en gran manera como el censor inglés; es decir, sin principio alguno.

Durante muchos años existió en Inglaterra una ley de censura que prohibía la representación de piezas dramáticas de índole religiosa o bíblica. Muchas fueron eliminadas por el censor. Sin embargo, *Samson and Delilah*, por razón de su enorme popularidad, y sin otro motivo, era permitida en flagrante oposición con la ley. *Everyman* (Todo hombre) obtuvo también el pase, por haber sido hallada en el arca de archivos de Ely y porque poseía un *ex cathedra je ne sais quoi*. Y en tanto que el censor inglés oscilaba briosamente a estilo símico y dejaba pasar estas piezas a despecho de la ley, condenaba, en la oscilación de regreso, el *Cenci* de Shélley; *Los espectros* de Ibsen; *Mrs. Warren's Profession* de Shaw; las comedias de Brieux; *Waste* (Derroche) de Bórker—piezas todas de honda concepción; —y por último, aquella parte integrante de la educación de todo escolar; el *Œdipus Tyrannus* de Sófocles.

¿Cuáles son, después de todo, nuestras normas de decencia? La Sociedad contra el Vicio afirma que "la calidad de obsceno de un tema se muestra en la tendencia a depravar y corromper a quienes tienen la mente abierta para recibir perniciosas influencias y en cuyas manos puede caer tal publicación." Cuidemos entonces de que nuestros hijos no adquieran el *Libro del Génesis*, el diccionario o las obras de Shákespeare. Esto nos pondría de nuevo al nivel de la legislación pasada que negaba el voto a las mujeres, los niños y los idiotas. Vacuidades semejantes hicieron decir a Goethe que la vida presenta continuamente escenas de lo más escandalosas. La gente no tiene razón de inquietarse por el efecto que produce en los niños un libro o una pieza dramática. Por tal motivo abandonó Goethe el teatro a las *jeunes filles*, y se quedó en casa. La decencia es cosa que fluctúa tanto, por decir lo menos, que los linchamientos estéticos al arbitrio de la Sociedad contra el Vicio no obedecen posiblemente a principio sólido alguno. A todas luces, su actitud es ambigua. Comparemos a Byron con Shélley. Bryon era indecente; Shélley, inmoral. Byron procedía a impulsos de una disolución jactanciosa; Shélley, de un idealismo mal dirigido. Shélley fué condenado por la ortodoxía ultrajada; Byron fué perdonado en razón de su belleza personal. ¿A qué conduce la censura? ¿Qué es lo que avalúa el censor?

La respuesta reside en el contraste entre el arte libre y el arte bajo el dominio de la censura. Si recordara el drama de la restauración, los filisteos se regocijarían de nuevo; pero de aquel período podrían deducirse dos grandes principios que darían el *coup de grâce* a Mr. Súmner. Según el *Diary* de Pepys[2]—que hasta donde yo sepa no se ha citado todavía al respecto—durante los primeros diez años de la restauración se dieron en los escasos teatros de Londres obras de Shákespeare, de Jonson, las tragedias de Shírley, traducciones de Corneille, Dryden, y Beaumont y Flétcher. Pepys menciona doce comedias de Shákespeare; dudo que en Nueva York se hayan representado más durante la última década. Lo que chocaba profundamente a Évelyn,[3] y de donde proviene el descrédito de aquella generación, fué la aparición de mujeres en las tablas. Difícil sería calificar de indecente esta costumbre sin ofender a muchos ídolos del público de los Estados Unidos. El segundo y más elevado principio, confirmado por Pepys y Évelyn, es que siempre que a pedido de una licenciosa corte se ponía en escena una pieza indecente el público rehusaba prestarle su concurso. El dogma de nuestra fe en la nación, de nuestra libertad y nuestras leyes ha sido siempre proclamado por la voz del pueblo. ¿Está acaso tan depravado ahora que haya perdido todo criterio? ¿Se ha vuelto tan licencioso que Mr. Súmner se vea obligado a ponerle restricciones? Solamente aquello que lleva en sí mismo el vigor de la verdad puede sostenerse sin apoyo. La indecencia pública necesita de apoyo para sostenerse, y la experiencia nos enseña que la indecencia no tiene campeones. ¿No puede ya, por ventura, confiarse en el público?

---

[2]Samuel Pepys, político y periodista inglés (1632-1703). Su "Diario," escrito en clave y traducido después por el reverendo J. Smith, fué comenzado en el invierno de 1659-1660. Constituye uno de los relatos más autorizados de la restauración, en que Pepys participó activamente. Se publicó con muchas omisiones.—LA REDACCIÓN.

[3]John Évelyn, escritor inglés realista decidido (1620-1706). Sus memorias, que vieron por primera vez la luz pública en 1818, contienen sus cartas y su diario. Publicó además muchas otras obras.—LA REDACCIÓN.

UN DRAMA ESCRITO EN LA PRISIÓN

EXTRACTOS DEL DIARIO DE JOHN HÓWARD PAYNE, AUTOR DE "HOME, SWEET HOME"

POR

THÁTCHER T. PAYNE LÚQUER

(*Conclusión*)

Damos en estas páginas el resto del diario de John Hóward Payne, en cuanto se refiere al drama que le salvó de la prisión, con interesantes anécdotas de la vida teatral y de los actores de aquella época, historia que comenzó en el número de **INTER-AMÉRICA** correspondiente al mes de marzo próximo pasado. —**LA REDACCIÓN.**

Sábado, 3 de febrero.

. . . .

VÍ A LOWNDES, quien, después de muchas evasivas para ocultar que la comisión que me correspondía había sido adjudicada, con toda probabilidad, a alguno de mis enemigos de Cóvent Garden, confesó que él no había estado en el teatro. Se afanó muchísimo tratando de obtener la propiedad de imprenta por una suma insignificante. Decía que Simkin y Márshall habían pagado a Soane diez libras por *The Innkeeper's Daughter* (La hija del hostelero), y que perdieron en el negocio; y que *The Warlock of the Glen* (El brujo del valle) produjo a su autor por valor de catorce libras en libros, pero ni un centavo al editor. ¡A todo evento, el drama no valía más!

. . . .

En la noche me dirigí al teatro. La sala estaba atestada, pero el público se manifestaba apático. Sir Lúmley Saint George Skéffington[1] estaba empaquetado con Carr en la pequeña concha del apuntador, y no me reconoció; pero más tarde, cuando Miss Cúbitt mencionó mi nombre en el pasillo de la sala verde, me acogió con su acostumbrado entusiasmo y cortesía, y hablamos de otros tiempos en que yo representaba y en que se dió su drama que, dicho sea de paso, fué silbado. Recibí nuevas felicitaciones, y Miss Cúbitt me presentó a Lord Wílliam Lénnox.[2] Mr. Cálcraft solicitó serme presentado y me llenó de cumplimientos.

La parte que querían omitir, la única que no aceptaron bien *anoche*, ha sido hoy aplaudida. Miss Kelly no estuvo muy bien en la representación, pero Wállack lo hizo mucho mejor.

Lunes, 5 de febrero.—No me han hecho propuestas por el derecho de propiedad de *Thérèse*. El drama de Dibdin está tomado del argumento de *Kénilworth*.[3] Fuí al teatro en la noche. A la puerta se anuncia que su majestad se propone asistir mañana, lo cual afecta el interés de esta noche. El auditorio acogía con frialdad las partes serias del drama y aceptaba entusiasta todos los incidentes cómicos, probablemente en razón de que la pieza se presentaba a raíz de una ópera seria y pesada hasta cierto punto. Miss Kelly no lo hizo muy bien, y parece que el éxito del estreno le hubiera quitado la facultad de repetir su maravillosa interpretación. Fontaine fué muy aplaudido durante toda la representación. Wállack no tanto, y está ya tratando de abandonar su papel. ¡Qué locura! Precisamente sobresale en estos papeles, y no en los intelectuales; sin embargo, ha de echar abajo su reputación dejando ver cuán débilmente interpreta las creaciones elevadas de Shákespeare. Su majestad ha ordenado que se represente *Who's Who?* (¿Quién es quién?) como sainete. Élliston dice que asistirá a la representación de *Thérèse* la semana entrante. Silbaron a Rússel[4] (de acuerdo con ciertas órdenes) en

[1]Sir Lúmley Saint George Skéffington (1771-1859): petimetre y dramaturgo.

[2]Lord Wílliam Pitt Lénnox (1799-1881): hombre jovial y escritor sobre temas diversos. Era el "Lord Prima Donna" de la novela de Disraeli, *Vivian Grey*.

[3]Novela de Sir Wálter Scott, publicada en 1821. La escena se desarrolla en Inglaterra durante el reinado de Elízabeth, y figuran Léicester y la condesa Amy Róbsart.—LA REDACCIÓN.

[4]Samuel Thomas Rússell (¿1769?-1845): actor y director de escena en el teatro de Drury Lane. Era un famoso petardista.

el momento que se presentó y mucho después que hubo comenzado a hablar, pero los silbidos fueron dominados por aplausos y aclamac'ones. Naturalmente, en la corte se comentará mañana el asunto. Todos hablaban de la venta de las obras de John Kemble. Estuve hoy a visitar a Míller y vi allí dos números de una publicación de Filadelfia, titulada *American Scenery* y editada por Cárey, y también un facsímile, bellamente litografiado y decorado, de la declaración de independencia; además algunos periódicos últimos con anuncios de Kean. Fuí a Fétter Lane a ver a Davis, que me felicitó efusivamente; recibí una tarjeta del capitán Simpson, y una carta anómima de escritura femenina, con un ejemplar del *Wells Advertiser*.

Martes, 6 de febrero.—El rey vino al teatro esta noche. Naturalmente, se hicieron grandes preparaciones: se colocó un dosel a la entrada de la antecámara y de un aposento magníficamente arreglado que conducía al palco real a través de una pequeña sala. Élliston consiguió que le prestaran las cosas necesarias para decorar este regio departamento, que en realidad quedó espléndido, por valor de 1,400 libras, según dice. Su majestad permaneció dieciséis minutos en la habitación antes de entrar al palco, y Winston afirma que mientras hablaba de una cosa parecía estar pensando en otra todo el tiempo. Detúvose involuntariamente cuando se dirigía al palco y lanzó un suspiro inconsciente. Predominaban los aplausos, y el ruido era tremendo: aclamaciones, palmadas, y luego un movimiento general que producía un rumor semejante al de un terremoto. Su majestad vestía de azul con cuello bordado e incrustado de negro, y llevaba la casaca abotonada hasta el cuello. Es muy alto y proporcionadamente grueso, de apariencia gigantesca, y muy parecido a sus retratos. Inclinóse para saludar, llevó la mano al corazón, y sonrió repetidas veces, Oyéronse voces de "¿Dónde está la reina? ¡Dios salve a la reina!" Alguien exclamó: "¡Viva el rey Jorge!" y otro contestó; "¡Viva la reina!" Cantaron al principio y al fin de la ópera el *God Save the King*, y por último *Rule Britannia*, a lo cual se unió el rey. Observé que hacía una venia al final de cada verso en *God Save the King*. Yo me encontraba en el escenario con los cantores del himno nacional, acompañado de Mrs. Edwin y Miss Tree; pero me las arreglé para mantenerme un poco atrás. Nadie, sin embargo, tenía mejor punto de mira, y el conjunto era maravilloso: innumerables cabezas, todo el mundo vociferando; innumerables sombreros y pañuelos batiéndose en el aire; una multitud enorme en movimientos tumultuosos y desordenados; y todos los ojos vueltos a un solo punto, hacia donde el rey estaba en el centro del palco, con el duque de York a un lado y el duque de Clárence al otro, y los funcionarios de estado llenando el espacio libre a espaldas de estos personajes. Su majestad rió de buena gana en el sainete, y las grandes arrugas de sus mejillas daban la impresión de un efusivo buen humor, mientras oscillaba de atrás adelante en medio de grandes carcajadas. Dos alabarderos armados de sus alabardas montaban la guardia en el escenario a ambos lados del palco real. Se les cambia cada media hora, pues en otro tiempo uno de estos guardias cayó muerto a consecuencia de habérsele tenido de pie varias horas, sin que se atreviera a retirarse para satisfacer necesidades naturales. Los alabarderos rieron también grandemente, lo cual a mi entender no está permitido por la etiqueta.

La sala verde presentaba un aspecto regocijado. Los actores y actrices se divertían a más no poder, mientras los encopetados personajes de la obra pasaban de un lado a otro. Todos se reían de Élliston, Winston y Rússel en sus trajes de corte. George Colman el Joven[5] (viejo que llevaba este apodo juvenil) vino tras de bastidores. Táylor, del *Sun*, autor de *Monsieur Tonson*, observando el uniforme militar con encajes que llevaba Colman, le dijo: "¡Hola, Colman! Está usted *que arde*." "Arderé muy pronto si no me alejo," replicó Colman, mirando el gran fuego del hogar y retirándose. Se dice que el rey, al ver por primera vez a Colman en su uniforme, observó, riendo: "¡Caramba, George! Haría usted un excelente *Pam*."[6] "Efec-

[5]George Colman (1762-1836): llamado "el Joven" para distinguirlo de su padre. Fué dramaturgo y empresario de teatros y revisador de dramas desde el 19 de enero de 1824 hasta su fallecimiento.

[6]Diminutivo familiar aplicado al vizconde Pálmerston.—La Redacción.

tivamente, vuestra majestad, toda mi vida he sido *un ignorante*, pero ahora *me lanzo*."

El rey salió del palco, correspondiendo a los aplausos con una inclinación de cabeza, y probablemente muy satisfecho de haber pasado su estreno, porque era la primera vez que se presentaba en el teatro en carácter de soberano.

El honorable G. Lamb, que se hallaba junto a mí, me hizo observar durante el primer estallido de aplausos a la aparición de su majestad: "*Éste es el golpe más serio que haya recibido la reina.*"

En casa de Lowndes he encontrado a Moncrieff, más insignificante, más exótico y más raído que nunca, con los extremos de la boca sucios y anquilosados por el coñac. Dijo que le había complacido inmensamente saber que *Thérèse* era trabajo mío, y protestó de tener nada que hacer con el plagio de la misma, que debía representarse aquel día en el Cóburg.

Vino Planché [7] y me llevó consigo a su alojamiento en Long Acre, donde me mostró una comedia en tres actos que había escrito en verso libre, intentando que tomaran parte en la interpretación Kean, Miss Kelly y Élliston; pero éste, en un momento de embriaguez, le había despellejado, diciendo a Winston en su presencia: "Este hombre ha escrito una pieza en once actos;" después de lo cual, y a consecuencia de otras burlas interpoladas por Lee (que tenía cierta enemistad personal contra su antiguo patrón), a propósito de una obra de Planché representada en el Adelphi, retiraron de la lista a dicho autor. Yo le ofrecí ayudarle y mediar en lo posible, y le pedí que me hiciera ver la obra completa. Planché me dijo entonces que no la tenía: Booth,[8] que le había prometido hacer algo con la pieza, se había escapado a los Estados Unidos con la hija de un frutero, llevándose el original; pero que procuraría recordar la obra y escribirla de nuevo, y me la mandaría tan pronto como pudiera.

Miércoles, 7 de febrero.—Esta noche el rey ha ido a Cóvent Garden, lo cual produjo mal efecto en el Drury.

Con motivo de la colocación de las luces rojas en el pasillo por donde se precipita Miss Kelly al final del segundo acto de *Thérèse*, las exhalaciones repentinas e inesperadas de vapores sulfurosos, le produjeron un fuerte acceso de tos tan pronto como cayó el telón, y apenas hacía la menor tentativa de moverse la acometían violentos espasmos al costado. Todos se amontonaron en torno de ella, yo lo mismo que los demás. Ella gritaba: "¡Es que me duele . . . me duele! (*'tis pain . . . 'tis pain!*)" Luego, viéndome, soltó una carcajada y exclamó: "No *Mr. Payne, no quiero decir que es Mr. Payne;*"[9] y a continuación, todavía sufriendo, la llevaron a uno de los cuartos particulares. El entreacto se prolongó considerablemente y la audiencia comenzó a protestar; pero ella siguió adelante con su papel, sin que se ofreciera excusa alguna.

Jueves, 8 de febrero.— . . . En la noche fuí al Cóburg a ver la representación de *Thérèse.* Carr y Tighe fueron también, llevando el uno el libro del apuntador y el otro el original francés. Yo no los vi. Ocupaba un asiento al final de la platea. Algunas personas me reconocieron y andaban por ahí dando vueltas y tratando de interpretar mi actitud.

El plagio es evidente, hasta en los detalles del escenario y los propios defectos; pero yo quisiera poderlo probar, y esto es asunto difícil. Aun la manera de interpretar los diversos papeles se ha plagiado, con excepción de cierto actor saltarín y pantomímico que hace de Conde, con estilo único y perfectamente original, a decir verdad.

Quizá influya algo en aquellos que sólo pueden juzgar sobre la evidencia plena, y no pueden sentir tan claramente como nosotros que es imposible que la pieza sea otra cosa que un plagio, el hecho de saber que mi trabajo se ha desviado bastante del original al compendiarlo, lo cual constituye por sí sólo considerable proporción de labor y de meditación; y que, en todos los casos, el Cóburg se ha aprovechado de este trabajo de resumen. Cerca de quinientas líneas del original francés quedaron omitidas

[7] James Róbinson Planché (1796-1880): de la redacción de *Somerset Herald* y dramaturgo, descendiente de un refugiado hugonote.

[8] Junius Brutus Booth (1796-1852): actor, y padre de Edwin Booth.

[9] Juego de palabras que exige la introducción de la frase inglesa: *pain*, dolor, se pronuncia lo mismo que *Payne*, el nombre del autor o traductor.—LA REDACCIÓN.

en mi traducción, y las mismas líneas exactamente se han omitido en el manuscrito del Cóburg, y siempre en el mismo lugar. ¿Podría creerse que esto es una simple coincidencia? Dos personas pueden coincidir en recortes análogos en uno, dos, tres, o media docena de casos; pero, ¿podría sostenerse tal similitud coincidente en una obra de setenta y cuatro páginas?

En el tercer acto, el comienzo del mío difiere completamente del original francés por la supresión de dos páginas y media, y el manuscrito del Cóburg adopta esta omisión implícitamente. En el melodrama francés, no aparece que Thérèse supiera que se la sospecha de asesinato; sale de la escena acusada únicamente de ser la Thérèse que ha escapado el castigo que se le había impuesto por falsificadora; y durante su ausencia comunica el magistrado a su amante, y a su protector el sacerdote, las sospechas que alimenta de que sea ella el asesino de la condesa. En el manuscrito del Drury Lane, Thérèse es acusada directamente de asesinato en la escena, y esta acusación constituye una de las escenas más emocionantes del drama. El manuscrito del Cóburg plagia esta situación introducida, adoptando en substancia las mismas palabras casi en toda la pieza, y en muchos casos literalmente; del mismo modo que en la escena siguiente, donde Thérèse replica en mi versión en frases entrecortadas, como si estuviera todavía en parte bajo la influencia de su reciente delirio, en tanto que en el original francés las respuestas son largas y declamatorias.

Los del Cóburg siguen exactamente la idea y copian el sentido de las palabras, adoptando hasta el título de la condesa que yo había cambiado de Volmar por Belmore en mi versión.

. . . .

En el segundo acto han adoptado el discurso de Knight:

¿No predica, acaso, nuestro pastor todos los domingos: "abre a quienquiera que llame, da a quienquiera que pida;" y ¿no pide *ella*, por ventura? "¡*Zounds*, Brídget, no sujetéis el picaporte cuando deberíais abrir la puerta de par en par!"

La última parte de este trozo no existe en el original francés, y fué introducida en los ensayos por el mismo Knight.

. . . .

Abandoné el teatro en el momento en que caía el telón y se producía un estruendoso aplauso. (A propósito, el honorable G. Lamb me preguntó por qué no me levanté entonces para corresponderlo con una inclinación de cabeza). Todos estaban ansiosos en el Drury Lane por saber el resultado, y se arremolinaron en torno mío en la sala verde, no del todo pesarosos algunos de ellos, en mi opinión, de que algo hubiera acontecido para disminuir la importancia de mi trabajo. Carr llegó casi inmediatamente después que yo al cuarto de Élliston; pero, sea estupidez o espíritu de apocar, dijo que aun cuando la obra era evidentemente un plagio, mi traducción era *tan literal* (¡literal!) que sería imposible aclimatarla. Tighe, el irlandés que Élliston había comprometido, no llegaba, lo cual produjo gran consternación, porque no había copia alguna que pudiera usar el apuntador. Después de algún retardo, se levantó el telón a pesar de todo; y las cosas marcharon perfectamente, gracias a que Carr, que sólo a mí había confesado la verdad, tuvo toda la velada un cuaderno en blanco en sus manos. Si los actores hubieran sospechado que no existía tal manuscrito se habrían turbado inmediatamente, y la representación habría sido un fracaso.

Viernes, 9 de febrero.—Me he ocupado hoy en ayudar a Élliston a preparar los documentos que deberían presentarse al tribunal, a pesar de que yo opinaba en contrario. Díjele que era preciso considerar si aun las ventajas mismas del triunfo se equipararían a los efectos de levantar de nuevo la grita en contra de la supuesta predisposición a perseguir a los teatros de segunda clase. Persistió, con todo.

Hubo que vencer hoy los grandes obstáculos nacidos de la necesidad de cambiar la comedia primero, y después el melodrama, a causa de la indisposición de Miss Kelly. Miss Smithson,[10] destinada a servir de reemplazo en tales casos, tenía que estudiar en muy corto plazo uno de los papeles de la comedia, y le era imposible atender a ambos. Mrs. W. West,[11] indignada de que Miss Kelly hubiera sido preferida en primera instancia, rechazó con

[10] Hárriet Cónstance Smithson (1800-1854).

[11] Mrs. William West, antes Cooke (1790-1876): hábil actriz.

desdén la idea de convertirse en substituto *y no lo sería.* Élliston dijo, con cierta sonrisa irónica a lo Ricardo III, que Mrs. W. ponía demasiadas dificultades y que temía que ésta fuera su última temporada en el Drury. Esto no se lo dijeron a ella, pero se susurraba en la sala. En seguida nombraron a Miss Cúbitt, pero fué desechada por falta de talento y de belleza, dos deficiencias lamentables; luego enviaron a buscar a Madame Vestris y a Mrs. Órger,[12] que aun no había tomado parte alguna. Mrs. Órger vino, sospechando de lo que se trataba, pero no pudo acometer labor tan importante en tiempo tan limitado; Madame Vestris estaba muy dispuesta a hacer el ensayo, y yo debía encerrarme con ella para darle mis instrucciónes (¡labor muy agradable!); pero el honorable G. L., que a mi parecer se inclina por ese lado, la disuadió tranquilamente tanto a ella como a Élliston. En seguida sugerí a Mrs. Chátterly,[13] a quien se mandó a buscar en consecuencia; pero creyendo ella que iba a ofrecérsele algo que no era diplomático aceptar con visible ansiedad, o deseando tal vez ataviarse en forma demasiado conquistadora, retardó tanto su venida que le hubiera sido imposible hacer nada de provecho; de manera que se suspendió la representación aquella noche, y cuando llegó Mrs. C., fué sólo para saber que no era ya necesario que se hubiera molestado.

Élliston y yo comimos juntos en el Shákespeare después de todos estos incidentes, con el propósito de ir a ver el plagio de *Thérèse.* Durante la comida traté de reconciliarle con Planché, pero se mantuvo acerbo y obstinado. En la mesa próxima a la nuestra había un grupo de jóvenes, y él me preguntó si me divertía a veces en adivinar la personalidad; si los creía empleados de una oficina funeraria o de jurisprudencia. Yo respondí que eran pasantes de abogado. Precisamente en aquel momento uno de ellos pronunciaba cierta frase técnica, y Élliston dijo sonriendo: "¡Oh, sí; tiene usted razón!" Me dirigí a la taquilla de entrada libre en el Cóburg y reclamé el derecho de pase para mí y un amigo; una vez concedido, entré en el teatro con Élliston. Al penetrar en el vestíbulo, Roraueur, el presumido ujier de los palcos, sonrió de manera significativa, mirando a Élliston, y dijo:

—¿Así es que ha venido usted a ver nuestra nueva pieza?

—No;—replicó éste,—¿usted quiere decir sin duda *nuestra* nueva pieza?—

Nos condujeron a un palco especial en el centro, donde pronto fuimos reconocidos y señalados con sonrisas y murmullos. Después que admiramos un rato la belleza del teatro, comenzó la representación, y tuve ocasión de notar que habían variado un poco la pieza desde la noche anterior, especialmente en hacerla principiar con un baile introducido allí sin ritmo ni razón. Élliston estaba perfectamente convencido del plagio y de que con toda verosimilitud no habían visto siquiera el original francés. Del teatro nos dirigimos juntos a Cháring Cross, y le dejé en casa de Jobline, un abogado, creo, donde se había comprometido a asistir a una comida; presentaría sus excusas por llegar a los postres.

Sábado, 10 de febrero.—He estado todo el día ocupado en el asunto del auto interlocutorio del tribunal. Después de mi declaración, me despacharon con gran prisa y alarma a testificar de nuevo en la oficina pública de los edificios de Sóuthampton. Esto provino de que el director no había firmado las frases interlineadas antes de atestiguar bajo juramente el contenido. Estuvimos cierto tiempo en la corte superior de justicia, magnífico edificio, dicho sea de paso; el tribunal ocupa un pequeño espacio a uno de sus extremos. A eso de las cuatro se presentó Mr. Fládgate en la habitación de Élliston para participarle que se había obtenido el mandamiento. Inmediatamente se envió una carta a Glóssop, redactada en términos atentos, manifestándole que se había otorgado un mandamiento; pero que, para evitar al público una decepción, la pieza podría ser representada aquella noche, con tal de que fuera la última vez.

En la noche cambiaron el sainete de *Giovanni* por *Love Laughs at Locksmiths* (El amor se burla de los cerrojos) a causa de la enfermedad de Madame Vestris.

Mr. Watts, me dijo que Mr. Cóoper, un librero del Temple, estuvo colocado la noche del estreno de *Thérèse* al lado de dos per-

[12]Mrs. Mary Ann Órger (1788-1849).

[13]Mrs. Wílliam Simmonds Chátterly, antes Louise Símeon (1797-1866).

sonas a quienes tomó por cronistas de la prensa, por cuanto se manifestaban muy atareados escribiendo todo lo que veían. Más tarde descubrió que eran Glóssop y otro, uno de ellos tomando las palabras y el otro los detalles del escenario.

Domingo, 11 *de febrero.*—Hoy he escrito el prólogo de *Thérèse,* revisado pruebas, y entregado el prólogo al impresor tarde de la noche.

Lunes, 12 *de febrero.*

. . . .

Me dijeron esta mañana que Glóssop había hecho anular el mandamiento a causa de la omisión de Mr. Fládgate de hacer registrar la copia de oficio de la declaración: irregularidad que permitirá muchas más representaciones de su pieza, dándoles la oportunidad de hacer gran ostentación de su alardeado triunfo.

Sábado, 17 *de febrero.*

. . . .

El hijo de Fládgate vino a verme sobre el asunto de la declaración. Éllison envió a Tighe, alias *Tyson,* a preguntarme si podría yo asistir a una reunión con Mr. Hart. Tyson dice que Miss Smythson, que hizo de Thérèse anoche, obtuvo grandes aplausos que se repitieron tres veces en cierto pasaje del tercer acto, "¡Salvadme, salvadme!" en que Miss Kelly no había recibido ninguno; y que se esperaba que Miss Kelly tomaría su parte en adelante para no dejar que Miss S. se hiciera demasia do popular.

A propósito, este Tyson me hizo reír muchísimo cuando fuimos a las oficinas para escuchar la lectura de la declaración. Preguntáronle cómo se escribía su nombre.

—*T-i-g-h-e,*—contestó.

—Pero,—replicó Winston,—yo creía que su nombre era Tyson.

—Efectivamente que lo es,—repuso el irlandés,—pero en estas ocasiones siempre me adjudico el nombre de mi padre.—

Viernes, 23 *de febrero.*—

. . . .

Compré un ejemplar de *Thérèse,* que pretende ser la "única edición en escena:" un pobre trabajo de Kerr, conforme se representa en la parte oeste de Londres.

Esta noche hay otra representación de *Thérèse* en Cóvent Garden.

Sábado, 24 *de febrero.*—Todo el día en gran excitación, esperando a cada momento que me devuelvan la libertad. Déwey, el abogado de Parsons, está encargado de rebatir a Harris ante el juez para que no se lleve a efecto mi soltura, arguyendo que una declaración había sido retirada; pero, como solamente estaba registrada, y no se había presentado al tribunal, el juez dió la orden de sobreseer. La expectativa de esta decisión me causó alguna ansiedad y alarma. Luego, cuando se consiguió la orden, descubrió Harris que por ser víspera de fiesta sería necesario pagar honorarios extra, que ascendían a una libra, para que la resolución de sobreseimiento pasara antes de llunes. Escriba a Éllison la carta siguiente:

Sábado, 24 de febrero de 1821.

Estimado Señor:

Estos asuntos legales cuestan siempre más de lo que se calcula al principio. Todo está arreglado, y sólo necesito quince libras más de lo que tengo para terminar los requisitos. Hoy es el aniversario de mi ingreso al teatro, porque en esta fecha me presenté por primera en escena en los Estados Unidos, y me atrae la idea de hacerla también la fecha de mi liberación. Confío en que aceptará estas circunstancias como excusa de mi inusitada petición de solicitar un adelanto de quince libras a cuenta de mi trabajo.

De usted muy atento y obsecuente servidor,

J. H. P.

M. R. W. E.,

Elliston hizo contestar de palabra que vendría personalmente, pues tenía algo que hacer en la ciudad. Aguardé tres o cuatro horas en inquietud creciente, temiendo que pretendiera crear dificultades para el pago de *Thérèse.* Llegó al cabo, y ¡me pidió que mandara por el dinero después que se abriera el teatro! ¡Mal augurio! Decía que había tenido fuertes pagos en aquella semana. Me aseguró que nuestra *Thérèse* era superior en todo sentido a la de Cóvent Garden; que ésta era monótona y pesada, y que mucha gente abandonaba el teatro al final del segundo acto; aun el escenario era inferior, por extraño que parezca.

Quería que yo escribiera la vida de Bíckerstaffe para ponerla al principio de la edición de *Love in a Village* (El amor en la aldea), que intentan editar y representarla el jueves.

La causa de *Thérèse* ha sido postergada

hasta el jueves para una argumentación perentoria en el tribunal. Presenta ahora aspecto halagüeño, según dice Élliston.

Élliston se va a Léamington en la mañana para regresar el martes. Al recibir su respuesta, mandé pedir prestadas diez libras a Mr. Page, quien me las remitió inmediatamente. Las envié al momento a Béllchambers, pero cuando su abogado se presentó, pidiendo la orden de soltura, la oficina estaba cerraba, y el funcionario se había ido. De manera que esta noche no se puede hacer nada, ya que una cosa sin la otra sería inútil.

Fuí a la última parte de *Thérèse*. El cambio de Pope haciendo el papel de Fontaine y Cóoper el de Carwin resultó malo, muy malo. Cuando salía Miss Kelly, estreché su mano, y ella me preguntó si había yo visto la representación esa noche, porque había trabajado perversamente las noches anteriores, pero esta noche había querido complacerse a sí misma. Cóoper sufrió una caída de cara y se magulló la nariz, motivo por el cual recibió demostraciones de simpatía al levantarse, especialmente de la parte femenina de la compañía. Mrs. Bécher[14] (anteriormente Miss O'Neil) se hallaba en el teatro y vino a la sala verde antes que yo me presentara. ¡Qué cambio tan enorme en nuestra respectiva situación en unos cuantos años! ¡El tiempo es un gran revelador del carácter! Mis impresiones han cambiado, afortunadamente para mí, aun cuando todavía conservo por ella el más profundo respeto; pero, de haberla conocido antes, no me habría permitido el enamorarme tan locamente como lo hice. Procuré verla, mas no pude conseguirlo.

Élliston se ha ido sin dejar orden por las quince libras. Dunn, sin embargo, me dió un cheque por esta suma a su propia cuenta, afirmando no tener dinero de Élliston. Prometí a Winston que vendría el lunes y escribiría la introducción para *Love in a Village*.

Hoy es el aniversario de mi advenimiento a la escena hace doce años: el 24 de febrero de 1809. Parece que fuera ayer; y aun cuando este período representa un largo paso en la escala descendente de la vida, es indudable que en aquel tiempo me juzgaba yo mucho más hombre y mucho más hábil e importante que ahora. El tiempo es un gran laminador. Estoy muy desapegado de mi deseo de aplausos, y me parece ahora que apenas si vale la pena afanarse y entusiasmarse por piezas teatrales y por adquirir renombre de autor. Me parece, en verdad, que estuviera destinado a una mediocridad tranquila, inofensiva y sin pretensiones, y quizá a la indigencia, por todo el resto de mi vida.

Jueves, 8 *de marzo*.

. . . .

Horn me ha hablado de nuevo, confidencialmente, acerca del proyecto de que escriba yo un libreto de ópera. Alguien dijo a Bráham en la sala verde que su "aria del fusil" había tenido mucho éxito.

—Sí, replicó él,—resultó arma de dos cañones. Pidieron repetición.—

El público estaba de buen humor, pero, con todo, echó a rodar a Mr. Tibbs.

Conversando sobre la nueva tragedia *Conscience*, cierto caballero preguntó a Élliston si no tenía otras nuevas en su repertorio. Éllison sacudió la cabeza negativamente y dijo que no parecía que las tragedias estuvieran en boga por entonces. El caballero exclamó: "¡Qué! ¿Acaso *Cònscience* (La consciencia)[15] los ha convertido a ustedes en cobardes?"

Élliston nos mostró una hermosa tabaquera de diamantes que Murat, siendo rey de Nápoles, regaló a alguien, de quien la obtuvo George Robins, vendedor en pública subasta. Estaba algo ebrio, y se divirtió en representar una supuesta escena entre un prestamista y cualquier individuo que le presentara el objeto en empeño.

—Dispense usted, señor, ¿podría usted darme setecientas libras por esto?

—¿Eh! ¡Ajá, muy hermosa, por cierto! Aguarde usted un momento . . . déjeme mirarla . . . déjeme examinarla.

[14]Mrs. William Wrixon Bécher, antes Eliza O'Neil (1791-1872): actriz de gran belleza y talento. Apareció por primera vez en el teatro de Cóvent Garden de Londres en el papel de Julieta, el 5 de octubre de 1814, y terminó su carrera escénica en julio de 1819, retirándose a causa de su matrimonio con un irlandés, que después fué hecho baronet. Rivalizaba con Mrs. Siddons en hermosura y habilidad y tenía una reputación intachable. Payne hizo de Romeo con gran éxito, representando ella en Irlanda el papel de Julieta, antes de aparecer frente al público de Londres.

[15]Juego de palabras basado en una cita famosa de Shákespeare.—La Redacción

. . (Llevándola consigo y hablando aparte con el mozo de la tienda). ¡Llame a un alguacil! (En alta voz). ¡Setecientas libras! Mucho dinero. . . . (Llega el alguacil). ¡Oficial, tome usted a este hombre! (Al pretendiente): Ahora, señor mío, ¿de dónde ha sacado usted esta tabaquera?—

El viejo Kelly estaba detrás de bastidores, después de una comida con Élliston y otros, y lo llevaron en su sillón de ruedas de gotoso a una de las alas, con un gigantesco ayuda de cámara montando la guardia detrás de su señor.

Viernes, 10 de marzo. Fuí al teatro a la hora convenida y encontré a Élliston con dos caballeros con quienes parecía estar hablando de nuevas piezas. Me pidió que subiera al escenario por un momento. Hícelo así. Winston se hallaba allí dibujando. Me dijo que en un libro semejante al que me mostraba tenía todas las escenas del Haymarket, y que ahora estaba coleccionando todas las del Drury Lane. El cuadro que copiaba en aquel momento era el interior del tribunal mayor de justicia, con la vista completa de ambos lados del cuarto mismo que yo había ocupado. Dije a Winston que ya había publicado este dibujo en sus escenas de *Giovanni*.

—¡San Jorge me valga! ¡Sí que lo he hecho!—

Y recogió sus bártulos y se marchó, dejándome frente a frente del cuadro del tribunal como una esperie de amonestación de que asegurara cuanto pudiera y me cuidara del futuro. Después de aguardar en el escenario por cerca de dos horas y media, en el frío terrible que hacía, y con la mencionada perspectiva ante mis ojos, apareció Élliston ruidosamente, haciéndome señas de seguirlo, y exclamando:

—Ha tenido usted una paciencia de ángel.—

Fuí al aposento donde se encontraban Winston, el tesorero Dunn y Rússel; y es tan poderoso el sentimiento de Londres, en lo que respecta al vigor de sus instituciones literarias, que sentí la palpitación que habría sentido en la ansiosa expectativa de una carta de la baraja de la cual hubiera dependido mi fortuna. Los demás salieron dejándonos solos.

—Estamos muy pobres,—me dijo Élliston, con su manera precipitada,—pero le daré a usted cien libras esterlinas, incluyendo lo que ha recibido, lo cual subirá a ciento cuarenta con el derecho de propiedad; pero como estoy escaso de dinero le daré una letra por el saldo.—

Yo repliqué: —Nada puedo hacer con una letra.

—¿No tiene usted algún amigo que se la descuente? Los Dibdin toman siempre mis letras de buena gana.

—No conozco a nadie sino a Douglas Kínnaird,[16] y he tenido cierto desagrado con él; quizá Mr. Dunn pueda descontarla.—

Llamaron a Dunn, e inmediatamente apareció Winston. Todos ellos repitieron la historia de la pobreza, pareciendo haberse puesto de acuerdo y preparado una excusa general en caso de resistencia; pero Élliston no me había dejado la alternativa de rehusar; pues no dijo, "*¿Aceptaría usted?*" sino "*Le daremos.*" Agregó:

—Es verdad que hemos hecho bastante dinero últimamente, pero teníamos muchos saldos atrasados a que hacer frente.—

Yo expliqué detenidamente a Élliston mi situación con Kínnaird, pero él me aconsejó ensayar de todos modos. En consecuencia, envié por conducto de Édward la carta siguiente:

(*No existe esta carta*).

Y regresó con esta contestación.

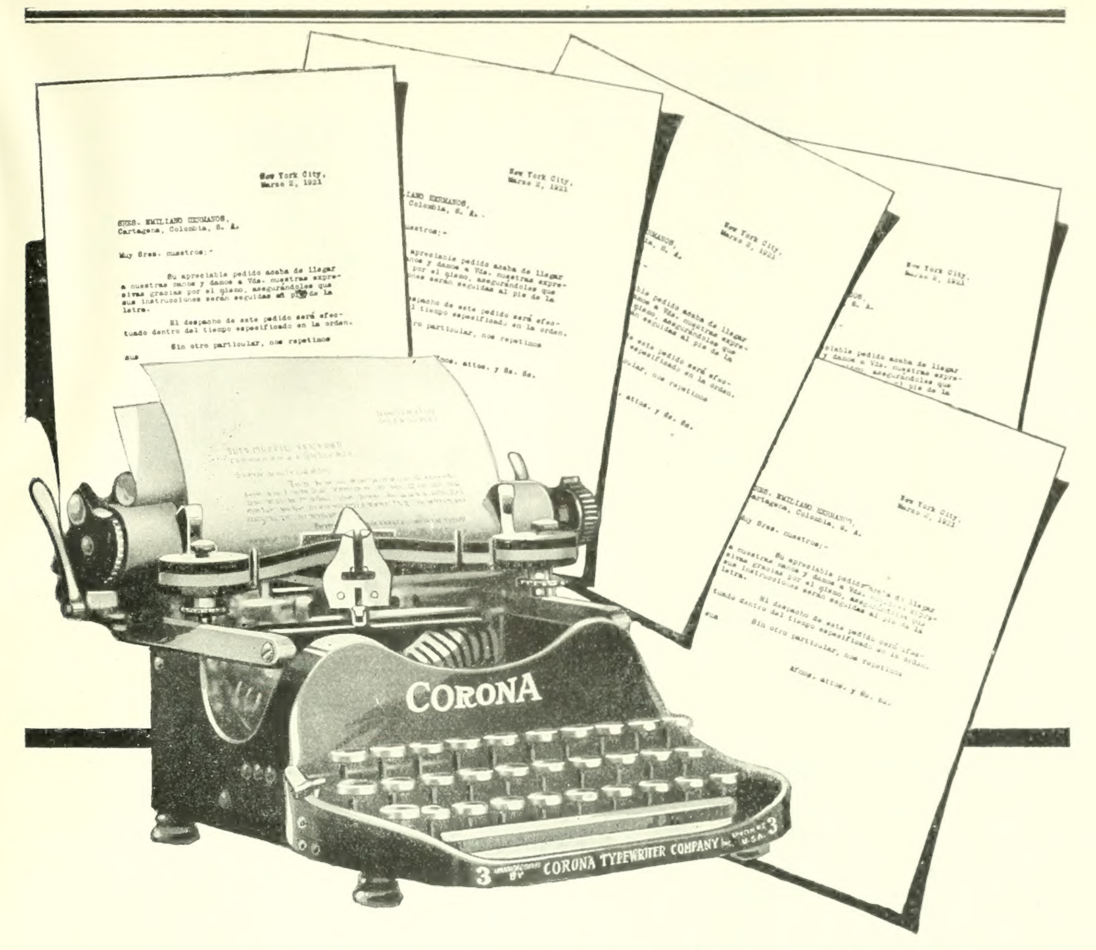
(*No existe la contestación*).

Élliston aguardó la respuesta con tanta ansiedad y anhelo como yo mismo, y pareció sentirse más tranquilo al conocerla. Firmó la letra, y la remitimos. Di a Élliston recibo por la cancelación, y me dirigí a casa de Julia, donde Édward me trajo el dinero con la correspondiente deducción por el descuento.

Experimento cierta extrañeza al haber cancelado mis deudas. He recibido la mitad de la compensación ordinaria, calculando por el pasado, habiéndome tomado un trabajo diez veces mayor. Pero cualquiera cosa era un don de la Providencia, dadas las circunstancias. Aquí terminan, sin embargo, mis esperanzas y mis recursos por el presente; ¿hacia dónde miraré cuando este pequeña cantidad haya desaparecido?

[16] El honorable Douglas James William Kínnaird (1788-1830): presidente de la junta administradora del teatro de Drury Lane. Fué educado en Eton y Gottingen, y en Trinity College, Cambridge, y fué íntimo amigo de Lord Byron.





Cartas y copias de carbon, claras

CON la máquina de escribir "Corona" se obtienen cartas nítidas y varias copias de carbón claras y legibles, todo con la rapidez y claridad tan necesarias en una oficina de negocios moderna.

La "Corona" cuesta mucho menos que las máquinas de escribir de mayor tamaño, y puede usarse en la oficina, en el hogar o en los viajes.

CORONA

La Máquina de Escribir Portátil

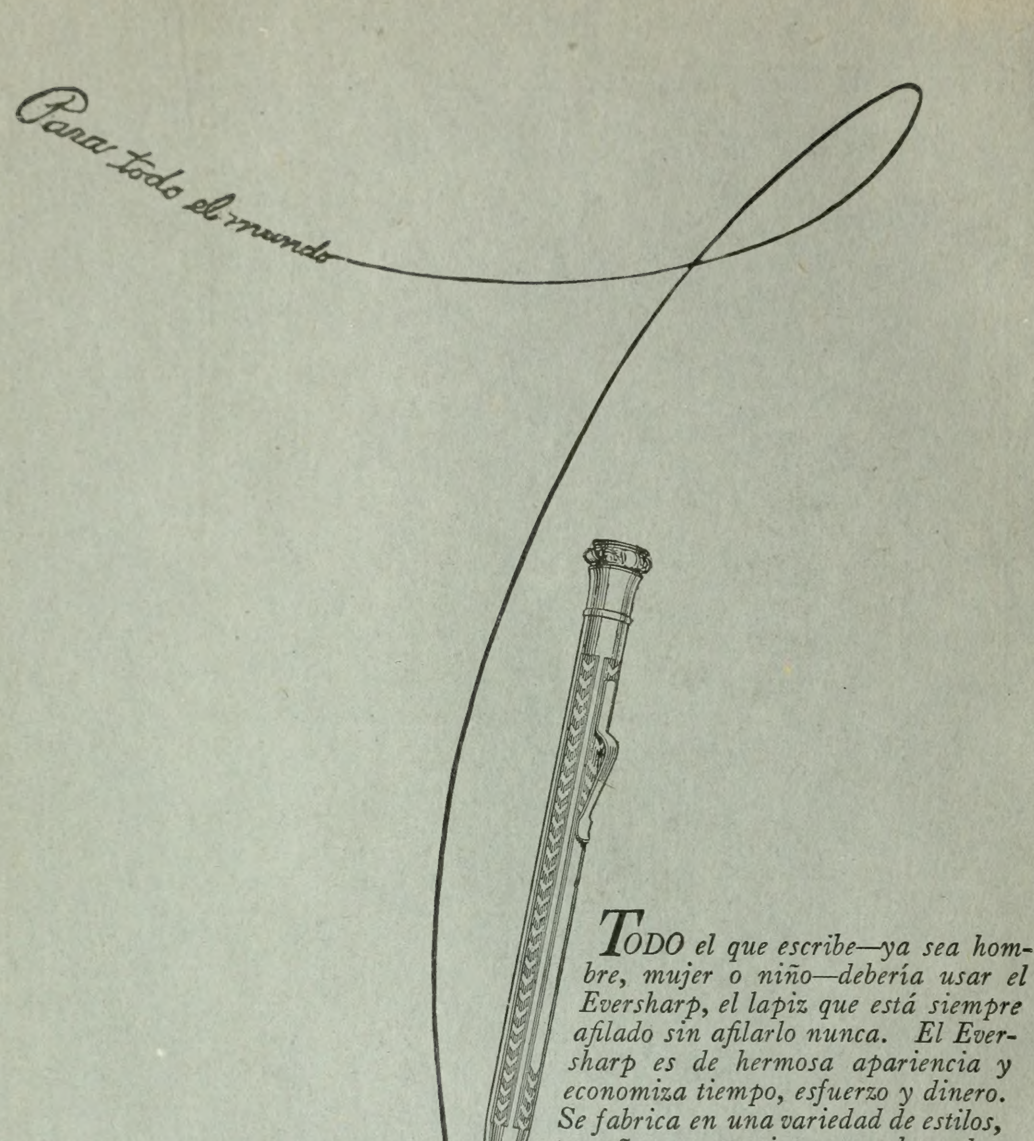
Fabricada por la

CORONA TYPEWRITER COMPANY, Inc.

Groton, N. Y., E. U. A.

Agentes exclusivos en el Exterior:

ARGENTINA: Compañía La Camona, Buenos Aires. BOLIVIA: Bolloten, Gould & Co., La Paz. BRASIL: Casa Pratt, Río de Janeiro. CHILE: Carlos H. Lemare, Iquique. Sociedad M. R. S. Curphey, Santiago y Valparaiso. CUBA: H. E. Swan, Habana. MEJICO: F. Armida y Cía., Méjico, Distrito Federal. PANAMA: Alberto Lindo, Ancón, Canal Zone. PERU: Carlos H. Lemare, Lima. PUERTO RICO: Besosa & Stebbins, San Juan. SALVADOR: E. E. Huber, San Salvador. SANTO DOMINGO: M. de Costa Gómez, Puerto Plata. M. de Moya Hijo & Co., Sánchez. VENEZUELA: Bazar Americano, Caracas.



TODO el que escribe—ya sea hombre, mujer o niño—debería usar el Eversharp, el lapiz que está siempre afilado sin afilarlo nunca. El Eversharp es de hermosa apariencia y economiza tiempo, esfuerzo y dinero. Se fabrica en una variedad de estilos, tamaños y precios, con borrador facilmente accesible, broche para el bolsillo o argolla para la cadena. Varias compañías de las más grandes del mundo, en vista de su utilidad y economía, lo han adoptado para el trabajo de sus despachos. Dura toda la vida. De venta en las mejores papelerías y joyerías.

THE WAHL COMPANY
Departamento de Exportación
427 Broadway New York, U. S. A.

EVERSHARP